

Razones para una revolución

Mario Sanoja e Iraida Vargas Arenas





Edición cedida por:

Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.

© Mario Sanoja e Iraidá Vargas Arenas

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017001851

ISBN 978-980-14-3852-6

serie Inventamos o erramos

Mario Sanoja
Iraida Vargas Arenas

Razones para una revolución

BIBLIOTECA POPULAR PARA
LOS CONSEJOS COMUNALES

BIBLIOTECA POPULAR PARA LOS CONSEJOS COMUNALES

Luces para la construcción de una moral socialista impulsan la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. Así, esta colección que aspira difundir la palabra de pensadores, investigadores, activistas sociales, ensayistas, poetas y narradores, traza desde la lectura la senda de un futuro solidario.

Por ello, es propósito de esta biblioteca el servir de herramienta para el desarrollo del pensamiento crítico, y a la par, promover la discusión reflexiva, el debate, generados a partir del análisis de los textos.

Con la publicación de cien títulos, cuyo tiraje individual suma un total de cincuenta mil ejemplares, se concibe una primera etapa de la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, compendio de esfuerzo por parte de las instituciones que integran la Plataforma del Libro y la Lectura.

En consecuencia, va el reconocimiento para cada uno de esos entes: Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (Cenal), Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Biblioteca Ayacucho, Fundación Editorial El Perro y La Rana, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Fundación Librerías del Sur, Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura y Distribuidora Venezolana del Libro.

Moral y Luces: ¡que la palabra sea inspiración para el ímpetu del Poder Popular!

*...cuando los pueblos están en riesgo de desaparecer
por obra de los hombres o las instituciones,
el grito de alarma es sagrado;
someterse y callar no es sólo debilidad,
sino delito público...*

JULIO C. SALAS. *CIVILIZACIÓN Y BARBARIE*, 1970

PRÓLOGO

Razones para una revolución

1. Para luego es tarde.
2. Para ahora ya casi es tarde.
3. No nos la calamós más.
4. ¿Quinientos años de calma, no bastan?
5. ¿Mil años de parálisis serán demasiado?
6. Ni vino nuevo en odres viejos, ni tiempo nuevo en orden viejo.
7. Sonó la hora.
8. La hora siempre suena para quien sabe escucharla.
9. Caballo viejo no puede dejar la flor que se da, porque después de esta vida no hay otra oportunidad.
10. Chivo que se devuelve se esnuca.
11. No hay más triste destino que padecer dolores de parto para alumbrar lo caduco.
12. Cada explotado es revolucionario en potencia; cada revolucionario es potencia explosiva.
13. La sociedad es el único ser viviente que puede dirigir sus mutaciones.
14. Vida es revolución permanente.
15. El pueblo ya la está haciendo.
16. De todos modos nos la cobran como si la hubiéramos hecho.
17. Quienes tienen terror de perderlo todo tratan de infundírselo a quienes inspiran terror porque no tienen nada que perder.
18. Los venezolanos nos dividimos entre quienes no tenemos nada, salvo la esperanza, y quienes lo tienen todo, excepto esperanzas.
19. La desigualdad es el combustible y el pueblo es la candela, y viene el proyecto y sopla.

20. Revolución sin ideología ni organización acaba en piñata.
21. El pueblo venezolano siempre fue igualitario.
22. El pueblo venezolano siempre fue antiautoritario.
23. El pueblo venezolano siempre fue solidario.
24. Una revolución es un pueblo comprometido a ser para siempre igualitario, antiautoritario y solidario.
25. En Venezuela el pueblo supera a sus dirigencias.
26. En el pueblo las mujeres superan a los hombres.
27. Los errores propios son nuestra escuela, los del enemigo nuestra universidad.
28. El enemigo nos ha entregado el ejército y la industria petrolera: sólo nos falta tomar el Estado.
29. Si el Estado no asume su misión, las misiones asumirán el Estado.
30. Triunfo político que no se traduzca en victoria económica y social es derrota.
31. Sólo tendremos lo que no nos dejemos quitar.
32. Los partidos contrarrevolucionarios están en terapia intensiva.
33. Los líderes contrarrevolucionarios son cadáveres insepultos.
34. Mientras respetamos al enemigo él cava nuestra sepultura.
35. Agúzate que te están velando.
36. Los muertos deciden las elecciones, los vivos decidimos las revoluciones.
37. No nos piden la bolsa o la vida, sino la bolsa y la vida.
38. Guerra de baja intensidad sólo termina con victoria de alta intensidad.
39. Para bachaco, chivo; para contrarrevolución, pueblo.
40. Paramilitares, militares.
41. Cada ciudadano un soldado; cada soldado un revolucionario.
42. ¿Habría peor destino que el de defender a quien te discrimina?
43. El enemigo externo es el menos peligroso, porque es declarado.
44. Toda generación o individuo que no transforma su realidad nació en vano.

45. El enemigo no tiene ideales ni ideas, sino intereses.
46. El enemigo pudo asaltar el poder político, pero no retenerlo.
47. El pueblo puede retener el poder político contra cualquier asalto.
48. Mantener un poder político es mantener la revolución que éste adelanta.
49. Si tenemos el poder ¿por qué no usarlo?
50. Si no usamos el poder ¿lo seguiremos teniendo?
51. ¿Si no tenemos el poder, podremos seguir no teniendo?
52. No se puede cambiar el juego jugando con las reglas del juego.
53. La industria de hidrocarburos ya pertenece a Venezuela.
54. Venezuela debe pertenecer los venezolanos.
55. Con petróleo tenemos en nuestras manos el destino del mundo.
56. Con el destino del mundo tenemos en nuestras manos el propio.
57. No perdemos nada si prescindimos de una aristocracia que organiza apenas el 7% del producto interno bruto.
58. Nuestra aristocracia es en realidad una oligarquía.
59. Nuestra oligarquía es en realidad un lumpen.
60. La clase media cree ser oligarquía.
61. La oligarquía aniquila a todos los que creen en ella.
62. La oligarquía no cree en nadie.
63. El enemigo no cree en pendejadas.
64. Nosotros no creemos en él.
65. Creemos en nosotros mismos.
66. El enemigo comete tantos errores que sería vergüenza no aprovecharlos.
67. Hay que quitarle el país antes de que lo acabe.
68. El enemigo ya le cogió el gusto al fracaso.
69. Ellos tienen una Quinta Columna.
70. Nosotros tenemos una Quinta República.
71. Revolucionamos, o expiramos.
72. Sus intelectuales no ejercen.
73. Venceremos y convenceremos.

74. Vida nueva, estética nueva.
75. Ya le cogimos el gusto.
76. El enemigo tiene los medios pero no tiene nada que decir.
77. Nosotros tenemos que decir y tendremos los medios para decirlo.
78. El enemigo no quiere seguir gastando divisas en importar cultura de puertos.
79. La cultura no se importa: nos importa.
80. La revolución bonita es la que se hace.
81. Revolución es sublevación armada de pensamiento.
82. Siembra educación, cosecharás revolución.
83. El pueblo es misión, la oligarquía comisión.
84. Nuestra misión es la revolución.
85. Tenemos que estar preparados antes que nos asalten los saqueadores de petróleo.
86. «El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante». «Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados». «Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar: porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia». Simón Bolívar.
87. «La subdivisión de la provincia de Caracas proyectada, discutida y sancionada por el congreso federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos contra la capital». «Pero lo que debilitó más al gobierno de Venezuela, fue la forma federal que adoptó». Simón Bolívar.
88. «Bolívar tiene todavía qué hacer en América». Martí.
89. Setecientos millones de latinoamericanos tenemos todavía qué hacer en América.
90. Bolívar despierta cada cien años.
91. El pueblo despierta todas las mañanas.
92. La revolución nunca duerme.
93. La contrarrevolución perdió el sueño.

94. Nuestro ser de razón conquista su razón de ser.
95. Tenemos la razón.
96. Tenemos cien razones.
97. Podrían ser mil.
98. Somos millones.
99. Amanecerá y veremos.
100. Amanece.

LUIS BRITTO GARCÍA

INTRODUCCIÓN

Pocos científicos sociales tienen la oportunidad dorada de vivir inmersos en un intenso proceso de cambio histórico como el que discurre hoy en nuestro país, Venezuela, y al mismo tiempo tener la capacidad de analizar y escribir sobre la causalidad y la trayectoria del mismo. Todavía mejor oportunidad es la de escribir para gente que lee críticamente nuestros trabajos publicados en *Question*, formando grupos de estudio donde se discuten estos textos como una referencia para comprender la cotidianidad del proceso de cambio histórico bolivariano. Ello es particularmente importante en un momento cuando los medios de comunicación privados televisivos, radioeléctricos y escritos están escribiendo una historia falsa de la actual realidad venezolana. Pensando como historiadores venezolanos, es necesario que al lado de las compilaciones hemerográficas, archivos visuales y audiovisuales que albergarán tanto aquellos testimonios como los que presentan la cara objetiva de la verdad, también quede el nuestro como referencia para promover la reflexión crítica sobre el presente proceso de cambio histórico.

Cuando decidimos entrar en la arena pública y escribir estos análisis de la realidad venezolana contemporánea, siempre pensábamos en la figura dramática de Julio César Salas, el ilustre historiador merideño nacido en 1870, quien analizó críticamente el período histórico postcolonial venezolano del siglo XIX y el inicio del período neocolonial petrolero del siglo XX, a partir del conocimiento profundo de las raíces ancestrales, originales, de la nación venezolana.

Salas, aunque nacido en una familia mantuana y acomodada, fue un crítico implacable de la mediocridad tanto de los políticos como de los intelectuales orgánicos de la oligarquía venezolana. El discurso de sus diferentes obras seminales, entre

las cuales destaca *Civilización y barbarie* (1970), configura una propuesta de análisis científico de la sociedad venezolana que conserva su pertinencia para pretender y comprender el proceso histórico contemporáneo de nuestra sociedad. Al contrastar nuestros análisis, escritos entre los años 2002 y 2004, con los de Julio C. Salas escritos en la segunda década del siglo XX, nos damos perfecta cuenta de que en nuestro país todo había cambiado pero nada había cambiado. Los cambios cuantitativos operados desde la segunda década hasta el final del siglo XX proyectaban la ficción de que éramos un país en desarrollo, ocultando que los cambios en la calidad habían sido tan magros que en verdad, para 1998, gracias a la pésima gestión política de la vieja oligarquía venezolana, estábamos en una vía histórica regresiva que nos llevaba de un estatus neocolonial a uno plenamente colonial neoliberal.

A la luz de estas reflexiones publicadas como *Razones para una revolución*, podemos comprender cabalmente la angustia existencial de Julio C. Salas, al sufrir como observador y testigo de cargo, el desastroso proyecto político venezolano que había comenzado a incubarse entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Su pensamiento político muestra claramente que la causalidad del atraso de la sociedad venezolana no es cuantitativa: la ausencia de un recurso humano, de un capital social bien formado sobre la base de sólidos valores éticos y nacionalistas, informado e identificado con su herencia histórica, única manera de poder constituir una comunidad solidaria, trabajadora, consciente de los retos que debe enfrentar y vencer para lograr su destino: hacer de Venezuela una nación independiente y soberana.

Como observadores y testigos de cargo de este proceso inédito de cambio social que vive Venezuela debemos afirmar la pertinencia de la máxima que dice: los procesos y las coyunturas históricas producen sus propios líderes. La historia venezolana del siglo XIX y del siglo XX se movió en dos planos antagónicos: el de un pueblo postergado, explotado y excluido que busca

a tientas su redención social, y el de una oligarquía mediocre, avara y mercenaria que intenta obtener para sí el máximo de beneficios, aun a costa de vender su propia patria a los intereses transnacionales. El movimiento dialéctico se ha resuelto en una nueva coyuntura marcada por el rescate y empoderamiento de la masa de pueblo postergado, excluido y explotado, dentro del marco histórico de una nación que se quiere soberana e independiente. Un anónimo comandante de paracaidistas, Hugo Chávez Frías, insurgió como paladín del proceso de cambio social que explotó el 27 de febrero de 1989, comenzó a tomar forma y contenido el 4 de febrero de 1992 y —como resultado de su fuerte liderazgo— devino en la concreción de un nuevo sujeto histórico a partir de 1998.

¿Podemos definir esa nueva forma y contenido del proceso como una «nueva izquierda»? ¿Qué es la izquierda venezolana? Podríamos decir, para comenzar, que más que una ideología ha sido un sentimiento. Desde el mismo siglo XV hasta el presente, se manifestó como un sentimiento de justicia social, de rebeldía del pueblo contra un poder que la mayoría de la población no aceptaba, como rechazo a ser gobernado contra sus aspiraciones, conducido hacia donde no quería ir.

La adopción de la ideología del materialismo histórico, el marxismo, permitió a los intelectuales venezolanos de izquierda contar con un método científico para ordenar y definir sus objetivos políticos para entender su posición dentro del proceso histórico del siglo XX, sin llegar, sin embargo, a la concreción de una praxis exitosa para el logro de dichos objetivos. Por ello el pensamiento crítico es, pensamos, por esencia, de izquierda. En el momento actual, en Venezuela, por carecer de una verdadera praxis política que les permitiese transformar su sentimiento —tal como el inocuo estado de ánimo que se denominó Movimiento al Socialismo— se convierten en intelectuales de derecha, esto es partidarios del inmovilismo, de la aceptación pasiva del *statu quo*, en marionetas antipatrióticas del poder transnacional que no se identifican con la nación ni con el país, ni con el pueblo, ni con los

pobres. Su ideología conforma una relación confusa con aquellas realidades.

¿Qué sería una nueva izquierda venezolana? El sentimiento de la izquierda venezolana en la hora actual debe representar una nueva conciencia política, una conciencia social pública que rechace la injusticia del Poder Judicial venezolano, las mentiras de los medios de comunicaciones nacionales e internacionales, la pobreza del pueblo y la opresión de la mayoría por la oligarquía, con sus secuelas de ignorancia, miseria y enfermedades. Ser de izquierda es ser el nuevo ciudadano venezolano. La izquierda venezolana siempre se ha definido, en el plano político, en contra de alguna cosa o contra alguien que ha sido injusto y/u opresor. En la praxis y la historia, como señalaba Henri Lefebvre (*La somme et le reste*, 1959), lo negativo encubre una positividad concreta y ambas determinaciones se incluyen dialécticamente. La izquierda se define por su rechazo a la derecha y la derecha se define por su rechazo a la izquierda. La praxis política debe apuntar hacia la resolución de ese aparente círculo vicioso donde se debate hoy la sociedad venezolana: evitar que ideas confusas y negativas que ha generado nuestra derecha fascista logren consolidar un punto de apoyo nacional o internacional que permita al imperialismo desestabilizar y destruir el Estado soberano. El dilema actual de la izquierda venezolana es: Democracia Participativa en Profundidad o Fascismo, lo que exige proponer y llevar a la práctica nuestras razones para construir la revolución social.

La praxis venezolana de finales del siglo XX ha tendido a demostrar que:

- La acumulación de capitales se puede operar rápidamente, con menos desperdicio, cuando los medios básicos de producción pertenecen al Estado y existe en éste la voluntad de invertir dichos capitales en el desarrollo socioeconómico del capital social, más que cuando aquéllos están en manos privadas y sólo sirven para acrecentar la cuantía particular.

- De igual manera se ha demostrado que en nuestro país —en las condiciones actuales— no se puede alcanzar la verdadera independencia nacional si el Estado no controla el proceso de acumulación de capitales.
- Al mismo tiempo, dicho proceso sólo podría culminar en una fase de mayor expansión, tanto del capital estatal como el privado, dentro del marco de una comunidad socioeconómica regional como la que podrían conformar Mercosur + Venezuela y Cuba.
- La propuesta de la derecha venezolana, por el contrario, es la de diluir el Estado venezolano y convertirlo en la periferia del proceso de acumulación imperial norteamericano y, en general, del transnacional.

Hemos tratado de recoger nuestras reflexiones sobre esta realidad, tematizada a través de nuestras notas publicadas en *Question*, publicación que nació como una revista mensual de izquierda para intelectuales y para público de clase media en general, con la finalidad de aportar elementos que sirvan para comprender el actual proceso de cambio histórico venezolano dentro de la coyuntura histórica mundial. Pero ¡oh, sorpresa! el mismo proceso de cambio que queremos analizar se ha manifestado también como un despertar de las conciencias y de las ansias de saber de todo el pueblo venezolano. Nos ha dado una gran alegría enterarnos, como dice nuestro apreciado amigo Roberto Hernández Montoya, que *Question* también sube cerros y —agregamos nosotros— recorre las sabanas de Venezuela, atraviesa las selvas de Guayana y de la Amazonia venezolana, filtrándose hasta Manaos, en la Amazonia brasileña. ¡Nuestro gran agradecimiento a todos los lectores!

Este es un compromiso del tamaño mismo de la tarea del proceso de cambio. Pero, para nosotros, no hay mejor satisfacción que la sensación de ser útiles a nuestro pueblo y ayudar a definir las tareas de la izquierda venezolana: la lucha por la liberación definitiva de Venezuela como nación soberana y

como sujeto histórico protagónico de la unidad de América Latina.

MARIO SANOJA E IRAIDA VARGAS ARENAS
Caracas, febrero de 2004

PRIMERA PARTE

HISTORIA Y CAMBIO SOCIAL EN VENEZUELA

Investigar, analizar y comprender científicamente los orígenes, la historia de la sociedad venezolana, es de capital importancia para entender las tendencias de su desarrollo sociohistórico. Es la historia la que confiere su carácter particular a la cultura de un pueblo determinado: el hoy es efecto, heredero de lo fundamental del pasado, del ser social del pasado. Fue el carácter de la pesada herencia colonial lo que determinó el presente estatus neocolonial del ser social de los pueblos contemporáneos —por ejemplo— de América Latina y África. El atraso social y el subdesarrollo de nuestros pueblos, independientemente de que los colonizadores originales hubiesen sido ingleses, franceses u holandeses, fue el legado trágico del pasado colonial, el sostén del presente neocolonial. Es el pasado colonial y el presente neocolonial —ahora liderado por los angloamericanos— lo que ha impedido que pudiésemos lograr el estatuto de naciones plenamente soberanas. En Venezuela, el actual proceso Bolivariano de Cambio no es sino el inicio del proceso de descolonización. Estados Unidos, desde comienzos del siglo XX, está librando una larga guerra colonial episódica para retener la hegemonía sobre su imperio latinoamericano. Hoy día, el bloque neocolonizador transnacional, liderado por el gobierno norteamericano, no puede darse el lujo de perder pacíficamente la Joya de la Corona que es Venezuela. Francia libró largas guerras coloniales para tener el control de sus principales colonias: Argelia y Vietnam. El gobierno de George Bush, expresión dominante del actual bloque colonial transnacional, ha iniciado una guerra subversiva que podría ser larga y cruel, con el apoyo de la oligarquía apátrida que se apoderó de Venezuela en 1958, para truncar nuestro

proceso de descolonización. Los sufrimientos que ella nos ocasiona como pueblo sólo pueden ser interpretados como los dolores del parto histórico que marcan el nacimiento de una nación libre y soberana.

I **ORIGEN DE «MONOS» Y «ESCUÁLIDOS»**

En la jerga popular que distingue al sector de la población denominado «escuálidos», el vocablo «mono» se utiliza para designar al 80% de la población venezolana excluida y pobre, particularmente aquella que vive en los *ghettos* urbanos, conformada por mestizos, negros y blancos pobres pertenecientes a los estratos C, D y E según las encuestadoras de la opinión pública.

Una mirada científica hacia el pasado de nuestro pueblo nos permitiría apreciar que los llamados «monos» no constituyen una excrescencia natural, que su condición sociocultural no es un accidente histórico, y que su existencia no es producto de las malas intenciones del presidente Hugo Chávez hacia la clase media y la clase alta. Los «monos» han estado aquí desde los orígenes más remotos de la nación venezolana, trabajando en nuestras casas y en nuestras empresas, sólo que la historia escrita para complacencia de la oligarquía los ha ignorado sistemáticamente, considerándolos como naturales o, en el mejor caso, simples *untermenschen*, subhumanos, idea que en la sociedad venezolana ha permitido justificar, durante siglos, la explotación y la sujeción de los indios, mestizos, negros y blancos pobres a las condiciones de vida más abyectas y degradantes. En ciertas peluquerías del sureste de Caracas, las charlas cotidianas de las clientes, acomodadas señoras de las clases A o B, denigran y desbarran sistemáticamente —en voz alta— del «mono Chávez» y de los monos en general, sin reparar que las «cosas negras» que les lavan los cabellos y les hacen la pedicura son «monos» que habitan —por ejemplo— en barriadas populares como Santa Cruz o Las Minas, son las «cachifas» que les cuidan los hijos, les cocinan la comida, les lavan la ropa de sus familias y les mantienen sus jardines.

Con base en investigaciones genéticas, dos científicos, Miguel Layrissa, venezolano, y Johannes Wilbert, norteamericano (*The Diego Blood System and the Mongoloid Realm*, 1999), estudiaron el poblamiento original de América, estableciendo la presencia negativa (Di-) o positiva (Di+) de un factor sanguíneo denominado Diego, como elemento que permite discriminar en las poblaciones actuales su relación con las diferentes oleadas de población humana, paleoasiáticos, paleomongoloides y neomongoloides que habrían pasado desde Asia a América, la primera hace unos 40.000 años, la segunda hace unos 30.000 años, la tercera hace 14.000 años. Los ancestros de los «monos», que lo son también de los «escuálidos», llegaron al territorio de la actual Venezuela hacia finales del período Pleistoceno, es decir, hace aproximadamente entre 12.000 y 15.000 años. Estos grupos humanos eran descendientes de las antiguas poblaciones paleomongoloides que entraron a Suramérica alrededor de 30.000 años antes del presente, cuyo modo de vida se distinguía por una tecnoeconomía generalizada de caza, pesca y recolección. Pertenecían a un *stock* humano cuyo hábitat se extendía desde el Orinoco, en Venezuela, hasta los actuales estados de Santa Catarina y Río Grande do Sul en Brasil. Sus testimonios culturales han sido hallados —en Venezuela— a lo largo de las subcuencas del río Caroní, Bajo Orinoco y en el Alto Orinoco, en la región de Paria, noreste de Venezuela, y en los valles de los actuales estados Falcón y Lara. Relictos de aquellas antiguas poblaciones paleomongoloides serán la etnia guarao del Delta del Orinoco (100% Di(a-)) y la etnia yanomama (waicas, sanema) de Venezuela y Brasil (94-1000 Di(a-)). Hacia el año 4200 antes del presente, los paleoguarao que habitaban alrededor de la laguna de Campoma, estado Sucre, descubrieron la domesticación y el cultivo de plantas comestibles, posiblemente el ocumo y la yuca, entre otras, iniciando una fase de vida sedentaria cuya consolidación tuvo gran influencia sobre el curso de la historia del noreste de Venezuela y las Grandes Antillas (Mario Sanoja

e Iraida Vargas 1992: *La huella asiática en el poblamiento de Venezuela*).

Hacia comienzos del Pleistoceno o período actual, hace 14.000 a 8.000 años, una tercera oleada humana de neomongoloides Di(a+) habría atravesado desde Asia hacia América, donde los paleomongoloides Di(a-) de la primera oleada de población ya habían adquirido carta de nacionalidad suramericana, difundiendo luego desde Norteamérica hacia Suramérica, colonizando la costa del Pacífico y los Andes, donde sus representantes son los pueblos quechua y aymara. Los primeros asentamientos neomongoloides amazónicos se establecieron en el piedemonte andino, habitado por pueblos de habla Ge-Pano-Caribe y Macro-Arawacos. Desde ambas regiones se produjeron movimientos migratorios hacia lo que es hoy Venezuela, de manera que las antiguas poblaciones agroalfareras del occidente del país, emparentadas con los pueblos neomongoloides del noroeste de Suramérica, aparecen en el valle de Carora, estado Lara, y en el piedemonte del estado Trujillo posiblemente hacia 3.000 años antes de ahora, y en las riberas orinoquenses del estado Guárico, hacia 2.400 años antes del presente. Por otra parte, los primeros pobladores arahuaco de la cuenca del Orinoco aparecen hacia 3.000 años antes del presente en Barrancas, estado Monagas, y las poblaciones caribe alrededor de 1.700 años antes del presente en las riberas orinoquenses del estado Guárico (Mario Sanoja e Iraida Vargas, 1999: *Orígenes de Venezuela*).

En el estado Lara, hacia el año 3.000 antes de ahora, es decir, 1.000 años antes de Cristo, las primeras poblaciones agroalfareras ya habían iniciado la domesticación y el cultivo de una raza de maíz arcaico denominada: Pollo. Para inicios de la era cristiana, la antigua sociedad indígena larense ya había inventado y diseñado sistemas de regadío y conformado sociedades políticas y socialmente muy complejas que culminarían, en el siglo XVI, en extensos señoríos como el de los caquetío cuyo dominio alcanzaba desde el litoral caribe falconiano hasta los llanos de Apure (Juan José Salazar, 2002: *Sociedades complejas. Período de contacto*

en el noroccidente de Venezuela; Félix Gil, 2002. *Aspectos funerarios del centro occidente venezolano: caso Región Larense*). Los pueblos arawako y caribe desarrollaron también procesos civilizatorios similares en la cuenca del Lago de Valencia, en la cuenca del Lago de Maracaibo, en la región andina, en el Bajo Caroní y el Bajo Orinoco y en la costa de Paria, que culminaron con la colonización de todo el territorio de la actual Venezuela. Contrariamente a lo que han establecido generalmente los manuales para uso de la escuela básica y el ciclo diversificado, las sociedades aborígenes venezolanas ya habrían alcanzado para el siglo XVI un alto grado de maduración sociopolítica y cultural, generando importantes obras hidráulicas para el riego de los campos de cultivo, terrazas para el cultivo en pendiente e importantes trabajos de arquitectura en tierra y en madera, viviendas sobre plataformas, templetos de madera, silos subterráneos y demás. En regiones como los estados Bolívar y Carabobo, los indígenas desarrollaron importantes tradiciones de arte parietal: pinturas murales y petroglifos que denotan la existencia de una intensa actividad ceremonial.

El siglo XV marcó el período final de la Alta Edad Media en Europa. Algunos autores (Pal Kelemen, 1946: *Medieval American Art*), por su parte, asimilaron el desarrollo de los grandes imperios prístinos, de grandes ciudades y templos como había ocurrido en Perú y México con una especie de Edad Media americana que estaba en pleno proceso de consolidación política y cultural. La crisis generalizada de la sociedad medieval europea se tradujo en viajes de exploración y grandes adelantos en ingeniería naval, la cartografía y la astronomía, con la finalidad de acceder a las riquezas del Asia remota descritas por Marco Polo. Fue así como Cristóbal Colón llegó a las islas del mar Caribe, creyendo haber alcanzado tierras del Gran Khan. Como consecuencia, se produjo la expansión de Castilla y Aragón hacia América, dando origen al Imperio Español y a la destrucción de las milenarias culturas aborígenes americanas.

La expansión del colonialismo español originó grandes flujos migratorios hacia Latinoamérica y en particular hacia

Venezuela. Unas personas, voluntarias: castellanos, portugueses, andaluces, catalanes, moriscos, judíos, canarios, germanos, etc., en tanto que otras personas mandingas, congos, bantúes fueron traídas a la fuerza desde África occidental en calidad de esclavas para trabajar en las plantaciones y en servicio doméstico. Durante ese Holocausto, millones de africanos fueron separados abruptamente de sus familias por los tratantes de esclavos, desarraigados de sus patrias originales, embarcados como bestias en barcos negreros donde millares murieron durante la travesía a consecuencia de maltratos físicos o por ser arrojados a las aguas infestadas de tiburones. Buena parte de la población aborigen venezolana fue liquidada físicamente por los conquistadores españoles, capturada y venida como esclava en las Antillas, sometida a la servidumbre en las encomiendas sin gozar de ningún derecho humano o social, pesar de las benévolas disposiciones de las Leyes de Indias.

La forja de la población venezolana se apoyó en la servidumbre y la esclavitud de esa mayoría de personas desarraigadas y oprimidas. A pesar de su mísera condición socioeconómica, la tenacidad de esa clase social hizo posible la constitución de diversos procesos de trabajo: la agricultura, la ganadería y la producción artesanal o semi-industrial formaron la base de la sociedad y la economía venezolanas. (Mario Sanoja, 1991: *Ideas sobre el origen de la nación venezolana*. Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia). En la región andina, los indígenas y mestizos continuaron trabajando la tierra y produciendo sustancialmente las mismas artesanías, mejoradas con la introducción de máquinas como el telar de pedales: mantas de algodón, cestas, esteras, enjalmas para bestias de carga, vasijas de barro, cigarros, tabaco de mascar, chimó, etc. En la agricultura se introdujo el uso del arado o reja tirado por bueyes, la coa de hierro o barretón y los calabozos o primitivos machetes de uso agrícola, se incorporaron cultivos importados de alta productividad tales como el trigo, la cebada, la avena, los cítricos y el plátano, que complementaron cultivos autóctonos como la papa, la arracacha (apio), la yuca, el maíz, el tabaco, etc., integrándose como factores económicos

esenciales dentro del proceso de distribución, cambio y consumo de la naciente sociedad clasista venezolana.

De manera similar, las poblaciones indias, los esclavos negros y los mestizos de los valles subandinos de los estados Falcón y Lara transfirieron sus procesos de trabajo originales al esquema productivo de la sociedad clasista emergente. Los sistemas de cultivo en terraza y los sistemas hidráulicos prehispánicos siguieron y todavía continúan en uso en muchas partes del estado Lara. La introducción de telares verticales y del ganado lanar estimuló una importante industria textil donde a la antigua producción de telas de algodón y de henequén se sumaban los tejidos de lana de oveja, la producción alfarera, la talabartería, la carpintería y la producción de costales, enjalmas, zurrone y marusas para el acarreo de productos agrícolas y efectos personales (Mario Sanoja, 1979: *Tejedores del Valle de Quibor*).

En los valles centro-costeros de los estados Aragua, Miranda, Carabobo y la ciudad de Caracas, la instalación del sistema de plantaciones para la explotación de cultivos comerciales autóctonos como el cacao e importados como la caña de azúcar y el café dieron origen a una fuerte concentración de la propiedad territorial y de la riqueza en manos de la oligarquía mantuana que gobernaba y poseía la tierra y las poblaciones humanas de la Provincia de Caracas, conformadas estas últimas por indios, negros esclavos o manumisos, mestizos y zambos y blancos de orilla o pobres que formaban la clase social más desposeída y explotada, antecedente de los que hoy son llamados «monos» por los «escuálidos» caraqueños.

En Guayana, hoy estado Bolívar, las misiones capuchinas catalanas iniciaron desde el siglo XVIII un proceso de desarrollo capitalista basado en la agroindustria, la ganadería, la minería y la metalurgia, donde los indígenas caribe constituían una eficiente fuerza de trabajo. Esta importante experiencia desapareció en el siglo XIX. Los mantuanos caraqueños y de otras provincias que comandaban el ejército patriota no supieron o no quisieron continuar adelante con una forma socioeconómica moderna que les

hubiese obligado a transformar su condición social latifundista y esclavista (Mario Sanoja e Iraidá Vargas, 2004: *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera*).

En los llanos venezolanos, el mestizaje de indios caribe y negros con los blancos criollos dio nacimiento a una poderosa economía pastoril ligada a la explotación del ganado vacuno y caballar introducido desde Europa, y a una forma de vida seminómada donde los principales protagonistas eran los llaneros. Los dueños de hatos extraían enormes ganancias con la venta de cueros, ganado en pie, quesos, carne salada o seca, de lo cual sólo un porcentaje ínfimo llegaba a las manos del trabajador de los llanos.

Hacia finales del siglo XVIII, el eje principal del doblamiento venezolano se extendía en diagonal desde la serranía andina hasta el litoral costero, agrupando un número considerable de personas pobres, indígenas, mestizas o esclavas que constituía 72% de la población venezolana, dominada por una pequeña burguesía constituida fundamentalmente por comerciantes, artesanos, productores agropecuarios, etc., donde comienzan también a figurar mestizos, indios y negros manumisos que representaban 27% de la población. Por encima de todos estaba la oligarquía mantuana caraqueña que constituía 1% de toda la población, unas 3.000 personas que acaparaban por sí solas más de 50% de la riqueza per cápita producida en la Venezuela de entonces (P. Michael McKinley, 1987. *Caracas antes de la Independencia*; Graciela Soriano de García Pelayo, 1988: *Venezuela 1810-1830. Aspectos desatendidos de dos décadas*; Mario Sanoja e Iraidá Vargas, 2002: *El agua y el poder*).

Como lo indican sus numerosos gentilicios: Angola, Cabindo, Carabalí, Congo, Fuló, Wolof, Mandinga, Malembe, entre otros, los negros esclavos traídos a Venezuela fueron capturados y esclavizados originalmente en el África occidental. Muchos de ellos procedían de sociedades africanas complejas donde la estructura laboral de la población incluía comerciantes, campesinos, pastores, artesanos, particularmente mineros, herreros y fundidores de metal quienes fueron incorporados a las minas

de cobre de corote, estado Yaracuy, siglo XVII (vaqueros, carboneros, soldados, etc.).

Aunque la estructura latifundista del sistema de plantación absorbió la mayor parte de la fuerza de trabajo esclava, culturalmente desarraigada, las tradiciones africanas de la música, la magia y la medicina continuaron viviendo entre la población negra con una fuerza extraordinaria, ya que —aparte del color de la piel— constituían los elementos que se les permitía conservar y expresar su identidad social. Las esclavas tuvieron una importancia inmensa en la vida sexual de los señores de la oligarquía colonial o republicana, sometidas al abuso sexual sin límite por parte de los amos, hecho que se manifiesta en la enorme cantidad de población mulata que concurría en la formación del sector social de los pardos venezolanos.

Para el período 1800-1810 los mulatos o pardos conformaban aproximadamente 61% de la población venezolana, los indios 18% y los blancos criollos o peninsulares 20%, hecho que le imprime su sello particular a la cultura y a la historia social de la nación venezolana. Los negros de origen mandinga eran los más inteligentes y activos, pero también los más desobedientes y levantiscos, tan malos, en opinión de los amos, que eran considerados «la misma representación del Demonio» (Federico Brito Figueroa, 1961: *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*; Miguel Acosta Saignes, 1984: *Vida de los esclavos negros en Venezuela*). De allí la adecuación del nombre de Mandinga con el Diablo o Demonio, imagen transferida a los «monos» populares y a los círculos bolivarianos que hoy atormentan y espantan en la mente de los modernos «escuálidos» venezolanos.

La fuerza de los intereses económicos y los privilegios de la oligarquía que se apoderó de la República a partir de 1830 impusieron y conservaron las instituciones coloniales que consagraban la segregación social, privando de sus derechos sociales y políticos a todos aquellos que no fuesen propietarios «...por lo menos, de dos mil pesos en bienes muebles o raíces libres...» creando un sistema político que facilitó el control y la explotación de los grupos

sociales sometidos. La República de los Oligarcas impuso en 1856 normas jurídicas tales como la «Ordenanza sobre Sirvientes, Colonos y Jornaleros», la cual de manera coercitiva y policial prohibía el libre desplazamiento de los campesinos y los mantenía como siervos sujetos al dominio del latifundista (Federico Brito Figueroa, 1987: *Historia económica y social de Venezuela*). Considerando que los peones de hacienda representaban 76% de la población de Venezuela en 1865, y que cada latifundio constituía una especie de *ghetto*, es probable que se hayan profundizado las relaciones endógamas multiétnicas dentro de las diversas comunidades campesinas, generando una variedad de fenotipos regionales.

A partir de 1936, con el auge de la industria petrolera y el fin de la dictadura de Juan Vicente Gómez, colapsaron las relaciones de producción de carácter semifeudal que caracterizaban los latifundios y mantenían a los campesinos congelados en sus *ghettos*. Los campesinos sin tierra, mestizos, mulatos, indios y negros comenzaron a migrar hacia las ciudades sumándose al incipiente proletariado urbano que poblaba los espacios marginales de las ciudades, particularmente Caracas. Una de las características demográficas de estas poblaciones excluidas es el predominio de los jóvenes. Al no poseer ni educación ni calificación laboral, esta masa juvenil tiende a buscar solución a sus problemas de vida en la deficiencia o, como se decía antiguamente, en el mal vivir (Federico Brito Figueroa, 1972: *Venezuela contemporánea: país colonial*; Rodolfo Quintero, 1972: *Antropología del petróleo*). El gobierno de Pérez Jiménez trató de buscar soluciones estables a la migración campesina, creando enormes conjuntos residenciales como el 23 de enero. Pero la demagogia electoral de la IV República estimuló todavía más la migración campesina, originando cinturones de miseria donde millones de pobres concentrados en las ciudades podían ser ahora manipulados políticamente a través de la televisión.

La constitución de 1947 otorgó a los sectores populares un derecho social como fue el voto universal y secreto. A partir del

gobierno de Marcos Pérez Jiménez, la bonanza petrolera mejoró las condiciones materiales de la clase media venezolana que hasta entonces había llevado una existencia humilde y austera, condiciones que se ampliaron a partir de la bonanza petrolera de los años setenta, a la par que prohijaba la inmigración de nuevos contingentes de población pobre procedentes de la costa colombiana, Ecuador, República Dominicana, Perú, Haití y Guyana para abaratar el costo de la fuerza de trabajo en Venezuela. Paralelamente, la gente de la clase media y la gran burguesía, tanto de izquierda como de derecha, asumió desde los años sesenta un discurso mesiánico que la consagraba bien como vanguardia de la revolución mundial o del anticomunismo mayamero y como defensores autoproclamados, ambos, de los intereses de las clases populares.

A partir de 1998, cuando los sectores populares los «monos», asumieron su propia representación política, ambos sectores de la izquierda y la derecha se sintieron traicionados por sus súbditos y particularmente por su «caporal» rebelde Hugo Chávez, quien desdeñó el empleo de gerente por nueve días que aquéllos le ofrecían y se plantó como lo que es, antiguo campesino pobre que defiende preferentemente los intereses de sus iguales. Ello explica la convergencia actual de sectores de la izquierda y la derecha de clase media, sobre todo universitarios, que defienden ahora sus intereses de clase, incluida la jerarquía de la Iglesia Católica, frente a la insurrección de los «monos» que quieren de una vez por todas ser —como diría mi general De Gaulle— *citoyens à part entière*, ciudadanos con iguales derechos que los ciudadanos «escuálidos». He allí el meollo de tantas marchas, zaperocos y fraudes organizados por la oposición golpista, como dicen los analistas políticos de Cosecha'e Pueblo.

Octubre, 2003

II

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA Y LA CRISIS SOCIAL VENEZOLANA

La virtud de la investigación histórica es que, como planteaba Max Bloch, puede servirnos para reflexionar sobre la causalidad de los problemas sociales contemporáneos que ha revestido el desarrollo de la historia social venezolana. Podríamos preguntarnos —como lo han hecho intelectuales de otros países latinoamericanos—: ¿dónde nos equivocamos?, ¿por qué terminamos hoy precipitándonos en esta profunda crisis social?

Muchos pensadores sociales positivistas y ciudadanos venezolanos que buscaban y buscan explicar la causalidad de nuestra sempiterna crisis de gobernabilidad republicana, razonaban con un argumento atávico y racista:

(...)el poder en Venezuela no emanaba de ninguna doctrina política ni de ningún proceso constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras mayorías populares (...) perpetuando la anarquía que hacía cada vez más necesaria la preponderancia del poder personal, la existencia del Gendarme Necesario ... el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país... (Laureano Valenilla Lanz, 1983: *El cesarismo democrático*).

De aquí surge entonces la pregunta y la respuesta que se hace la gente común al identificarse por contraste con su sociedad paradigmática: ¿por qué no somos como Estados Unidos? Porque ellos fueron colonizados por ingleses, que son gente ordenada, organizada e industriosa. Esto es una media verdad y una media mentira.

Las primeras migraciones humanas europeas hacia Norteamérica se produjeron entre los siglos XVI y XVIII,

momento cero del proceso de retraso tecnológico y cultural entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y tuvieron orígenes y causas diversas. Entre 1620 y 1640 se trasladaron desde Inglaterra comunidades enteras de personas formadas en la disciplina laboral del capitalismo, que buscaban crear una sociedad libre de los pecados y las desigualdades existentes en su sociedad de origen. Gracias a la preparación técnica y a la fuerte organización sociopolítica e ideológica de dichas comunidades, prosperaron la agricultura de plantación y los latifundios, la ganadería y la industria. La pesca de alta mar y el comercio internacional llegaron a conformar el sector más avanzado de la economía de las colonias angloamericanas, produciéndose una gran acumulación local de capitales. Las plantaciones y los enormes latifundios esclavistas, particularmente los del sur de Norteamérica, generaron inmensas fortunas a sus poseedores. Los insumos obtenidos a partir de la monoproducción algodonera eran movilizadas hacia el extranjero mediante el concurso de la enorme flota comercial norteamericana que era el negocio de muchos pequeños empresarios privados.

En el siglo XVIII, por otra parte, Norteamérica recibió una gran oleada de migraciones humanas compuesta por campesinos, artesanos, mecánicos, artistas, intelectuales, disidentes políticos, proveniente principalmente de sociedades industrializadas como Alemania, Inglaterra, Irlanda, Escocia, Suecia, Holanda y Francia, migraciones que no sólo contribuyeron a aumentar la población sino a reciclar y expandir la agricultura, la artesanía, la industria y las artes. Buena parte de esa población eran jóvenes escoceses que huían de las represalias inglesas luego de la gran rebelión de 1745, quienes contribuyeron grandemente a estabilizar la vida de las colonias. En 1760, la población de ciudades como Nueva York aumentó casi en 40% y la de provincias como Virginia en más de 50% (Felipe Fernández Armesto, 1996: *Millenium*).

La casualidad de nuestro atraso y de nuestra crisis social es de carácter estructural e histórico: sus raíces se afincan en la condición colonial que nos fue impuesta en el siglo XVI, y en la condición neocolonial y dependiente en la cual vivimos desde 1810.

El gobierno metropolitano español, a diferencia del inglés, restringió el acceso legal a sus colonias americanas a las personas que no fuesen de origen español, quedando aquéllas al margen de los amplios desplazamientos migratorios que se produjeron desde Europa hacia el continente americano a partir del siglo XVIII. La Corona española, aun movilizando todos sus esfuerzos, sus hombres, todo el aceite y el vino de Andalucía y las telas producidas en sus ciudades industriales, señala Braudel (Ferdinand Braudel, 1992-I: *The Wheels of Commerce: Civilization and Capitalism*), dado el carácter arcaico de su estructura de poder el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas para la época, no pudo explotar totalmente las posibilidades de su colosal mercado del Nuevo Mundo ni tampoco ayudarlo a trascender sus enormes debilidades estructurales vía el estímulo de una producción agropecuaria, artesanal preindustrial autónoma local, tal como intentó hacerlo, infructuosamente, la Orden Capuchina Catalana en Guyana (Mario Sanoja e Iraida Vargas, 2004: *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera*).

Finalizado el régimen de encomiendas en el siglo XVII, el acaparamiento de tierras de cultivo cedió paso a la formación del latifundio, las plantaciones. Éstas producían y comercializaban las materias primas que necesitaban la expansión de la industria y el consumo de la gente en las sociedades europeas del primer mundo de entonces. Si bien esta forma de monoproducción reportó buenas ganancias de capital a los plantadores criollos, desestimuló el desarrollo de la división social del trabajo, de formas de producción industrial y de nuevas relaciones sociales de producción, amplificando más bien la explotación, el enfeudamiento y la pobreza general de la población venezolana. Dicha situación, según Braudel, equivalía a una «automarginalización», a aceptar dentro de la economía mundial la condición de estar condenado a servir a los otros, a aceptar que los países que comandaban la división internacional del trabajo nos dijese lo que teníamos que hacer y producir. Éste fue el destino señalado desde entonces a los pueblos iberoamericanos y a Venezuela en particular.

El año 1500 podría ser considerado para nosotros como el año «o», el punto de quiebre que marca el momento, la oportunidad en la cual pudimos haber avanzado en el camino hacia una sociedad industrializada relativamente autónoma, hacia la modernidad, o quedarnos anclados en una sociedad postfeudal, dependiente, como efectivamente ocurrió. Los conquistadores y colonizadores españoles que llegaron en el siglo XVI a Venezuela eran predominantemente hombres solos, de manera general liberados, de origen campesino, que no estaban, de seguro, muy enterados ni interesados en las nascentes formas de capitalismo mercantil e industrial que surgían en Holanda, Inglaterra, Francia y Alemania desde el siglo XV. Debido a su origen cultural y social, y a la circunstancia histórica que les llevó a probar suerte en América, su proyecto personal de vida era reproducir —en mejores condiciones para su situación personal— el mundo social que habían dejado atrás en España. Sus esfuerzos para lograr esos objetivos y transformarse en clase dominante tuvieron éxito pero, paradójicamente, en cierta medida también contribuyeron a agrandar la brecha de atraso tecnológico, económico y social que nos separaba del mundo en desarrollo de la época.

El origen de nuestro atraso —como hemos afirmado antes— habría que buscarlo principalmente en la mentalidad colonizada que el régimen colonial indujo desde entonces en la población venezolana y particularmente en nuestra clase dirigente, más interesada en implantar y mantener una estructura estatal a la medida de sus intereses —lo cual nos condujo hacia la actual sociedad autocrática— que a fomentar el desarrollo de una sociedad civil soberana que habría conducido a Venezuela hacia una nación democrática.

El carácter jerárquico centralizado o «despótico» original del bloque de poder dominante dentro de la sociedad colonial venezolana estaba dado por la condición burocrática propia del sistema mismo. Aquélla estaba compuesta por una población mayoritariamente pobre y un bloque dominante minoritario de comerciantes-latifundistas que acaparaba la mayor parte de la riqueza,

más interesado en la ganancia fácil y rutinaria que en la inversión y el trabajo creativo y reproductivo. Los mantuanos —según MacKinley y Soriano de García Pelayo (P. Michael McKinley, 1987: *Caracas antes de la Independencia*; Graciela Soriano de García Pelayo, 1988: *Venezuela 1810-1830. Aspectos desatendidos de dos décadas*)— constituían la cúspide de la pirámide social y representaban 0,5% del total de la población de la Provincia de Caracas, es decir, unas 4.000 personas. Es así como, mientras una persona mantuana llegaba a tener un consumo per cápita anual de 102 pesos y $\frac{3}{4}$ de un real, para el 19,5% de la población el consumo per cápita de un pardo era de 57,5 reales y el de un trabajador libre 39,5 reales, mientras que para el 80% de la población el consumo per cápita de los peones y esclavos era de $8,1/8$ de reales y el de la gente pobre en general de 6 reales.

Las relaciones de poder entre los mantuanos y el resto de los otros sectores de la sociedad —que constituían 99,5% del total— estaban caracterizadas por una confiscación total de los derechos civiles de la mayoría empobrecida a favor de la minoría dominante, situación que no ha variado sustancialmente hasta la época actual, impidiendo el desarrollo de una verdadera sociedad civil soberana. En aquellas condiciones difícilmente podía prosperar la invención tecnológica o el riesgo de la inversión industrial, ya que la base de la economía colonial o neocolonial es, precisamente, «la dominación del capital comercial sobre la producción» /s:f. Stern, 1986: *Feudalism, Capitalism and the World System in the Perspectiva of Latin America and the Caribbean*). Esta característica sigue gravitando actualmente sobre la economía venezolana, con los resultados que todos conocemos y padecemos.

Ideológicamente, en los sectores dominantes internos aquella coyuntura se expresó y se sigue expresando en una auto-percepción negativa de su ser venezolano que lleva a identificarse mecánicamente con la cultura del colonizador. La resistencia de los sectores subalternos desmoralizados, como hemos señalado (Iraida Vargas Arenas, 2002: «Resistir o morir», *Question*, año 1, N° 6), se expresa también a través de la generación de una baja

autoestima y la admiración de la cultura de sus dominadores, de la desidia, del rezago en el trabajo, en la renuencia a ejecutar las órdenes o la aceptación de las responsabilidades inherentes a su estatus laboral, provocando un proceso de retroalimentación negativa entre ambas clases sociales. Esta sinergia entre los caracteres negativos de ambos sectores, dominantes y subordinados, devino en neocolonial a partir del siglo XIX con las nuevas formas de dependencia política, económica y cultural que maniataron a la sociedad venezolana a partir de 1823. Su carga ideológica a menos que logremos rectificarla, seguirá siendo el pesado lastre que dificulta nuestros esfuerzos para lograr una sociedad verdaderamente justa, democrática y soberana.

La clase política o bloque de poder dominante que en sus diferentes encarnaciones ha gobernado el Estado autocrático venezolano desde el siglo XVI hasta 1999 no se ha interesado en educar a la población para fomentar una mentalidad cívica y desarrollar una cultura del trabajo libre, sino en darle un barniz de ilustración que mejore sus destrezas, estimulando el trabajo dependiente y parasitario, transformando el antiguo trabajo servil colonial en su expresión moderna de burocracia al servicio de los partidos políticos, congelando toda posibilidad de desarrollo social y utilizando la represión física y la tortura para ahogar cualquier resistencia a la imposición de sus designios. Tal exabrupto es hoy día el fundamento de la agenda oculta de Fedecámaras para conseguir su objetivo: destruir la sociedad venezolana para robarse Pdvsa — que pertenece a todos los venezolanos— y luego vender la empresa, botín de su rapiña, a las transnacionales petroleras.

En Venezuela, en particular, la consolidación de la sociedad estatal se efectuó antes que la sociedad civil soberana, la cual no tuvo ni ha tenido todavía la posibilidad de formarse. Desde mediados hasta finales del siglo XX los partidos políticos populistas, como Acción Democrática, coparon el espacio que pertenecía a la sociedad civil soberana, impidiendo que ésta pudiera constituirse, suplantándola por una sociedad burocrática dominada por el clientelismo político partidista.

Hoy en día podríamos considerar el colapso de la sociedad burocrática partidista instaurada a partir de 1958 como un cambio cualitativo importante para la formación de una verdadera sociedad civil soberana. Sin tener todavía objetivos sociales claros, la masa sempiternamente empobrecida que conforma la mayoría del pueblo venezolano ha comenzado a moverse de manera anárquica y a veces violenta, aunque *e puor se muove*, como diría Galileo. La minoría privilegiada, heredera del 5% de mantuanos de la sociedad colonial y su minoría subalterna que forma el 15% de la población total y de nuestra clase media, colocadas contra la pared de la historia se defienden expresando su odio racial, social y político contra todos los iconos emblemáticos de la mayoría pobre. Su victoria política, sin embargo, es dudosa. Mientras que el crecimiento demográfico de las minorías privilegiadas tiende a decrecer, el de la mayoría empobrecida crece de manera exponencial.

Aunque sólo sea por evitar un sangriento estallido social y prevenir el colapso de la democracia y de la nación venezolana, será necesario que el actual y cualquier otro futuro gobierno venezolano y los empresarios privados dediquen buena parte del presupuesto nacional a transformar a aquellos millones de venezolanos excluidos en verdaderos ciudadanos de la sociedad civil soberana, con acceso y participación a la educación, la salud, el trabajo, el ocio creativo, la justicia social; participación, en suma, en la verdadera democracia, en la felicidad social.

Contrariamente a aquellos objetivos, la agenda política oculta de las transnacionales, con la colaboración de sus operadores locales —Fedecámaras y la Coordinadora Democrática— es apoderarse de nuestra industria petrolera y sus riquezas, desmantelar la OPEP, darle total preeminencia al capital financiero, convertir la Fuerza Armada en una policía antinarcóticos filial de la DEA, brindar apoyo militar irrestricto al Plan Colombia, eliminar la fuerza de trabajo, privatizar la educación y reservar el acceso al conocimiento a las élites intelectuales subordinadas, eliminar físicamente todo tipo de disidencia e instaurar, finalmente, un gobierno mediático, donde la población sea manipulada y

ordenada permanentemente a través de los monitores de TV, ensayo de control mental que ya se ha puesto en práctica, particularmente a través de Globovisión.

Puesto que los sectores de la economía privada venezolana no han logrado, por su manifiesta incapacidad un nivel de productividad que garantice nuestro desarrollo capitalista independiente, de concretarse el robo de Pdvsa por parte de los empresarios privatizadores, la perspectiva es una ola de miseria y pobreza cuyo desenlace tendrá dos posibilidades: el colapso de Venezuela como nación soberana o el estallido de la guerra popular y de una verdadera revolución social.

Enero, 2003

III

VENEZUELA IRREDENTA, ZAMORA Y LA PROFECÍA DE LEONCIO MARTÍNEZ

*La incomprensión del presente nace fatalmente
de la ignorancia del pasado.*

MARC BLOCH

Desde las épocas remotas del mundo antiguo europeo particularmente el mediterráneo, diversos relatos dan testimonio de las luchas sostenidas por los esclavos y los siervos de la gleba, campesinos y pastores, para lograr que los patricios latifundistas romanos, los ciudadanos de las democráticas ciudades-estados griegas y, posteriormente, los señores feudales y la nobleza les reconociesen aunque fuese un mínimo de sus derechos humanos, laborales y sociales, eventos históricos señalados como insurgen- cias de esclavos, o guerras campesinas.

La Edad Media, no obstante ser designada como Edad Oscura, fue el período donde comenzaron a acordarse ciertos convenimientos entre los siervos de la gleba y los señores feudales para el uso de las tierras y las aguas en la agricultura y principalmente el pastoreo (Michael Mann, 1986. *The Sources of Social Power: A history of Power from the Beginning to AD. 1760*). Las rebeliones campesinas contra el régimen de servidumbre impuesto por la clase señorial, secundadas por los obreros asalariados que cardaban y tejían la lana, se produjeron en toda Europa occidental durante los siglos XIII y XIV. De la misma manera, los burgueses, artesanos que se habían emancipado de la servidumbre feudal, que habitaban los burgos y villas fuera del control de los señores feudales, también pactaron con éstos acuerdos que regulaban la distribución de los bienes que ellos fabricaban y, particularmente, la de un medio de cambio que comenzaban

a acumular los burgueses: el dinero, el capital dinerario (Perry Anderson, 1979: *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*).

Con el surgimiento del capitalismo como modo de vida y como sistema económico se acentuaron las luchas de los campesinos, de los burgueses y de la nueva clase de trabajadores asalariados para revertir las relaciones de dominación que favorecían a la nobleza y a la Iglesia. Las grandes rebeliones campesinas acaecieron siempre en zonas que contaban con poderosos centros urbanos cuyas relaciones mercantiles irradiaban hacia la sociedad rural. Fue así como ese proceso de luchas culminó en Francia con la Revolución burguesa de 1783 y la toma del poder por parte de los burgueses, banqueros, comerciantes, industriales y políticos que forjaron la Primera República.

La lucha de las masas populares en Europa por la redención de su condición de servidumbre ocupó el espacio de los siglos XVIII y XIX: levantamientos campesinos, motines obreros y rebeliones políticas donde se entrecruzaban la cultura, la ideología y el poder. En Inglaterra, particularmente a partir del siglo XIX, la burguesía y la oligarquía nobiliaria, la *gentry*, llegaron a comprender —debido a la fuerza de los movimientos populares— que habían perdido su confiada hegemonía cultural y política, que se había roto la relación paternalista que habían querido establecer con las clases populares, que el mundo, después de todo, no se regía exclusivamente por sus reglas sociales y que su poder no podía mantener una tutela constante sobre aquéllas (Edward Thompson, 1995: *Costumbres en común*). Toda semejanza con la crisis en la relación oligarquía/sectores medios avanzados y clases populares que domina la actual coyuntura política venezolana es pura coincidencia.

Los procesos de lucha para emanciparse de la opresión oligárquica, condición histórica necesaria para el desarrollo social-histórico de los pueblos, no son privativos de las masas populares europeas. En Hispanoamérica, particularmente en Venezuela, la maduración social y política de la burguesía latifundista y comercial provocó, hacia 1810, el inicio de un movimiento independentista

que culminó con la independencia política definitiva de España en 1823, pero no de las otras potencias en auge como Inglaterra, que recogían los despojos territoriales del antiguo imperio español. A partir de ese momento se inicia el proceso neocolonizador dentro del cual se inserta la nueva oligarquía latifundista mientras las masas populares irredentas continuaron sumidas en la miseria y la explotación.

Las rebeliones de las masas campesinas esclavizadas o sometidas a la servidumbre por la oligarquía —primero colonial, luego republicana neocolonial— tuvieron su antecedente en Venezuela en los levantamientos de esclavos ocurridos desde el siglo XVI como, por ejemplo, el de José Leonardo Chirinos, en Coro. El pueblo irredento creyó que la independencia política conquistada en 1823 representaba efectivamente su liberación social, pero —con la Tercera República— la nueva forma de oligarquía latifundista y comercial republicana simplemente asumió el papel opresor y reaccionario que había caracterizado su expresión oligárquica colonial, bloqueando todo intento de modernizar y democratizar la sociedad venezolana (J.M. Siso Martínez, 1956: *Historia de Venezuela*).

Los amos de la tierra, dueños también de la República Oligárquica, reclamaban la devolución de los esclavos y negros manumisos que se habían incorporado al ejército patriota, ya que su libertad y el alejamiento de sus dueños naturales era un problema político que lesionaba profundamente los fundamentos de la sociedad y la «moral pública» (Sir Robert Ker Porter, 1966: *Caracas Diary: 1842-1852. A British Diplomat in a Newborn Nation*). Fue así como en el mes de junio de 1831 el Gobierno venezolano debeló un extenso plan para exterminar a los blancos de la antigua Provincia de Caracas, organizado por esclavos, desempleados, antiguos soldados y oficiales zambos y negros desbandados o desencantados del ejército patriota, quienes vivían en la miseria, incluyendo también honorables comerciantes negros o zambos, descontentos con la situación actual que habían sido relegados por los mantuanos o blancos que, para entonces, controlaban el

poder económico y el poder político. Ciento treinta rebeliones y motines similares fueron debelados en Cumaná, en Angostura (actual Ciudad Bolívar), en los llanos de Guárico, Barinas y Apure y en diversas otras regiones de Venezuela) (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*). Los líderes de la fracasada insurrección de los negros y zambos —como era de esperarse— fueron condenados a muerte sometidos a largas penas de prisión, y sus seguidores perseguidos a sangre y fuego para hacer escarmiento.

A partir de 1830, las antiguas oligarquías latifundistas provinciales que detentaban considerables parcelas de poder se transformaron en una clase militarista convencida de tener el derecho a dirigir el destino de la nación venezolana. La posesión de grandes latifundios les permitió tener bajo su control vastas masas campesinas enfeudadas que servían indistintamente como siervos de la gleba o como soldados en las guerras o montoneras iniciadas por el señor terrateniente. Las montoneras tenían como propósito explícito hacer la revolución con minúsculas. Como propósito implícito, las oligarquías provinciales perseguían mantener su independencia frente al poder de la vieja oligarquía de la Provincia de Caracas o central o, eventualmente, apoderarse de dicho poder.

En el año 1859 la situación de las masas campesinas venezolanas, e incluso de la incipiente clase media, era desesperada. La Ley de Abolición de la Esclavitud fue promulgada por el Congreso Nacional en 1854, cuando ya la esclavitud estaba en franca decadencia y los esclavos subsistían como mano de obra secundaria en los centros urbanos, plantaciones y fincas ganaderas. Dicha ley establecía el pago de una indemnización a los dueños de esclavos para lo cual se enajenaron las tierras baldías y ejidos propiedad del Estado. Los latifundios de los oligarcas fueron favorecidos con la incorporación al dominio privado de 297 leguas, 2.805 fanegadas y 2.932 media varas cuadradas de baldíos enajenados entre 1849 y 1958, monopolizados por un número reducido de personas entre las que se señala a José Gregorio Monagas, José Tadeo Monagas

y su círculo familiar, Francisco Oriach y José María Otero, entre otros (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993; op. cit.).

El saqueo de las tierras y ejidos nacionales potenció la pobreza de la población, particularmente en el estado Barinas (Federico Brito Figueroa, 1996: *Tiempo de Ezequiel Zamora*), donde el mensaje liberador de Ezequiel Zamora, barinés, General de Hombres Libres, logró galvanizar con su llamado y sus acciones la esperanza de las masas irredentas durante la Guerra Federal.

La ideología de muchos de los líderes de la Federación se había nutrido con lecturas del socialismo utópico y de Alexis de Tocqueville sobre la teoría del federalismo, cuyas propuestas habían hecho nacer también en las masas populares y en los intelectuales progresistas europeos la esperanza de una sociedad justa, libre y democrática (Luis García Müller, 2001: *La Guerra Federal en Barinas, 1859-1863*). Luego de 1814, como consecuencia de la restauración absolutista, se produjo una importante corriente migratoria hacia América Latina de gente europea de todos los oficios, algunos de los cuales se instalan en Venezuela. Es el caso, por ejemplo, de Juan de Gaspers, cuñado de Ezequiel Zamora. Tales grupos estaban en conocimiento de las ideas que animaban los movimientos revolucionarios nacionales y obreros en Europa, particularmente la Revolución de febrero de 1848, en París —que propugnaba la reinstauración de la república— el mismo año cuando sale a la luz la primera edición del *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx, cuyo grito de guerra hizo temblar a las burguesías y oligarquías del mundo entero: «proletarios del mundo, uníos».

La Guerra Federal se transformó en una lucha social por la democratización del derecho a la posesión de la tierra, por la igualdad, la libertad y la democracia social, contra el centralismo de la oligarquía caraqueña y por la descentralización del poder político que encarnaba el sistema federal. El asesinato de Ezequiel Zamora en San Carlos de Cojedes, a manos de un francotirador, terminó prácticamente con la Guerra Federal. La guerra que había comenzado como un conflicto entre las élites políticas provinciales, a un costo enorme en vidas campesinas y en bienes económicos,

culminó con el Tratado de Coche como un arreglo entre oligarquías provinciales, traicionando la esperanza de las masas desposeídas que, en aras de la frustrada revolución, había ofrendado lo único que en verdad poseían: su vida (Catalina Banko, 1996: *Las luchas federalistas en Venezuela*).

La segunda parte del siglo XIX culminó con una serie de confrontaciones armadas entre los diferentes sectores para lograr y conservar el poder central y todas las prebendas económicas que ello significaba. En los inicios del siglo, los gobiernos sucesivos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez consolidaron definitivamente el Estado nacional y desmantelaron las oligarquías provinciales que habían alimentado las luchas armadas del siglo XIX. La implantación de un gobierno dictatorial permitió crear las condiciones materiales necesarias para el desarrollo de la industria petrolera en manos de las transnacionales norteamericanas, inglesas y holandesas. Los escuálidos impuestos que éstas pagaban permitieron al Gobierno nacional financiar sus costos de operación sin necesidad de afectar con impuestos fiscales el excedente económico producido por la oligarquía venezolana. Comenzó entonces a concretarse la estructura básica del poder de la Cuarta República.

A partir de 1936 se gesta una nueva formación política, Acción Democrática, aliada con una incipiente burguesía emergente, comercial e industrial, y aparece un nuevo estamento militar profesional, todo lo cual comienza a desarrollarse a la sombra de la bonanza petrolera. Al mismo tiempo, se reivindicaban los derechos de la sociedad campesina y de los obreros que habían sido postergados desde el fracaso de la Revolución federal. Acción Democrática se identificaba como el «Partido del Pueblo», agrupación política estructurada como un partido bolchevique, pero vaciado de todos los contenidos ideológicos del socialismo científico, concebida como una alianza reformista entre las clases explotadas, la clase media profesional emergente y la nueva oligarquía. En Acción Democrática convivían marxistas comunistas, como Rómulo Betancourt, con reformistas idealistas como Rómulo Gallegos y Andrés Bello Blanco, y anarquistas como el líder

sindical Francisco Olivo (Agustín Blanco Muñoz 1989: *Acción Democrática: habla Gumersindo Rodríguez*).

Para 1945, el liderazgo político de Acción Democrática estaba integrado por una élite de venezolanos muy calificados en su práctica partidista. Asociados con el sector modernista a del ejército venezolano propiciaron el golpe cívico-militar del 18 de octubre de 1945. Este movimiento tuvo un profundo impacto en la sociedad venezolana, particularmente entre la clase media, los trabajadores, los obreros y los campesinos, quienes creyeron que había llegado de nuevo la posibilidad e la redención social que esperaban desde el siglo XIX. El gran poeta y periodista caraqueño Leoncio Martínez, «Leo», de manera profética expresó en uno de sus poemas las esperanzas irredentas del pueblo venezolano (Aguiles Nazon. 1976: *Leoncio Martínez*):

¡Ah quién sabe si para entonces
cerca del año 2000
esté alumbrando libertades
el claro sol de mi país!

El derrocado gobierno democrático del presidente Isaías Medina ya había presentado leyes progresistas en el Congreso Nacional: en 1943, la Ley de Hidrocarburos, y en septiembre de 1945 la de Reforma Agraria; pero las transnacionales norteamericanas, apoyadas por grupos antinacionales integrados por Acción Democrática, sectores de la pequeña burguesía emergente y oficiales del ejército, derribaron el gobierno democrático clausurando el breve paréntesis (1941-1945) de gobierno nacionalista de Medina Angarita (Salvador de la Plaza, 1964: *La formación de las clases sociales en Venezuela*).

En las elecciones de 1947, el voto universal y secreto —por primera vez en la historia de Venezuela— le dio a Acción Democrática una cómoda mayoría de 70%. Sin embargo, los decretos de la Ley de Hidrocarburos y de la Reforma Agraria dejados en vigencia por el gobierno de facto de Acción Democrática atizaron

los miedos del imperio, de la oligarquía latifundista y de los miedos militares por la posible instauración de un régimen comunista en Venezuela, de la misma manera como los actuales adecos, copeyanos y sectores oligárquicos fascistas acusan al Gobierno del presidente de Hugo Chávez Frías de comunizar y cubanizar el país. Sublevaciones caudillistas en el estado Trujillo, rebelión militares en Maracay, fueron los eventos que prepararon el derrocamiento incruento del presidente Rómulo Gallegos en 1948 y la instauración del gobierno militar cuya vigencia clausuró el 23 de enero de 1958.

Con el regreso de Acción Democrática al poder en 1960 y la formación de la alianza puntofijista con Copei y la Unión Republicana Democrática, el pueblo irredento creyó de nuevo que había llegado la esperanza, pero ninguno de dichos partidos tenía verdaderamente un proyecto estratégico nacionalista de transformación de la sociedad, mucho menos para reivindicar a las clases populares. Por el contrario, diseñaron y promovieron un proyecto estratégico pragmático donde coexistía un contrabando de ideas cepalistas, privatizadoras y neoliberales, cuyo objetivo final era el desmantelamiento del Estado nacional, la desnacionalización de la educación y la cultura venezolana, y la entrega de la industria petrolera, de las empresas básicas de Guayana, de las telecomunicaciones, de la salud, etc., ni siquiera a la empresa privada venezolana, sino a las transnacionales.

El proyecto político puntofijista se orientó a profundizar y mejorar el modelo de estamento burocrático autónomo, dueño de los medios fundamentales de producción. Fedecámaras, por su parte, propició que los políticos puntofijistas se insertaran en la asociación patronal y que, a su vez, los empresarios se incrustaran en el estamento burocrático, conformando así la nueva versión de la oligarquía, de la burguesía estatal venezolana. En el extremo opuesto se hallaba el campesinado, agobiado por la persistencia del latifundio, los obreros y los trabajadores, atados al tren de burócratas sindicaleros de la CTV, asociados a la cúpula patronal y a las transnacionales del imperio, y las masas urbanas marginadas,

deprimidas y reprimidas policialmente cada vez que intentaban luchar por sus reivindicaciones económicas, sociales, culturales y políticas (Mario Sanoja e Iraida Vargas Arenas, 2003: *Question*, año 1, N° 10).

El 27 de febrero de 1989, durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, las políticas neoliberales de ajuste que éste aplicó como un electroshock a la sociedad venezolana provocaron como protesta un rebelión popular extendida a las principales ciudades venezolanas. La vesánica represión desatada por el Gobierno de Pérez se concentró en las barriadas populares con un saldo de miles de muertos, la mayoría de cuyos cadáveres todavía yacen sepultos en tumbas colectivas clandestinas. La represión del 27 de febrero llevó a la sublevación militar del 4 de febrero de 1992 y a la célebre frase del Comandante Chávez que electrizó los ánimos de la mayoría de los venezolanos: «hemos fracasado, por ahora».

En el año 2000, tal como profetizó Leoncio Martínez, la democracia comenzó a ser también propiedad de las masas populares irredentas. La esperanza de lograr un lugar bajo en el sol galvanizó la resistencia de los pobres y marginados cuya fuerza logró dar al traste con el golpe cívico militar organizado por la oligarquía patronal-sindicalera y un grupo de generales traidores a la patria el 11 de abril de 2002, financiado y armado por las transnacionales y sectores empresariales y gubernamentales. Logró con bravura derrotar el criminal paro de Fedecámaras-CTV y el cobarde sabotaje cometido por los meritócratas petroleros contra su propia empresa, Pdvsa, a los fines de paralizar y destruir el Estado nacional venezolano, y contribuyó junto con nuestros obreros trabajadores, universitarios, soldados, marineros y aviadores a la recuperación de nuestra empresa petrolera que ahora sí es venezolana. Se cumple así un ciclo de reivindicaciones y redención de las masas populares venezolanas, y esperamos que los movimientos sociales que dirigen el proceso de cambio histórico no defrauden esta nueva esperanza.

A pesar de las amenazas de la Coordinadora Democrática de Oposición, de la junta de militares fascistas, de los golpistas fascistas de Acción Democrática, Copei, MAS y Primero Justicia, creemos que podremos pedirle en un día cercano al viejo Leo, poeta y periodista revolucionario, que rectifique los versos de su *Balada del preso insomne*; decirle que no tiene que pensar en exiliarse y marcharse de aquí, que lo que queremos como un sol que ilumine ensueños de vastos campos sin confín, del cielo abierto a la esperanza de las alas tendidas de Venezuela.

Septiembre, 2003

IV DE LA BASTILLA A PDVSA. OPORTUNIDAD PARA CREAR UNA NUEVA BURGUESÍA NACIONAL

El 14 de julio de 1789 el pueblo de París, los *sans culottes* o descamisados asaltaron y conquistaron la fortaleza de La Bastilla, símbolo de la tiranía. Aquella dramática acción significó el fin del *ancien régime*, de la monarquía borbónica que había negado tanto a la burguesía como a los campesinos y trabajadores franceses el derecho a la igualdad social y de oportunidades, la libertad y la democracia.

En Venezuela, la oligarquía constituida desde el mismo siglo XVI construyó un sistema político en el cual ella misma estaba identificada con el poder y el Estado. El gobierno, la gestión de los asuntos públicos era una tarea que se delegaba en sectores políticos subalternos. A partir de 1958 esta estructura de poder llegó a concretar su expresión más grosera y letal para el pueblo venezolano. El grado de confiscación de los derechos humanos y civiles del pueblo venezolano por parte de la oligarquía alcanzó su más brutal expresión al coaligarse con aliados políticos como Acción Democrática y Copei. Estos, mimetizados con una máscara populista, iniciaron una deformación progresiva y calculada de instituciones sociales fundamentales como la educación, desmantelando los contenidos formativos que consolidan en la mente del niño y el adolescente la identificación con su nación, su pueblo y su cultura, con su destino y su lugar en el mundo, en suma, con su condición de ciudadano venezolano. Desmantelaron, así mismo, la educación técnica, bloqueando a posibilidad de formar un sector medio de técnicos y especialistas necesarios para desarrollar los planes de industrialización de los cuales ellos mismos, hipócritamente, alardeaban. Ese fue el preámbulo de la desnacionalización de PdvsA y de Venezuela.

La oligarquía venezolana, consecuente con su proyecto político, consideraba como suyos los medios de producción del Estado, particularmente aquellos donde residía el fundamento del poder: la industria petrolera. La supuesta nacionalización del petróleo ocurrida durante la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez concretó la entrega de la industria al sector oligárquico. Aunque sus individuos habían tenido como política no aparecer como protagonistas en el manejo de los asuntos públicos, algunos de sus representantes más rancios y conspicuos llegaron a ser, sin embargo, presidentes de Pdvsa. El objetivo de estas incursiones era supervisar el montaje de la estructura gerencial que permitiría separar a Pdvsa del dominio público estatal, convirtiéndola de hecho y de derecho en propiedad de la oligarquía, destruyendo de paso las bases del Estado nacional venezolano. De esta manera enmendaban la plana a las Ordenanzas de la Corona Española, a los Códigos de Minas y las Leyes Especiales de Hidrocarburos dictados por la República una vez consumada la Independencia, a la Ley de Hidrocarburos vigente y, finalmente, a la misma Constitución Bolivariana. Para lograr sus fines recurrieron a los expedientes más genocidas, como el golpe de Estado, utilizando los servicios de personajes tenebrosos: sicarios y proxenetas de baja ralea, traficantes de armas, políticos y empresarios de reputación y capacidad dudosas, militares traidores, tecnócratas petroleros apátridas e inmorales.

Por las razones antes expuestas, el 6 de diciembre de 2002 debe ser recordado en Venezuela por dos causas: como fecha ignominiosa cuando aquel grupo de traidores trató de destruir nuestra patria y, por otra parte, como el momento cuando nuestro pueblo recuperó Pdvsa, su patrimonio más importante, las llaves que abrirán las puertas de la verdadera independencia y la autodeterminación.

A diferencia de La Bastilla, Pdvsa era tanto el símbolo como el instrumento real de dominación política y económica de las transnacionales. A través del control del ingreso petrolero la burocracia tecnocrática y apátrida que regía toda la vida de la empresa regulaba también nuestra capacidad real de poder trascender la

pobreza y el subdesarrollo, secuela de nuestra condición de país neocolonial.

La reducción progresiva del ingreso petrolero venezolano a partir de la década de los años ochenta del siglo pasado se tradujo también en un empobrecimiento general de nuestras oportunidades individuales y colectivas para mejorar la calidad de vida. Nosotros, los de la generación de la clase media de 1960, tuvimos la oportunidad de equiparnos en bienes materiales y lograr relativamente un alto nivel de bienestar a partir de 1970, hecho que se vincula con la ampliación de la riqueza nacional que produjo inicialmente la venezolanización de la empresa petrolera. A partir de 1980, al disminuir el aporte fiscal que Pdvsa debía entregarles a sus dueños, los venezolanos, para nuestros hijos, consecuentemente la prosperidad comenzó a declinar dificultándose el acceso al trabajo, a la vivienda, a la independencia económica, a la posibilidad incluso de formar una familia propia, configurando lo que podría llegar a ocurrir si la oligarquía consolida su propiedad sobre Pdvsa.

El Estado, ciertamente, destinó grandes recursos par la formación en el exterior de una élite profesional y técnica que, al volver a Venezuela no halló oportunidades de ejercer y aplicar sus conocimientos en una sociedad que se desarrolló, quizás cuantitativamente, pero que cualitativamente sigue siendo neocolonial y atrasada, con una estructura económica deficiente y poco diversificada debido a la baja tasa de inversión en la renta petrolera que ha impedido un verdadero desarrollo nacional autónomo.

En lugar de sembrar el petróleo como propuso Arturo Uslar Pietri —¡qué coincidencia!, el 14 de julio de 1936, día de un nuevo aniversario de la toma de La Bastilla— los sucesivos gobiernos venezolanos hasta 1999 dedicaron la renta petrolera a cubrir las crecientes exigencias del presupuesto nacional y a alimentar la insaciable corrupción de los políticos y sus aliados empresariales. A partir de 1980 la burocracia tecnocrática apátrida que ya se había alzado con Pdvsa comenzó a canalizar cada vez más las ganancias de la empresa hacia su propio beneficio, como si fuese un negocio

privado: a sembrar el petróleo, pero dentro de Pdvsa. En lugar de una sabia política de inversión de los ingresos petroleros, nuestros gobiernos neocolonizados los orientaron en una elevadísima proporción hacia el gasto y el consumo no reproductivo.

Sembrar el petróleo, según Uslar Pietri, era invertir los ingresos derivados de la explotación del recurso minero en crear una riqueza productiva y reproductiva. Dicho en otros términos: descolonizar a Venezuela. En 1972, un antropólogo de la UCV, nuestro admirado amigo y maestro Rodolfo Quintero, recogería ese mismo pensamiento al decir que el fundamento de una programación revolucionaria de descolonización y desarrollo autónomo habría de ser la nacionalización y la socialización de nuestro petróleo: «El pueblo debe cumplir a cabalidad el proceso de explotación y disfrutar a plenitud de los beneficios que produce: todo el petróleo de Venezuela debe ser propiedad de todos los venezolanos» (Rodolfo Quintero, 1972: *Antropología del petróleo*).

Destinar buena parte de la renta petrolera a fomentar el desarrollo agropecuario, a crear una economía constructiva, a desarrollar el capital venezolano e incorporarlo al negocio petrolero, a mejorar en fin la calidad de vida de nuestro pueblo es la tarea que está planteada en este momento histórico estelar de la sociedad venezolana. Es importante y necesario que los empresarios que crean en Venezuela participen en un negocio lucrativo como es la industria petrolera nacional, creando empresas privadas que le presten servicio tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Es también importante y necesario estimular, por esta vía, un proceso de acumulación de capitales nacionales que propicien el desarrollo de la sociedad venezolana, emulando el papel que han jugado muchos empresarios brasileños para quienes su mejor producto y mayor beneficio es Brasil. Actuar de esta manera es contribuir a *descolonizar* el país.

Descolonizar es, en nuestro caso, humanizar, emancipar a los hombres y mujeres del pueblo venezolano; construir una sociedad donde sus integrantes dispongan de los bienes materiales e inmateriales indispensables para satisfacer sus necesidades; poner

la economía al servicio de la sociedad; construir relaciones culturales, sociales y económicas basadas en la cooperación y la solidaridad; movilizar las infinitas posibilidades de creación que tiene el pueblo venezolano y, en fin, como aspiraba Rodolfo Quintero, promover a la mujer y el hombre venezolano totales, hasta hoy prisioneros de la cultura del petróleo.

La decisión tomada por el Gobierno venezolano, fortalecido con el apoyo popular, de nacionalizar de verdad a Pdvsa en 2003, tal como la toma de La Bastilla en 1789, marca el comienzo del fin de aquel *ancien régime* puntofijista. Así como hemos descubierto la felonía y la crueldad de la oligarquía venezolana y de su jauría de tecnócratas petroleros, hemos descubierto también, no sin sorpresa, la fortaleza civil de la sociedad venezolana. Ella nos ofrece la posibilidad de promover una cultura de contenido antioligárquico y anticolonial, de reforzar la lucha histórica de lo propio contra lo extraño, de lo que debe morir y de lo que debe nacer, promoviendo la consolidación de las culturas nacionales para que éstas prevalezcan sobre la cultura neocolonial, sobre la Cultura del Petróleo.

Febrero, 2003

SEGUNDA PARTE

LA CULTURA: BASES DEL CAMBIO SOCIAL

El desarrollo de una conciencia histórica sobre la cultura de los pueblos es un compromiso que está fuertemente ligado a la defensa de la herencia histórica, de la identidad nacional, de la soberanía de los pueblos. Las ciencias sociales —y en particular la Antropología que estudia la cultura— tienen como un de sus grandes responsabilidades esclarecer el camino para conocer, investigar y difundir los diferentes procesos históricos mediante los cuales los pueblos de América Latina y del Caribe han llegado, a pesar de todas las distorsiones a que han sido sometidos, a buscar y encontrar la identificación con un destino común.

V **¿DE QUIÉN ES LA CULTURA VENEZOLANA?**

No todos los agentes sociales poseen una misma manera de ver el mundo ni persiguen objetivos similares. Estas diferencias obedecen a distintos factores históricos y económicos, y sobre todo culturales. Por ello, para lograr el diálogo y el consenso entre todos los actores de la sociedad venezolana, se hace necesario abordar la traumática y desestructurada relación Estado/Cultura/Sociedad.

El protagonismo en la cultura *versus* la cultura de los protagonistas

La cultura venezolana, en cualquiera de sus manifestaciones, ha tendido a ser identificada no con sus creadores, sino con sus gestores; al mismo tiempo, parecería existir un número finito y muy limitado de quienes pueden hacerse cargo de tal función. Se trate de la IV o de la V República, nos encontraremos siempre con los mismos individuos ocupando los diferentes espacios destinados a la gestión cultural. Ello no sería grave si tales personas hubiesen logrado instrumentar una gestión cultural realmente alternativa, revolucionaria y transformadora. Pero, por el contrario, hasta ahora siguen existiendo los olvidados y los excluidos de siempre; la llamada «gestión de la cultura» ha sido insuficiente —por decir lo menos— para apoyar y colaborar en la creación de una política de desarrollo sustentable de la sociedad venezolana. Todo lo anterior configura un cuadro a todas luces contrario a una práctica democrática en el cual ha imperado la concepción burocrática de la cultura, sostenida y defendida por los «gestores de siempre».

Las investigaciones culturales

Uno de los problemas crónicos en la gestión y promoción cultural nacional lo constituye el olvido oficial de los resultados de las investigaciones científicas sobre las diversas dimensiones de la sociedad venezolana. El conocimiento que tales trabajos han ofrecido sobre la realidad nacional ha sido sistemáticamente segregado, sin ser tomado en cuenta a la hora de implantar políticas culturales, como si el Estado venezolano ignorara o considerara vacuos tales trabajos y viera el conocimiento sobre la realidad de la cultura nacional desligado de los problemas estructurales, pasados y presentes, que acucian a Venezuela como país. Esto, como es dable colegir, incide de manera negativa en la gesta de políticas culturales estatales destinadas a resolver problemas reales no de sectores y grupos sino de la sociedad como un todo.

Dimensión política de la cultura y dimensión cultural de la política

Todo proyecto político de país posee una dimensión cultural que se expresa en la diversidad de estilos de vida y formas socioeconómicas que integran una sociedad nacional, producto de la variabilidad de procesos sociohistóricos que han confluído en la consolidación de las sociedades nacionales. Cada uno de esos estilos de vida y formas socioeconómicas representan a su vez otras tantas propuestas, proyectos de vida, de acción social y política alternativos. Ignorar esta realidad es letal para todo programa de transformación social que pretenda tener éxito. Cualquier política que disocie ambas esferas de la vida social no sólo constituye un error sino que conduce a cometer errores por muy buenas que sean las intenciones de quienes definen e instrumentan tal proyecto político. La manera de realizar la Política con mayúscula y las medidas diseñadas para erradicar la pobreza y sus secuelas de ignorancia, miseria y desempleo deben ser comprendidas dentro de la lucha que existe entre las distintas clases sociales, lucha que

no es *aséptica culturalmente*; se expresa culturalmente, depende de la cultura, supone una manera de hacer cultura, pues cada clase social no solamente crea cultura sino que al hacerlo, simultáneamente, piensa que su manera es la única posible y legítima.

Los recientes eventos trágicos que vivimos en Venezuela el mes de abril de 2002 permiten ilustrar lo que planteamos. Oficialismo y Oposición se apropiaron de manera diferencial de diversos símbolos culturales como forma de congregar a la población venezolana en torno en sus respectivos proyectos políticos. Los símbolos patrios, por ejemplo, fueron usados a conveniencia: los oficialistas los manejaron como forma de legitimar su proyecto y aglutinar a los individuos gracias a los procesos de identificación social en su historia. La oposición contestó tales usos propugnando «que la oficialidad no es dueña de Venezuela», por lo cual los mismos símbolos fueron usados por ellos con otro discurso, para defender su propio proyecto político. Congruente con ese proyecto la oposición usó, igualmente, símbolos patrios foráneos, como se colige de la presencia de banderas de EE UU en las manifestaciones. Dentro de esa dicotomía se subsumen diferentes proyectos culturales, algunos de los cuales son concurrentes en sus fines, pero están separados en su acción por la retórica presentista y oportunista que exhiben algunos de sus dirigentes.

La trivialización de la llamada «cultura popular»

Cualquier persona en Venezuela hoy en día, a menos que sea un especialista en la materia, identifica cultura popular con «espectáculo folklórico», con «fiestas patronales y populares», religiosas o laicas, o con «artistas naives». Sin negar que las aludidas sean expresiones de la cultura popular, la definición anterior deja de lado las múltiples expresiones singulares, más sentidas y propias, que una comunidad tiene de crear y manifestar cultura en su vida cotidiana. Esta historia de la cultura popular no toma en cuenta otras muchas expresiones culturales *que no tienen nada que ver con lo que la llamada sociedad occidental considera como cultura.*

Las formas cotidianas de resistencia cultural, las formas culturales de ciertas clases como respuesta ante la hegemonía que, en diversos planos de la vida social ejerce la dominante, el estereotipo que una clase construye sobre la otra así como la lucha contra tal estereotipo, todas ellas forman parte también de la cultura popular.

Estereotipar a la clase media y a la burguesía venezolanas como «sociedad civil», y a las clases menos favorecidas económica y socialmente como «turba», constituye una expresión cultural de la lucha entre clases. El estereotipo siempre ha sido un recurso cultural empleado por los agentes sociales en la dinámica sociopolítica, y las políticas económicas, sociales y culturales tienden a regirse por esos estereotipos.

Pero los estereotipos no son sólo etiquetas sociales: ellos califican y propician conductas, las cuales son también estereotipadas. Si la «turba» protesta, su actuación debe corresponder con saboteos, delincuencia, robos. Si lo hace la «sociedad civil», debe corresponder con las nociones de búsqueda del orden, del beneficio y el progreso social. Dentro de este orden de ideas, la dictadura de los medios, los paros y otros recursos políticos similares son vistos como los instrumentos que emplea la «sociedad civil» para lograr los objetivos señalados, de los cuales ella y sólo ella son garantes. Si lo hace la «turba», se trata de «actitudes irracionales de los monos» quienes, supuestamente, no saben lo que quieren y son violentos por naturaleza.

Las nociones de violencia y pacifismo son usadas también para generar estereotipos culturales en la práctica social, en la lucha entre clases: violencia en los medios de comunicación es libertad de expresión; violencia en las calles por parte de la «turba» ¡es violencia pura y simple!

Robo en las altas esferas gubernamentales, en la banca y similares, no es robo, es corrupción, y se la trata con lenidad. Robo por parte de los miembros de la «turba» es castigado con el horror de las cárceles venezolanas.

El Estado venezolano y una concepción de la cultura acorde con el proceso de cambio actual

Es impostergable que las políticas culturales venezolanas partan de una conceptualización de la cultura distinta a la que manejan hasta ahora los organismos oficiales. Definir la cultura como «las capacidades creativas de los seres humanos» la vacía de todo contenido. Tal definición no difiere para nada de la vieja propuesta positivista de que «cultura es todo lo que hace el hombre». No hay ser humano que no sea creador. Es como si dijésemos que todo ser humano tiene un cerebro.

La creación cultural opera independientemente de las políticas, por lo tanto, éstas deben estar destinadas a estimular la creación, a orientarla y fortalecerla frente a la industria cultural alienante y a usarla, mediante mecanismos educativos, en la toma de conciencia ciudadana para lograr el proyecto de país que el Estado y la sociedad como un todo propugnen.

En la Primera Reunión Interamericana de Ministros y Responsables de Políticas Culturales, convocada por la OEA en Cartagena, Colombia, dichos responsables clamaban por una cultura que fuese el motor del desarrollo social y económico en las naciones. Sin embargo, cómo lograr este objetivo cuando la misma OEA sólo dedica 2% de su presupuesto a la cultura y el resto de los países americanos mucho menos de 1% de sus respectivos presupuestos nacionales: una acción cultural menesterosa que no logra encontrar su destino dentro de dolorosas crisis sociales. Es necesario adoptar un nuevo perfil de política donde se reconozca la dimensión cultural de la crisis social, incluir esa dimensión en los programas de desarrollo sustentable. Para ello sería necesario crear un ente cultural que actúe como un Ministro de Coordinación en las políticas sectoriales del gabinete y no como un apéndice del Ministerio de Educación.

Las políticas culturales

La gestión de la cultura no se debe confundir con la cultura como gestión. Se debe entender que una buena o mala gestión cultural depende necesariamente de la noción que se tenga sobre la cultura y que ésta deba estar en concordancia con el proyecto político que se trate. Tan concepción debe provenir del conocimiento sobre la realidad cultural que generan las investigaciones sociales. Por ello, los gestores, aunque sean creadores no necesariamente logran buenos resultados si parten de una concepción de la realidad basada solamente en sus propias visiones subjetivas y sus intereses personales. Por otro lado, las concepciones filosóficas, las nociones y los decretos no bastan pues es la gente, en última instancia, la que realiza las cosas. Debe haber sintonía entre lo que la gente es y quiere como colectivo y el proyecto; ello se logra con el trabajo educativo en todos sus niveles. De no hacerse así las políticas culturales continuarán como hasta ahora: indeficientes para satisfacer la demanda social de los colectivos, por lo que el estímulo a la cultura seguirá estando reservado pequeños grupos.

El sector cultura

De manera consecuente con la infortunada visión de la cultura como gestión, existe el llamado sector cultura, creación de la IV República. El Estado venezolano creó y mantiene una alienante política de subsidios, la cual somete a ese sector a la dependencia de un presupuesto cada vez más exiguo. Ello ha propiciado el «cuánto hay pa'eso», lo cual, a su vez, ha condicionado la existencia de una actitud pedigüña que niega la creación y propicia la corrupción y el amiguismo.

En el llamado sector cultura existe una extraordinaria capacidad creativa subutilizada. Sacar a esos creadores de su aislamiento y poner sus talentos y capacidades al servicio de la sociedad venezolana podría ser la base de una política transformadora. La literatura y las artes plásticas representan una manera de ver,

de entender y de expresar la realidad que debería ser enseñada a los colectivos; la música, sea coral o *ensembles* de música popular o académica, contribuye a estimular también formas de organización social colectiva, solidarias y disciplinadas para el logro de metas comunes. La movilización de las capacidades creativas de los colectivos sociales puede contribuir no solamente a mejorar las individualidades, sino a potenciar también sus capacidades de asociarse para la obtención de sus propósitos. En igual sentido, la práctica del deporte debe ser una forma de educar, de estimular actitudes y valores asertivos hacia la emulación, la calidad de la formación física y mental de la persona, de la vida en común, de la autoestima.

Cultura popular

La IV República separó artificial e intencionalmente la llamada cultura culta de la cultura popular. Esta última, vista como expresión fallida de las Bellas Artes, es reducida a un rezago de tradiciones donde no tienen cabida las expresiones cotidianas contemporáneas, sean musicales, culinarias, ademanes, lenguaje, comportamientos.

La cultura en general es también una preparación para la vida en colectivo. Conocer y aprender las diferentes dimensiones de la vida social, prepararse para incluirse en la vida mediante el desarrollo de todas las formas de creatividad: sociales, económicas, científicas, técnicas, laborales, ecológicas, higiénicas, deportivas, es una actividad necesaria para elevar y potenciar la calidad de la existencia de las personas y de los colectivos sociales.

Cultura y educación

Para lograr que lo cultural se convierta en plenamente social, producido y consumido por todos los individuos, es necesario formar en las universidades y centros de capacitación una generación de animadores culturales que entiendan y compartan el proyecto

de país que se quiere lograr, que trabajen con las alcaldías en los barrios y en las comunidades rurales, y con las diferentes organizaciones de la sociedad venezolana *como estimuladores para que sean las comunidades las que se encarguen de gestionar su propia cultura*. Se deben crear museos de nuevo tipo, cuya principal tarea sería la de educar a la población en las diversas temáticas que conforman la vida social, lo que podría tardar años en ser incluido en los programas de enseñanza formal. Los objetivos de tales museos son promover la movilización cultural de las comunidades, fomentar la autoestima y la solidaridad como colectivo social, y अपार las destrezas creativas de ese colectivo.

Una Ley de la Cultura, para ser verdadera y socialmente útil, debe fundamentarse en los objetivos que constituyen la base del desarrollo sustentable de la sociedad, normando los procedimientos y procesos que facilitan y concretan su realización.

¿Qué hacer para solventar del ocio y tiempo libre de las mayorías? El Estado venezolano no ha abordado nunca el problema que significa educar a la población para disfrutar su tiempo de ocio de manera positiva y proactiva; ha entregado a la industria cultural, particularmente a la televisión comercial, el logro de los objetivos sociales en este sector. En consecuencia, vemos cómo el «huésped alienante» se limita a la presentación de enlatados que desnaturalizan la autopercepción que debe tener la persona sobre su propia historia, sociedad y cultura, alimentando a través de las telenovelas la idea de que no hay solución colectiva para resolver los problemas de la existencia, que para triunfar en la vida sólo existe una solución individual fundamentada en la suerte, la malicia y el egoísmo. Como sabemos, no existe una política de museos de historia, antropología, arte o tecnología acorde con los objetivos del cambio social que necesita urgentemente la sociedad venezolana; no se propicia tampoco el hábito de la lectura, ni la producción de cortometrajes y películas que orienten a la autopercepción de nuestra cultura y sociedad, que nos ayuden a comprender nuestra singularidad dentro de la sociedad global; tampoco

se ha tomado posición ni realizado correctivos alternativos a la cultura como espectáculo.

La comunicación y la cultura

El manejo acertado de la comunicación como expresión cultural de una sociedad es vital para cualquier Estado. Uno de los objetivos cardinales de la política cultural estatal debe ser establecer una normativa que regule la dictadura mediática. Las personas y los colectivos tienen el derecho a estar informados. La libertad de expresión y de información es uno de los derechos humanos esenciales de todos los ciudadanos, no solamente de las empresas de comunicación social. La terrible situación que vive el pueblo venezolano debe alertarnos sobre lo que significa el uso abusivo, sesgado, de la información para fomentar la angustia y el odio, resultando en el *stress*, en la desesperación que siente la persona al verse acorralada cual conejillo de indias en una maraña orquestada de supuestas noticias, informaciones e impulsos subliminales que sólo le presentan el aspecto negativo y sórdido de la vida cotidiana. Venezuela necesita que el Estado tenga una emisora de televisión técnicamente moderna, que dé cabida a todas las expresiones de la cultura y de la creatividad, particularmente las propias, comunicándole al público nacional y extranjero nuestra visión del mundo. Debe propiciarse el fortalecimiento de las televisoras y emisoras radiales comunitarias —como alternativas a la televisión comercial— que reflejen y reproduzcan la vida cotidiana pública y privada de los colectivos regionales y sirvan de medio de expresión de su cultura particular.

Patrimonio histórico

En relación con este punto podemos señalar que al Estado venezolano no le ha interesado antes ni ahora el patrimonio histórico, no obstante ser ésta una de las dimensiones estratégicas más importantes de cualquier política cultural. Ello refleja la

internalización en la mente de los gobernantes de varios estereotipos negativos que ha propiciado la educación: «El pasado no tiene nada que ver con el presente», salvo recordarnos el atraso «No hay nada que conservar del pasado ya que nuestros antepasados, desde los aborígenes, pasando por los esclavos africanos hasta los españoles, todos fueron incapaces de crear algo valioso»; «Nuestros logros del pasado son ridículos y hasta pavorosos excepto los objetos arqueológicos vistos como arte»...

A pesar de que contamos con un Instituto del Patrimonio Nacional, con uno de los presupuestos más bajos otorgados al «sector cultura», no existe una política de Estado sobre el patrimonio histórico por lo cual en los planes y objetivos del Instituto sólo impera la opinión individual del arquitecto de turno que lo dirige. Los bienes culturales patrimoniales que nos legaron las generaciones precedentes ni se investigan ni se conservan excepto espasmódicamente.

Cultura y desarrollo del capital social

En América Latina, excepto en Venezuela, la práctica cultural ha estado estructurada en torno de una institución —generalmente un ministerio organizado en institutos— que planifica la producción y difusión de conocimientos en las diferentes dimensiones de la cultura nacional: la Historia y la Antropología, las culturas y sociedades aborígenes, las culturas y tradiciones populares, las bellas artes, la ciencia y la tecnología. Deberíamos aprender de esas experiencias que rescatan y potencian las posibilidades creadoras y creativas de los pueblos y no limitarnos a una ley que sólo se ocupa de la organización burocrática de la creación artística, popular o culta.

En el caso particular de Venezuela la gestión política concreta de la cultura debería ser llevada adelante por un órgano administrativo dotado de suficiente autonomía y recursos para llevar a cabo programas de alcance nacional, creando redes de coordinación con los diferentes órganos del Poder Ejecutivo y con los

organismos regionales y locales de gestión cultural, representado en el Consejo Federal de Gobierno para ejercer sus facultades de asesoría de las políticas, aparte de las que señala el artículo 185 de la Constitución Bolivariana. Dicha gestión debería estar dirigida hacia aquellos sectores mayoritarios de la sociedad venezolana, populares o de la clase media, que han estado secularmente preteridos, no sólo del disfrute de los bienes culturales sino en muchos casos del disfrute de la vida misma.

En una primera instancia, el diseño y la instrumentación de los programas de dicha gestión deberían ser —naturalmente— producto del pensamiento y la actividad de un colectivo con un profundo conocimiento de la realidad histórica y cultural de Venezuela. La credencial básica que se les exigiría a sus integrantes sería su compromiso sin reservas con un mejor destino para la patria venezolana. El logro de esta meta pasa por la posibilidad de hacer una gestión cultural integral, no para beneficio de los diversos grupos e instituciones que han usufructuado la parte del león de los presupuestos del Conac durante cuarenta años sino para toda la sociedad venezolana, con el apoyo de la mayoría de los creadores cuyo trabajo, durante todas esas décadas, ha recibido la menor parte de los subsidios culturales que ha otorgado el Estado venezolano.

Los programas de la gestión cultural deberían tener como objetivos puntuales:

- Consolidar la identificación de nuestro pueblo con la patria y la nación venezolanas a través del rescate, la promoción y la puesta en valor de nuestra herencia histórica, de los valores de nuestra cultura y nuestra sociedad, estimulando la formación de destrezas físicas, intelectuales y técnicas, y una base de conocimientos actualizada y orgánica que permita a los jóvenes contribuir al desarrollo de nuestro país e insertarse, sin desventaja, en las redes culturales, científicas, técnicas y deportivas de la sociedad regional y mundial.

- Apoyar las enseñanzas diseñadas para el logro del objetivo anterior no solamente en el trabajo en el aula sino también en nuevas instituciones de apoyo didáctico tales como los museos escolares así como en aquellas dedicadas a la investigación y a la promoción del conocimiento y la gestión del patrimonio histórico, social, cultural, científico y artístico de la nación, que sirvan como medio de investigación, promoción y divulgación de dichos valores, centros donde los ciudadanos puedan asistir a la representación orgánica de su propia historia, tomar contacto —de manera reflexiva y no solo habitual— con su propia realidad, junto con la de otros pueblos de diversos continentes, y así adquirir conciencia de su lugar en el mundo que los rodea, de su singularidad como expresión cultural nacional al mismo tiempo que de su dimensión universal (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*).
- Estimular en la conciencia histórica la reflexión y la capacidad crítica sobre la pertenencia de los ciudadanos y ciudadanas a la sociedad nacional.
- Reforzar la autoestima al propiciar una comprensión del proceso histórico real, no manipulado ni distorsionado, todo lo cual llevaría a propiciar formas de autovaloración positiva como venezolanos(as).
- Crear en los ciudadanos(as) un nivel orgánico de reflexión y conciencia sobre los vínculos que ligan los diversos saberes, hechos y objetos que forman parte de su vida cotidiana, incluyendo en éstos los elementos del pasado y el presente (edificios, objetos muebles, tradiciones orales, paisajes naturales y culturales, etc.) que constituyen referentes fundamentales para entender, evaluar y mejorar la calidad de su vida social y cultural.
- Crear en el ciudadano(a) un nivel de reflexión y conciencia sobre la necesaria relación que existe entre lo cotidiano privado y lo cotidiano público como fundamento

para una percepción de su integridad como individuo y como parte del colectivo nacional.

- Estimular en el ciudadano(a) la capacidad de investigación y de creación de conocimientos científicos, una de las bases fundamentales sobre las cuales se asienta el desarrollo de cualquier sociedad. El cultivo de la actitud científica desde los niveles iniciales de la formación educativa del ciudadano(a) contribuye a crear en el (ella) un sentido de método, disciplina y rigurosidad en la manera de analizar y comprender su realidad histórica, social y cultural, sea pasada, presente o futura.
- Crear museos de historia social en sus diversas variantes (nacional, regional, de comunidad o local, museos de actividades tecnológicas, laborales y económicas específicas; museos de artes y tradiciones populares, museos escolares, museos de ecología e historia natural, de plástica, museos comunitarios o de barrio), así como institutos dedicados a la investigación, conservación, promoción y divulgación de los bienes patrimoniales culturales, muebles e inmuebles, que constituyen la base fundamental para la estimulación de la conciencia reflexiva, manera de lograr una identificación positiva con la historia por parte del individuo y del colectivo.
- Los museos de arte y las manifestaciones artísticas deben constituir no solamente una actividad destinada al disfrute individual de las obras de arte, sea en el campo de la plástica, la literatura, la música, la escultura, el teatro, la danza, el cine, la fotografía, el diseño gráfico, el diseño industrial, la arquitectura de edificios, la arquitectura naval y demás, sino también un campo de actividad que promueva una reflexión sobre la vida cotidiana, sobre el trabajo disciplinado cuya finalidad es la creación, así como la expresión de valores que representen tanto la vivencia cultural del individuo como su propia percep-

ción de su acción sobre y en el colectivo sobre su entorno social, cultural y natural.

- En el campo de lo social, las llamadas bellas artes, las artes populares y las artesanías se convertirían, dentro una política cultural integral de Estado, en mecanismos para estimular el desarrollo de formas de conocer, representar y comprender la realidad social e individual y las representaciones de la naturaleza, para reforzar la autoestima de los individuos, de su capacidad para percibirse y expresarse como miembro, tanto de la comunidad nacional venezolana como de la sociedad mundial en su conjunto. Serían percibidas, pensamos, como expresión de las tradiciones creativas que explican la herencia histórica y potencian su capacidad para comprender y analizar, para adscribirse a los objetivos colectivos que debe cumplir la sociedad venezolana para trascender su actual crisis humana, cultural, social y económica. En este sentido, sería importante consolidar e impulsar la existencia de talleres de creación artística que propicien y estimulen el trabajo coordinado en colectivo, tales como la música coral, las orquestas de música académica o popular y el teatro; así mismo la lutería, la escultura en piedra, vidrio y metal, los vitrales, el muralismo, la cerámica, la literatura, la fotografía y el video, el diseño en sus variadas expresiones, etc., tanto en las barriadas populares como en las de clase media.
- En el aspecto económico, el objetivo fundamental de una política integral de cultura sería preparar los sujetos para el desarrollo de formas de propiedad social cooperativa cuyo fin sería promover la expansión y la diversidad del empleo, ampliando simultáneamente la producción y el consumo. Ello se traduciría en la creación de mayor cantidad de microempresas, de fuentes autónomas de trabajo creativo y remunerado que lleguen a ser independientes de los subsidios gubernamentales

para su existencia y desarrollo. De manera colateral, la ampliación de la propiedad social cooperativa incidiría también en la productividad de la empresa privada. Al disminuir la presión laboral los empresarios podrían flexibilizar su actividad e introducir métodos y sistemas de producción más automatizados, abrirse hacia mercados internacionales y aumentar la obtención de rendimientos económicos.

- El contenido programático de la política cultural integral supone también la incorporación de contenidos específicos relativos a la sociedad india y a la campesina. En el primer caso, la política cultural integral debe garantizar a las comunidades la autonomía para escoger la forma de vida que represente su libre decisión, al mismo tiempo que la creación de mecanismos sociales y económicos que les permitan ingresar en la sociedad nacional sin desmedro de sus tradiciones y de su organización social y cultural, dentro de los parámetros antes especificados. Así mismo, en el caso de la sociedad campesina, debería ser meta de esta política cultural integral consolidar sus submodos de vida dentro de la totalidad que supone el modo de vida social venezolano, garantizando a los campesinos condiciones de vida que aseguren el desarrollo sostenible de los individuos y de sus colectividades en todos los órdenes de la vida. Todo ello tendería a revertir el proceso de migración campo-ciudad que se expresa en la formación de vastos espacios sociales de miseria urbana.

Octubre, 2002

VI RESISTIR O MORIR

Globalización versus particularismo

Vivimos en un tiempo de estigmatización de todos los particularismos. Decretado el fin de la historia, de las ideologías y de las utopías, sustituidos todos los paradigmas por el mercado, establecida la globalización como hecho y como ideología, los particularismos son vistos como obstáculos para que todos los pueblos del planeta conformen la aldea global, dejando atrás el vilipendiado modernismo.

Sin embargo, la historia del capitalismo remite a un desarrollo desigual que lejos de acabar con los particularismos culturales se ha apoyado en ellos, creándolos y reproduciéndolos en forma ampliada y permanente. El debilitamiento actual de los Estados nacionales, multiculturales y multiétnicos ha propiciado que las particularidades que estaban subsumidas en las culturas nacionales resurjan y renazcan con más bríos. ¿Por cuánto tiempo? No lo sabemos, pero sí sabemos que mientras se mantengan los Estados-nación, incluso con su ficción de autonomía y libertad, los particularismos culturales existirán y será necesario entenderlos para entender a sus pueblos. Los Estados-nación, han mantenido la estabilidad de ese abigarrado conjunto de sociedades, con sus culturas nacionales hegemónicas. Al perder fuerza el Estado nacional, cada una de las parcialidades ha asumido otra vez como paradigma su singularidad.

En este sentido, el concepto de la globalización, tal como ha sido entendido hasta ahora, constituye una nueva versión del colonialismo —la gestión colonial con nueva careta, dirigida hacia la dominación del Tercer Mundo— edulcorado con su cultura

hegemónica que nos tratan de vender como la excelencia de la cultura universal.

La gesta colonial se fundamentó en un proyecto cultural que le negó a los pobres, criollos, indios o negros los derechos sociales y culturales mínimos que exige el desarrollo de una sociedad civil. Los dominadores coparon todos los espacios, castrando la capacidad de sectores sociales distintos a los dominantes para tomar acciones en torno a sus aspiraciones y metas. No es de extrañar, pues, que las antiguas colonias posean hoy día una débil y desestructurada sociedad civil (Edgardo Lander, 1995: *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia*).

El proyecto colonial formuló un modelo de control cultural con nuevas significaciones; amalgamó en regiones, sociedades y pueblos extremadamente disímiles culturalmente, así como variados en su grado de desarrollo histórico, propiciando el surgimiento de expresiones culturales particulares en cada región de sectores sociales que creaban simultánea y paralelamente elementos culturales diversos e, incluso, normativas distintas. Todos esos factores aunados contribuyeron a crear dos grandes sistemas de elementos y formas culturales, los del sector dominante y los del sector dominado, escindido este último, a su vez, en múltiples formas culturales regionales. Los Estados nacionales surgen dentro de nuevas y más insidiosas formas de relaciones de dominación: el neocolonialismo.

Las nuevas naciones fueron constituidas y dominadas por pequeñas élites oligárquicas con escasa base social de apoyo y prácticamente ningún arraigo nacional; ambiciosas, compraron destinos y puestos, gozaron de derechos de usufructo, de privilegios, de libertades, de servicios. Las élites de la nueva sociedad criolla no poseían un proyecto económico, social y cultural diferente al que había implantado la metrópoli durante la colonia. Deseaban mejoras en el campo comercial, de manera de aumentar su propia participación económica y política, por lo que fortalecieron las economías agroexportadoras e importadoras de bienes terminados.

Los Estados nacionales nacientes eran realidades sociales de origen multiétnico, pluricultural, pero toleraban sólo una historia nacional, una cultura nacional y una tradición nacional, negando la existencia de los procesos históricos anteriores a la constitución del Estado nación. El Estado nacional venezolano estableció y reprodujo una suerte de mito fundacional para crear una tradición histórica que nos uniese. Sin embargo, con el mito no se revirtió la noción de la misión civilizadora de la Madre Patria, salvadora de nuestras sociedades ancestrales, «incapaces» de lograr cambios significativos por sí mismos. Siguió prevaleciendo la idea de que la conquista y colonización europea de América no fue invasora, expoliadora ni genocida, sino que propició el proceso de civilización de los salvajes. El mismo holocausto indígena fue justificado como necesario para poder acceder a la «civilización». El mito fundacional fue establecido para crear, también, una nueva noción de etnicidad y reforzar la creencia compartida de poseer un ancestro común.

Cultura venezolana

La cultura nacional es el resultado de la singular combinación de múltiples elementos culturales aportados por los diversos grupos que integran la nación, transmitida, internalizada, aceptada y enriquecida por generaciones de venezolanos mediante los procesos de socialización que nos han inculcado que poseemos una vida, un territorio y una lengua compartidos. Esta ilusoria unidad —ilusoria en la medida en que existe una contradicción permanente entre lo nacional como realidad y como ideal— ha estado basado en la enseñanza de una historia nacional que explica los procesos que dan origen a Venezuela como Estado Nación y los de su inserción en el mundo occidental, así como la creación y aceptación de símbolos culturales nacionales que propician la identificación social.

La creación de una cultura nacional tuvo como meta fundamental que las contradicciones internas de las distintas clases

dentro de la nación se vieran como contradicciones externas a ella, como un todo ante el mundo restante de naciones. Esa unidad creó, también, las condiciones para que se diera un balance del poder entre las élites, generalmente representantes de las burguesías nacionales, débiles e ineficientes, a los fines de modelar la política del Estado.

La creación de las culturas nacionales ha incidido en la aparición de los nacionalismos. Como ideología, el nacionalismo presenta múltiples acepciones para los actores sociales según las luchas políticas entre ellos para lograr la hegemonía social, cultural y económica.

En Latinoamérica, y en Venezuela en particular, la ideología nacionalista ha sido usada a conveniencia según las facciones de clases, grupos de interés y similares en contextos históricos específicos. Fue entendida por los intelectuales progresistas en los convulsionados años sesenta del siglo pasado como el mecanismo fundamental para oponerse a los designios imperiales sobre las naciones latinoamericanas. Secularmente ha sido empleada también por la clase media en el poder, la cual ha usado un discurso que aparenta ser patriótico y anti-imperialista, para lograr el liderazgo sobre la masa al reconocer los sentimientos nacionalistas que ésta posee.

Cultura nacional y cultura popular

La definición de la cultura venezolana contemporánea nos remite, fundamentalmente, a la cultura de las clases populares y media baja, clases que se corresponden con el sustrato social mayoritario, el cual es excluido del circuito económico y está sujeto siempre a convulsiones inmanejables. La cultura popular nos es, aunque debería ser, el equivalente a la cultura nacional, debido al carácter burgués, oficial, impositivo y hegemónico de esta última.

La cultura creada por amplios sectores de la población que conforman las clases menos favorecidas es concebida por las más

poderosas como cultura subalterna, subsumida, subcultura o subyacente, y ha sido estudiada, generalmente, bajo la óptica del folklore, término acuñado por aquellos miembros de las clases dominantes que la han considerado como «pequeña tradición». La folklorología ha visto la cultura popular a manera de restos de tradiciones, manifestaciones exóticas o pintorescas, o como nostalgia de tiempos pasados. Pero la popular, aunque es en parte cultura residual, no es siempre evocadora; constituye el ámbito de la vida social donde se pueden generar nuevas pautas que respondan situaciones y problemas actuales. No debe ser vista como reliquia; al contrario, al reflejar las variadas interrelaciones de los sujetos sociales ubicados en contextos históricos específicos, es una creación siempre presente que puede retar las costumbres relacionadas con la alienación y la desigualdad, y la cual manifiesta, así mismo, las fracturas y oposiciones entre clases (O. Fals Borda, 1986: *Conocimiento y poder popular*).

En la cultura popular se manifiesta una vida donde el proceso capitalista y el comportamiento consuetudinario no económico están en pugna activa y consciente. Los sectores populares no manifiestan su creatividad cultural de forma ciega, sin metas u objetivos o de manera caótica aunque son concebidos «desde arriba» como tipos «levantiscos y disolutos», «sumisos» (E. Thompson, 1995: *Costumbres en común*). Poseen sus propias prácticas y también sus normas, que se reproducen a lo largo de generaciones dentro del entorno de la costumbre y la cotidianidad. Esas normas no son idénticas a las de la autoridad y el poder, se definen dentro de la misma cultura popular y contrastan con las de la autoridad generando valores que condicionan conductas consideradas como contestatarias.

La cultura popular demuestra la vitalidad cotidiana de un pueblo, su creatividad, las singulares soluciones a los problemas diarios, sus percepciones y valoraciones; también refleja las contradicciones de clase, la lucha constante entre «los de arriba y los de abajo», la resistencia a la opresión, la fuerza de la historia y de las tradiciones, la dinámica, en suma, de la vida social.

La cultura popular venezolana es la cultura venezolana, es lo que singulariza al pueblo de Venezuela entre los demás pueblos del planeta. Contiene las tradiciones orales, culinarias, literarias y musicales; formas de resistencia cotidianas; comportamientos consuetudinarios, valoraciones e identificaciones con el entorno natural local o regional, rural o citadino; actitudes y valoraciones hacia el poder; maneras de hablar, modismos y giros dialectales; creaciones artesanales y semi-industriales en diferentes campos; maneras de saludar y manifestar los sentimientos; gestos y ademanes; conocimientos y saberes tradicionales en continua reelaboración; producción de espacios sociales, una noción de la religiosidad, con creencias y rituales.

Aunque los sectores populares están sujetos a la influencia de la industria cultural de los medios, esta influencia no es absoluta. Los actores sociales populares, como estamos viendo en respuesta a la ofensiva mediática actual, aceptan, rechazan o resemantizan los nuevos elementos culturales a su conveniencia; toman los que les parecen más eficaces según sus intereses, insertándolos en los contextos que creen pertinentes, que no corresponden, necesariamente con los originales.

Resistencia cultural y simbolismo

En Venezuela, durante centurias, la burguesía nacional repudió sus responsabilidades; no aceptó las reciprocidades de la relación dominado/dominador, dejando al dominado en una suerte de limbo cultural y educativo. Durante décadas esos mismos amos no han dejado de quejarse de la resistencia a la dominación, de todas las formas de resistencia: disminución en la producción, irregularidad e impuntualidad en el empleo, insubordinación social expresada mediante el ‘bochinche’, la ineficacia, el desinterés y la indisciplina en el trabajo cotidiano y en la vida social del colectivo, agresión a los espacios públicos, suciedad generalizada y demás.

Pero, es bueno tener presente que la popular es una cultura que transmite y genera vigorosamente representaciones

ritualizadas o estilizadas. En Venezuela la protesta se manifiesta, muchas veces, bajo una forma lúdica; incluso la tragedia y la miseria se ritualizan y enmascaran a través del chiste. De esa manera, muchas de las características consideradas como negativas en los venezolanos son en realidad elaboraciones simbólicas que enmascaran formas de protesta contra la dominación y las condiciones sociales no controlables por ellos. Esta ritualización simbólica surge como respuesta a una vida social donde ni la mortalidad ni los precios, como tampoco el desempleo se pueden controlar; se experimentan como accidentes externos y se combaten con armas simbólicas. Se da una confrontación de valores y normativas sociales opuestos: los generados y reproducidos por las clases populares en su vida las más de las veces miserable, y los identificados con las clases que disfrutaban de lo mejor del sistema capitalista; ambos son inseparables, pero diferentes.

La resistencia cultural cotidiana de los venezolanos supone un nivel profundo de la vida social de los sectores populares, el cual constituye el sustento para la creación y recreación de las identidades. Dentro de esas protestas frente a la dominación también se presentan formas de resistencia internas que responden a las luchas entre facciones por lograr el control sobre el acceso a los sectores dominantes.

Las protestas en la vida cotidiana son elaboradas por los colectivos dentro de dos discursos simbólicos: uno abierto, explícito, que generalmente está signado por el manejo de la claves culturales del poderoso y la autoridad, a las cuales se adecuan los subordinados en una suerte de mimetización, y otro escondido, que supone el uso de formas culturales de resistencia al poder con las cuales se oponen a las fuerzas abrumadoras de la autoridad. Esas formas son propias de esos colectivos, las producen en su vida diaria, a partir de las experiencias compartidas en el trabajo y en las relaciones sociales, y las expresan mediante formas tenaces de burla, ironía, incredulidad, desobediencia, disimulo, truculencia e, incluso, anarquía.

Las clases populares se han acostumbrado a funcionar sin planificación pero no ciegamente y sin objetivos; a aprovechar la oportunidad cuando se les han presentado, pensando poco en las consecuencias. Ello constituye otra manifestación de la resistencia, pues las consecuencias de la imprevisión se combaten precisamente con un rico arsenal de improvisaciones.

Otras formas de protestas son las referidas a la producción y el uso de los espacios sociales. Mientras existe una actitud conservadora hacia los espacios domésticos privados, con identificaciones positivas con ellos, hay simultáneamente un comportamiento agresivo y destructor hacia los espacios públicos, donde se manifiesta abiertamente la protesta y la identificación negativa. La agresión se expresa ensuciando y destruyendo parques y jardines, plazas y calles, rayando paredes de edificios públicos, destrozando teléfonos públicos. Esos actos, realizados subrepticamente, demuestran la existencia de una identificación negativa y la percepción de los espacios como pertenecientes a un nebuloso otro pero identificado siempre con el poder y la opresión (Iraida Vargas A., 1999: *La historia como futuro*).

Aunque los logros de una resistencia de este tipo son magros y de poco alcance, suponen un respiro en el marco de las dolorosas relaciones de dominación, así como ciertas concesiones por parte de los dominadores. Las prosaicas y constantes luchas por la vida en las peores condiciones, la batalla por empleos, mejores precios y mayores salarios, salud, alimentos, viviendas han creado una desmoralización en las poblaciones, una incertidumbre constante, una cultura de la desesperanza, que se une a la ya existente cultura del autodesprecio. Todo ello se ha combatido con armas ordinarias y cotidianas: sabotaje, falsa aceptación, disimulación, chistes. La aplicación de tales armas no ha requerido de planificación ni coordinación; se ha presentado dentro de confrontaciones simbólicas con la dominación y con sus normas donde las clases populares han defendido sus intereses como han podido.

La resistencia cultural popular cotidiana es «invisible», no estructurada, ambigua, rasgos que la hacen difícil de

combatir por parte del dominador quien sin embargo la considera un inconveniente más que un peligro real ya que no expresan realmente un proyecto antihegemónico. En ocasiones, la resistencia se ha convertido en activa o incluso violenta, propiciando estallidos sociales en distintos países de Latinoamérica. Por todo lo anterior, la resistencia cultural diaria de las clases populares en Venezuela es respuesta a una vida que se halla absolutamente determinada, constreñida y sin alicientes económicos, sociales o culturales.

Las clases populares han sido estigmatizadas por la clase media y la burguesía, que las conciben como merecedoras de condescendencia y las consideran «mantenidas», aunque sea lo contrario. La estigmatización se centra en el manejo de varios estereotipos culturales negativos que esconden una valoración racista y discriminadora, mediada por la naturalización que hacen dichas clases de los «defectos populares», los cuales son vistos como «taras congénitas» o «atávicas» y no como los rasgos más negativos que ha introducido la pobreza y la miseria.

Religión y protesta cultural

La calidad de la vida cotidiana tiene un peso decisivo en la formulación y expresión de las formas de resistencia cultural. Dar respuesta a las necesidades materiales y espirituales de los miembros de la sociedad latinoamericana —sean pobres, de clase media o de la alta burguesía— de lograr una buena calidad de vida cotidiana es uno de los requerimientos esenciales de cualquier movimiento político o religioso que trate de captar la voluntad de los ciudadanos. La experiencia de las elecciones brasileñas y de la renovación de los sujetos políticos que está en curso en Venezuela nos revela el papel protagónico que están jugando las iglesias evangélicas en función de un orden social más justo. Como sus evangelizadores son gente del común: trabajadores, amas de casa, profesionales, ejecutivos, el mensaje evangélico puede llegar directamente a las personas, a sus angustias y frustraciones, a

sus temores, insertando a los individuos dentro de una matriz de solidaridad humana y social sin exigirles, como es el caso de las Iglesias universales, renunciar a sus credos religiosos.

Las sectas evangélicas han asumido en estos casos el carácter de una forma de resistencia ante la pobreza, la opresión económica y la injusticia, expresando un mensaje de unidad y colaboración clasista, sin prejuicios étnicos o sociales, entre los diferentes sectores de la clase media, clases populares y pobres de Venezuela. ¿Comprenderá la jerarquía de la Iglesia Católica venezolana que su futuro no puede seguir atado a sectores sociales y políticos cuya conducta golpista y antidemocrática les está robando su oportunidad de reivindicar su compromiso con los valores cristianos, de ser también, en pensamiento, palabras y obras, un factor de resistencia frente a la injusticia social que acogota a los pobres de Venezuela y Latinoamérica?

Septiembre, 2003

VII

CULTURA, EDUCACIÓN Y DEFENSA NACIONAL

*Basta ya de entrojarse; ahora es tiempo de aventar
y honrar nuestra era.*

SAINT-JOHN PERSE. CRÓNICA

El 11 de abril de 2002 se produjo el primer zarpazo de la oligarquía fascista que casi destruye el tejido de la democracia venezolana. El 2 de diciembre de ese año la misma oligarquía arremetió con todo su poder para destruir el Estado nacional. El análisis histórico de los factores culturales, políticos y económicos que promueven la conspiración para destruir el Estado nacional venezolano, la cual culminó con el sabotaje de las instalaciones y los servicios de informática de Pdvsa y el dislocamiento de la producción y la distribución de los bienes y servicios esenciales para la sobrevivencia de la sociedad venezolana, debe servirnos como punto de partida para desarrollar una nueva concepción que anime la doctrina de defensa nacional.

Uno de los factores más importantes de la conspiración que estalló el 11 de abril de 2002 es la clase política que surgió del colapso del gobierno militar de 1958. Aquélla asumió una función reguladora, de intermediaria entre los diferentes sectores de la sociedad civil, cuidando y promoviendo el mantenimiento de las jerarquías sociales a través del financiamiento y la potenciación de la empresa privada. Para ello utilizaron los dineros del Estado vía la concesión de créditos que jamás se pagaban, promoviendo así el clientelismo político de los empresarios privados, al mismo tiempo que dirigentes políticos adecos y copeyanos se insertaban en los rangos de la empresa privada y, particularmente, en la dirección del organismo empresarial, Fedecámaras. De la misma manera, esta alianza político-gerencial, comúnmente conocida

como Pacto de Punto Fijo, infiltró los rangos de la industria petrolera venezolana a tal punto que muchos gerentes extranjeros de empresas transnacionales no ocultaban su filiación puntofijista.

En su manera de manipular el poder del Estado y del Gobierno nada era más parecido al gobierno corporativo fascista o a la *nomenklatura* estalinista que la dictadura burocrática generada por el *ancien régime* puntofijista. Ésta llegó a concentrar tanto poder, que sobrepuso a una población que no tenía claras tradiciones de mando, disciplina laboral y participación social, expropiándoles sus derechos sociales, económicos y políticos. Al tener el poder absoluto en un país donde los principales medios de producción pertenecen al Estado venezolano, crearon una fructífera relación económica entre la clase política y el usufructo de las riquezas de la nación: la corrupción administrativa.

La instauración del régimen político puntofijista tenía que llevar aparejado un proyecto civilizatorio diferente al gestado por las mentes más preclaras de la oligarquía venezolana entre 1900 y 1945, donde se exaltaba la autoctonía de nuestra cultura (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1990: *Historia, identidad y poder*). Aquel proyecto civilizatorio halló su expresión en la filosofía educativa, la literatura costumbrista, tanto en la poética como en la novela, el cuento y el ensayo, en la plástica y en la música sinfónica y coral, y en la exaltación de una versión de la gesta bolivariana vaciada de todo contenido social o anticolonial. Para destruir dicho concepto civilizatorio la clase política y empresarial venezolana adoptó como suyo el programa de la revolución conservadora mundial, enmascarado dentro de aquellos famosos planes como el Camelot y su versión pseudo académica de la investigación del Conflicto y el Consenso en Venezuela, planes que prepararon la base conceptual y el método práctico para desestructurar los fundamentos de la cultura y organización social venezolanos.

El núcleo duro del proyecto civilizatorio puntofijista se basaba en:

- a) existencia de una *nomenklatura* o burocracia bipartidista, propietaria absoluta del Estado nacional.
- b) elecciones cada cinco años controladas por la *nomenklatura*;
- c) un sistema de gobierno donde la *nomenklatura*, de común acuerdo, distribuía entre sus miembros los cargos burocráticos de representación y dirección de los poderes del Estado;
- d) repartición del presupuesto nacional entre los miembros de la *nomenklatura* y su clientela en la empresa privada, directa o indirectamente, vía el sobreprecio de los contratos de obras, los préstamos no pagados y similares, o la malversación directa de los dineros del Estado;
- e) control político de la fuerza laboral en los conflictos laborales vía la CTV, organismo de concertación de políticas con Fedecámaras;
- f) control directo o autocensura por parte de los medios de comunicación masiva;
- g) promoción de un pensamiento populista único en lo cultural y lo político que eliminaba o marginaba toda disidencia del acceso a los recursos económicos del Estado o de la empresa privada;
- h) organización oligopólica hegemónica de la empresa privada, apuntalada con los dineros del Estado, en la cual no existía (y todavía no existe) ni competencia ni mercado;
- i) prioridad para la expansión y el mantenimiento de la estructura burocrática como medio de distribución de la renta nacional;
- j) popularización de la corrupción como mecanismo para promover y mantener las lealtades de la población hacia la dictadura burocrática puntofijista.

La meta de este proyecto civilizatorio era llegar a desmantelar de manera pronta y eficaz el Estado nacional venezolano, poniendo nuestra sociedad al servicio de los planes de desarrollo

transnacional promovidos por el Fondo Monetario Internacional. Parodiando la fenecida utopía del internacionalismo socialista, se buscaba y se busca revivir la existencia de una comunidad transnacional, especie de Primera Internacional Neoliberal.

La cultura que tiene una gran importancia estratégica en la formulación de políticas públicas, ha sido una de las principales víctimas del proceso de desnacionalización de la sociedad venezolana que se inició en 1960 con la trivialización y el relegamiento de la historia y la cultura nacionales y la creación de una burocracia cultural improductiva (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1990: *Historia, identidad y poder*). Hoy en día existe un proyecto de Ley de Cultura Nacional donde se trivializa la cultura considerándola como un proceso gerencial, propiedad de una élite de administradores. La política cultural del proyecto civilizatorio puntofijista no ha muerto; como dice la canción popular, estaba de parranda.

Muchos diputados progresistas, lamentablemente sin mucha visión histórica, se aprestan de servir de tontos útiles para mantener con vida aquella parte del proyecto neocolonial.

Por las razones anteriores, la destrucción del Estado nacional venezolano es un requisito obligatorio que debe cumplir el imperio para poder apoderarse de nuestro petróleo, de nuestras fuentes de producción de energía eléctrica, tarea que aquél ha tratado de cumplir manipulando el servilismo de la oligarquía y de los antiguos partidos de la IV República. Para lograr ese objetivo estratégico no es necesario que el imperio pase a la acción directa enviando sus ejércitos a tomar posesión del territorio nacional, apoderándose de toda la infraestructura industrial de Pdvs y de la Corporación Venezolana de Guayana; basta, como casi lo logran, con desnacionalizar la mentalidad de los venezolanos, trivializar los contenidos de nuestras formas culturales y fomentar el auto-desprecio por nuestro propio modo de vida.

Una vez logrados aquellos objetivos del proyecto civilizatorio puntofijista fue posible obtener en los sectores de clase media y alta burguesía un tipo de venezolano egoísta, sin capacidad crítica, sin posibilidad de definir su espacio en la historia nacional y menos

en la internacional, insensible a los problemas existenciales de su propio pueblo, ignorante de los fundamentos de su propia cultura, alienado a los valores y los intereses geopolíticos y económicos del imperio. El producto humano de estos cuarenta años de desnacionalización puede ejemplificarse en tipos humanos concretos: la banda de tecnócratas petroleros apátridas, los sindicaleros sin conciencia obrera, los empresarios sin patria y sin bandera. Para los sectores populares, por otra parte, la cultura masificada puntofijista promovida por la televisión comercial trató de producir una sociedad idiotizada, servil, deslumbrada por su propia miseria. Curiosamente, fue allí donde la prédica semanal del presidente Chávez pudo introducir un mensaje de autoestima, de identidad cultural positiva que ha permeado exitosamente hacia los sectores medios e incluso altos de la sociedad venezolana.

La educación venezolana, como contrasentido, ha sido el principal instrumento de la desnacionalización (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1990: *Education and the political manipulation of History in Venezuela*). Para 1944, el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa exponía y difundía las tesis del humanismo democrático, las cuales se fundamentaban en la formación del hombre en la plenitud de sus atributos físicos y morales como factor positivo del trabajo para la comunidad, vía el trabajo productivo y el dominio de las técnicas exigidas por el desarrollo económico. La educación, según el maestro Prieto Figueroa, debía capacitar al individuo para la defensa del sistema democrático, única garantía de la vigencia de los derechos civiles y políticos esenciales para el desarrollo de la persona humana. El objetivo fundamental de la educación era, pues, la transformación cualitativa de la sociedad.

Durante el gobierno de Marcos Pérez Jiménez se aplicó el concepto de la Escuela Nueva, pero dentro de los lineamientos del Nuevo Ideal Nacional, según los cuales debía educar al niño con la finalidad de inculcarle no sólo conocimientos, sino también la conciencia de pertenecer a la nación venezolana. A partir del decenio 1960-1970, con la instauración del régimen puntofijista, se gestó una nueva técnica de enseñanza que tenía como objetivo

alienar la conciencia de los jóvenes y de sus maestros a una nación venezolana sin historia, presentista, sin visión crítica de los procesos que han marcado la formación de sus culturas regionales y nacional, frenando la posición radical que había comenzado a desarrollar la juventud de la década de los sesenta contra el inmovilismo, el reformismo por sus operadores políticos incrustados en los puestos directivos de Acción Democrática y Copei.

La noción de la escuela del maestro ductor y formador cedió el paso a una diferente donde el humanismo y el estudio de los problemas nacionales era relegado a un segundo plano, donde se privilegiaba la enseñanza de la tecnología y de la ciencia instrumental que —decían los ideólogos— llevarían el país hacia un modelo desarrollista-consumista. Se eliminaron las escuelas normales, semillero de la formación del maestro humanista. El ideal docente era lograr que el maestro fuese un asalariado que aprendiese a transmitir los conocimientos que ya venían digeridos y organizados en textos cuyo contenido —pobre, la más de las veces— el maestro debía repetir de manera casi mecánica.

En la enseñanza de la historia y la geografía no se tomaron en cuenta las diferencias culturales existentes entre los diferentes modos de vida de la población venezolana los cuales, por otra parte, han sido obliterados físicamente por las características del desarrollismo urbano y rural (Iraida Vargas Arenas, 1995: *The Perception of History and Archeology in Latin America*). Paralelamente a la televisión se le adjudicó el carácter de medio de educación informal, no para crear valores culturales y sociales positivos sino para desnaturalizar la seriedad del proceso creativo, cultivar la mediocridad y estimular la inmoralidad, la vulgaridad y la violencia. La cultura de masas se ha utilizado como una forma de evadir la realidad, de divulgar la sumisión a la dependencia económica, al consumismo y a la cultura neocolonial.

Por la vía del reduccionismo cultural, la educación primaria trata de crear una anti-identidad nacional. Los niños y niñas, ignorantes de su historia, de la base física y geográfica que sustenta su historia nacional y regional, encuentran que ser venezolano es

hablar un mismo idioma, tener dinero a manos llenas, tener hierro y petróleo, bonitas misses, estar al día en todos los cambios que impone la moda comercial. Se trata, en suma de la frivolidad transformada en identidad cultural.

¿Podemos aspirar seriamente a que personas formadas de esa manera llegadas a la edad adulta se comporten o se consideren ciudadanos venezolanos? La defensa de un país requiere contar con contingentes de hombres y mujeres dispuestos a defender lo que es su heredad, su legado histórico, su patria. La formación de esos ciudadanos y ciudadanas debe comenzar desde la escuela primaria.

Todo proyecto político de país posee una dimensión cultural que se expresa en la diversidad de estilos de vida y formas socioeconómicas que integran una sociedad nacional (Iraida Vargas Arenas, 2002: «¿De quién es la cultura?», *Question*, N° 4, octubre). Si la educación es el medio que capacita a la persona para conocer objetivamente la realidad, la cultura es la percepción que tiene dicha persona de su relación con el colectivo de los otros sujetos, de la calidad de su relación con la variabilidad de procesos sociohistóricos que integran su realidad. Como lo ha demostrado hasta la saciedad la conspiración genocida de los medios de comunicación social venezolanos, disociar, dislocar aquellas dos dimensiones, produce un efecto letal sobre la vida social, sobre la vida de relación, sobre la capacidad de conocer e interpretar equilibradamente la realidad social.

La capacidad defensiva de una nación como Venezuela, rica en recursos naturales, no se fundamenta solamente en la capacidad de los ejércitos para resolver los problemas estratégicos de espacio, tiempo y movimiento que plantea una campaña militar. Se fundamenta, primariamente, en la posibilidad de contar con individuos ideológicamente comprometidos con la salud y el destino de la sociedad, de la patria venezolana, que tengan una formación y una capacidad intelectual y física adecuada para resistir a un enemigo bajo cualquier circunstancia, con suficiente creatividad organiza-

tiva para sacar partido de sus propias debilidades materiales en la tecnología militar.

Como lo han demostrado los actos de terrorismo y las expresiones antivenezolanas de personas que apoyan el frente subversivo de la «Coordinadora Democrática», el subproducto cultural más letal del proyecto civilizatorio puntofijista ha sido la formación de un segmento minoritario de la población venezolana sin conciencia histórica, desconocedora de la relación que existe entre historia, culturas y territorio nacional venezolano. La campaña mediática antinacional insertó en esas mentes, ya alteradas por 40 años de políticas educativas y culturales perversas, el *cocktail* conceptual ya probado con éxito por las minorías dominantes del régimen del *apartheid* en Suráfrica, que en nuestro caso integra una cultura transnacional afincada en los valores cubano-americanos de Miami, de supremacía «blanca» basada en el racismo, en el intento de crear enclaves «étnicos» en el sureste y el este de Caracas; de promover una política de limpieza étnica y violencia física y judicial, incluso el asesinato, contra todos los que no pertenecen o no comulgan con la ideología de los grupúsculos racistas que habitan en dichos enclaves. La peligrosa conducta pública de los dirigentes de dichas minorías y sus seguidores se transparenta en los ya famosos partes de guerra vespertinos transmitidos por los medios televisivos y coreados por la prensa escrita y la radio, así como los *slogans* de la «marchas», donde se exalta la destrucción del Estado nacional venezolano, se clama a gritos por una invasión extranjera, se prostituye el uso de la bandera nacional o se le suplanta con la bandera negra fascista con siete estrellas.

En cualquier país del mundo esas minorías sociales siempre han tenido un nombre: «Quinta Columna». Ello alude a grupos políticos que participan de una ideología contraria a los intereses nacionales de un país que están dispuestos a colaborar con cualquier enemigo para lograr la destrucción de su propio Estado nacional y a promover la instauración de un régimen que colabore con los objetivos del enemigo invasor u ocupante.

La Fuerza Armada Venezolana ha emprendido desde hace tres años un programa destinado a forjar lazos sólidos, hay que decirlo así, con el sector patriota venezolano. Fue gracias a su vinculación con los sectores productivos no oligárquicos y al desarrollo de sistemas alternativos de distribución de bienes de consumo masivo, a su capacidad de respuesta rápida en el campo de la seguridad y el combate antiterrorista, la ingeniería naval, la ingeniería petrolera, la electrónica, las comunicaciones, la comunicación social oportuna, entre otras actividades, y al apoyo activo de la población, como pudo ganarse esta batalla contra la subversión. Pero es preciso derrotar también, plantearse una política cultural distinta a la que fue diseñada dentro del proyecto civilizatorio del puntofijismo. El llamado sector cultura, lamentablemente, es el área donde el actual Gobierno venezolano no ha logrado todavía cuajar una política revolucionaria de Estado, ni lo logrará mientras siga manteniendo los lineamientos de la política cultural puntofijista, visión presentista, ahistórica y gerencial de la cultura, divorciada de los procesos de transformación que animan la presente sociedad venezolana.

La cultura y la educación, como dijimos, son factores claves en la formulación de una política venezolana de seguridad y defensa; ello conlleva poder contar o no contar, o contar sólo a medias con la lealtad de la población. No se trata de adoctrinar, dogmatizar y desequilibrar la mente de los ciudadanos como han hecho los medios de comunicación venezolanos sino, por el contrario, de darles una visión crítica de su propia realidad, enseñarles a producir su propia riqueza y su bienestar, a participar de la vida cotidiana enarblando los valores básicos de la ciudadanía venezolana, a organizarse para la defensa de sus valores, su forma de vida y su territorio nacional, y a movilizarse culturalmente como comunidades sociales libres y democráticas. Ello incluye también la participación activa de todos los ciudadanos y ciudadanas en las tareas de la defensa nacional. La experiencia de la guerra que libra actualmente el pueblo iraquí contra sus agresores nos indica la necesidad de modernizar la Fuerza Armada, conformando

unidades de soldados profesionales, altamente entrenados para las tareas militares y civiles de la defensa nacional, con un alto espíritu de combate y sacrificio para la batalla puntual contra las fuerzas enemigas, conjuntamente con un ejército de reserva para la defensa en profundidad del patrimonio y del territorio nacional, compuesto por ciudadanas y ciudadanos conscientes y motivados para defender todo lo que significan la patria y la nación venezolana.

Abril, 2003

VIII

LA CULTURA COMO ESTRATEGIA POLÍTICA

A la luz de los procesos políticos que están ocurriendo en Suramérica vemos desarrollarse una tendencia hacia la posible inserción de algunos Estados nacionales como Venezuela y Brasil, entre otros, dentro de futuras formaciones multinacionales y multiculturales latinoamericanas que podrían llegar a ser expresión de globalidades regionales, de sistemas mundo basados en el criterio de independencia y autodeterminación política de los componentes nacionales que las integran dentro de un mercado común para las inversiones y la producción (Ferdinand Braudel, 1992-I: *The Wheels of Commerce: Civilisation and Capitalism*), como opuestas a la globalización a ultranza surgida en el primer mundo, entendida como una nueva fase neocolonial mundial. Tal como está ocurriendo actualmente en la Comunidad Europea, la fusión de los pueblos, de las naciones latinoamericanas dentro de una nueva forma de Estado multinacional requerirá, para que éstos alcancen un mayor nivel de progreso y de madurez social y cultural, un redimensionamiento de su historia en tanto colectivo de pueblos y culturas. Llegado ese momento, ¿de cuál proyecto cultural de Estado hablará Venezuela para comprenderse a sí misma y para comprender la otredad latinoamericana?

Desde comienzos del siglo XX, luego de casi un siglo de guerra fratricida, la oligarquía venezolana logró imponerle al país nacional su proyecto político basado en una concepción elitista y autoritaria del poder, el cual tuvo como triste epílogo sesenta años más tarde lo que hemos llamado el proyecto civilizatorio puntofijista (Germán Carrera Damas, 1988: *Formulación definitiva del Proyecto Nacional*; Elías Pino Iturrieta, 1988: *Venezuela metida en cintura*). A partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, dicho proyecto político comenzó a internarse en su fase terminal,

resultando en una serie de continuados y garrafales desaciertos en la política fiscal, la política social, la política cultural y —sobre todo— una corrupción administrativa perversa de la cual se beneficiaron tanto los políticos puntofijistas como sus socios de la empresa privada, volatilizando en escasos cuarenta años más de un centenar de millardos de dólares que, bien empleados, habrían podido servir para crear una nación venezolana rica y poderosa.

En la Venezuela de finales del siglo XIX, la condición nacional del Estado mediada por una pluralidad de regiones gobernadas por oligarquías locales, las cuales constituían virtualmente submodos de vida que representaban una suerte de diversas nacionalidades: zulianos, andinos, guayaneses, orientales, llaneros y centrales, cuyas rivalidades culturales, políticas y económicas, sus luchas lograr la hegemonía del poder central o librarse del mismo, generaron más de un siglo de guerras civiles hasta la consolidación del Estado nacional moderno en los comienzos del siglo XX. La respuesta política de la clase dominante venezolana a dicha coyuntura fue la creación de un Estado Nacional centralizado como pilar de la unidad nacional. Culturalmente se propuso la tesis de una sola cultura nacional del mestizaje de indios, negros y blancos, cuyas raíces se afincaban en la autoctonía, pero subordinada a un grupo civilizador, dominante, de idealizados conquistadores hispanos, cuyos orígenes nos vinculaban a las tradiciones culturales grecolatinas (Germán Carrera Damas, 1988; op. cit.; Elías Pinto Iturrieta, 1988; op. cit.). Para teatralizar públicamente esta propuesta se decretó el día 12 de octubre como Día de La Raza, sacralizando así el papel histórico de la oligarquía social venezolana, supuesta heredera del núcleo civilizador hispano, que en sus diversas representaciones históricas fue dueña absoluta del país desde 1500 hasta 1998.

Al concluir en 1936 la fase didactorial de dicho proyecto político, la élite ilustrada de la oligarquía venezolana que acompañó a los gobiernos de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita intentó poner en práctica una gestión cualitativa y coordinada de la educación, el deporte escolar, la salud y la cultura, entre otras áreas del desarrollo social, como medio para mejorar

—aunque fuese mínimamente— la calidad de vida del pueblo venezolano. A partir de 1948, la administración de Marcos Pérez Jiménez refundó el viejo proyecto político con el nombre Nuevo Ideal Nacional, añadiéndole una nueva dimensión desarrollista: la construcción de la infraestructura material de un Estado moderno centralista y nacionalista, como proponía la doctrina del nasserismo democrático en boga para la época.

En lo que atañe a la política cultural, la administración de Pérez Jiménez continuó las líneas generales del antiguo proyecto político: promoción de la autoctonía como fundamento de la nación venezolana por intermedio de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, vía la institucionalización de la cultura popular en las áreas de danza, canto y teatro, promoción de investigaciones sobre el folclore venezolano, promoción nacional e internacional de las Bellas Artes. En el campo musical, particularmente, se promovió la música nacionalista: suites, cantatas, composiciones para música coral apoyadas en la creación de los poetas venezolanos, incluyendo festivales de música nacionalista latinoamericana donde se tocaban las obras de Estévez, Carreño, Villalobos, Chávez y Orbón, entre otros. En la Universidad Central de Venezuela, nuestra *Alma Máter*, el Teatro Universitario, bajo la guía de Nicolás Curiel, inauguró una nueva propuesta escénica y estética que todavía sigue influyendo en el teatro y la televisión contemporáneos. El repertorio del Orfeón Universitario de la UCV difundía *urbi et orbi*, bajo la dirección de Vinicio Adames, las hermosas composiciones corales de autores venezolanos. En 1953, se fundó en la Universidad Central de Venezuela la primera Escuela de Sociología y Antropología del país abriendo así el camino al conocimiento y la investigación profesional de la realidad sociocultural venezolana.

Lamentablemente, en lo referente a la conservación del patrimonio cultural construido, el objetivo desarrollista de la administración de Pérez Jiménez no perdonó el legado patrimonial colonial ni el republicano. En lo atinente al urbanismo, donde se expresan las claves históricas del espacio socialmente construido

a lo largo de la historia, se inició la destrucción de los cascos históricos de todas las grandes ciudades y pueblos de Venezuela. De esta manera se valorizaba la tierra urbana propiedad de la oligarquía, para construir sobre las ruinas del pasado histórico los nuevos rascacielos que simbolizaban la opulencia y la nueva ideología del bloque de poder dominante.

A partir de 1961 el ejemplo de la Revolución cubana mostró a los sectores políticos progresistas venezolanos que una revolución social moderna era posible en América latina. Lamentablemente, lejos de propiciar la formación de un frente democrático de izquierda —que tenía posibilidades reales de triunfar en el mediano plazo— la dirigencia de izquierda propició una insurrección armada que emuló sin éxito el proceso cubano, amenazando en vano los intereses políticos y económicos tanto del poder oligárquico como de su representación gubernamental. La respuesta del sistema se expresó, particularmente, en la inducción de mensajes alienantes vía los medios de comunicación de masas. El contenido de los mismos tenía como objetivo estimular el individualismo y el consumismo vinculado a la obtención del prestigio personal como elementos contrarios a las metas colectivas propuestas por el socialismo real.

Fue así como —vía la política cultural, la educación formal y la cultura masificada transmitida por los medios de comunicación— se intervino el modo de vida venezolano para intentar transformarnos en una sociedad sin memoria histórica, cuya única fuente de experiencia humana fuese un presente inmediato, intervenido y modelado cada día a voluntad por la inducción mediática. Los medios utilizados preferentemente para lograr dicho fin fueron, por una parte, los mensajes comerciales que asociaban el éxito individual con el consumo de determinados productos y, por la otra, la telenovela, espectáculo televisado que ha llegado a ocupar un espacio privilegiado dentro del disfrute familiar del tiempo libre. Los *target* principales de esta política de masificación cultural son las familias matricéntricas populares, donde las abuelas, las madres, y las hijas desempeñan el papel ductor del destino

familiar. La telenovela le ofrece a la persona, particularmente a la mujer, una salida individual simple a sus problemas cotidianos de vida sin futuro inmediato: tener un hijo ilegítimo, ascender en la escala social casándose con el hijo de la patrona y finalizar, con el tiempo, incorporada a la familia adinerada, transformada en una de ellos, recomenzando de nuevo el mismo ciclo *ad infinitum*. La moraleja es que hay posibilidad, remota, de una solución para el individuo, mas nunca para el colectivo social del cual proviene.

A nivel institucional la organización estatal de la cultura se plasmó, a partir de 1961, en la creación del Consejo Nacional de la Cultura (Conac), iniciativa donde jugaron un papel importante intelectuales progresistas como Miguel Otero Silva y Miguel Acosta Saignes. Los consejos nacionales de cultura tuvieron y tienen en otros países donde existen la función de ser promotores y patronos de la creatividad en el campo de las humanidades. En el caso venezolano, el Conac pasó a constituir el brazo armado cultural del proyecto civilizatorio puntofijista. Inicialmente, aquél basaba su práctica en un rígido y anacrónico modelo de cultura académica que privilegió particularmente la literatura y la plástica, la música, el ballet, la danza y la arquitectura [como arte] (Mario Sanoja, 1991: «Ideas sobre el origen de la nación venezolana». Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia; Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder e Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas*). Como era de esperar, el concepto de Autoctonía que animaba la política cultural hasta 1958 fue abandonado, quedando relegado todo lo que tuviese que ver con el estudio y la promoción de la historia y la cultura popular venezolanas a una localización que servía para ocultar de las miradas curiosas a los dementes, a las hijas(os) descarriadas(os), a las(os) hijas(os) ilegítimas(os) y otros. En su fase terminal, desde aproximadamente 1990 hasta el presente, la cultura comenzó a ser considerada como un campo de la Teoría de la Comunicación vinculado particularmente a la cultura masificada, esto es, como una creación de los gerentes culturales o, en el mejor de los casos, como la interpretación que dichos gerentes

hacen de lo que se supone es el imaginario que debe conocer, vivir y servir de norma a la sociedad venezolana.

No es casual que la fase terminal del proyecto cultural puntofijista coincidiese, aproximadamente en 1989, con el intento del Fondo Monetario Internacional de imponer a Venezuela su política fiscal. Las políticas neoliberales de ajuste consideran que los indicadores macroeconómicos constituyen la única referencia para calibrar el nivel del desarrollo sociohistórico de una nación. Este punto de vista obvia el hecho de que existe una interdependencia múltiple entre todos los aspectos de la vida social expresada en procesos de sincronía y diacronía entre todas las variables macro y microsociales, culturales y económicas que determinan la vida de una sociedad; en tal sentido, también los indicadores sociales, culturales, políticos y ambientales constituyen un conjunto que —como totalidad— alude a la clase de calidad de la vida del recurso humano, a la calidad de sus relaciones sociales, a la microeconomía —que es lo que determina, en última instancia, su productividad real— y la calidad y cantidad del desarrollo macroeconómico que dicho conjunto genera.

Por las razones antes anotadas, la consideración de la cultura como un área estratégica de la gestión, particularmente en un proceso de cambio histórico como el que vive actualmente Venezuela, es fundamental para consolidar y armonizar las acciones que se adelantan para transformar la sociedad venezolana. La cultura es una dimensión de la sociedad que está presente en todas las instancias de su vida cotidiana, privada o pública. En tal sentido, su gestión debe ser el objeto de un ministerio puente o una estructura de cooperación entre las diversas instancias de la administración gubernamental bolivariana.

El desarrollo cualitativo del capital social es esencial para el triunfo y la estabilización definitiva de la Revolución bolivariana, meta que sólo puede lograrse mediante la aplicación de programas culturales integrales de desarrollo sustentable que incidan directamente sobre la calidad de la vida cotidiana. La cultura de un pueblo se crea y se reproduce vía los diferentes procesos sociales,

de creatividad y de trabajo que le dan contenido y significación a su vida cotidiana. «Otro Modo es Posible», nos dice un conocido documental sobre programas de cultura popular urbana. Es posible y necesario crear en la comunidad venezolana una cultura de la solidaridad social, del respecto a la libertad de los otros, del trabajo, de la participación, de la creatividad, de la organización para la vida democrática.

Programas como los enunciados son necesarios, con carácter de urgencia, en los sectores de la clase media venezolana, los más afectados por la distorsión mediática introducida en la mente de las personas, particularmente la de las(os) niñas(os). El espacio social de los barrios de clase media ha sido diseñado en torno a puntos nodales constituidos por los centros comerciales. Los espacios dedicados a la recreación colectiva o al servicio comunitario, tales como campos deportivos, salas de concierto, salas de teatro o cine, museos, escuelas de arte, centros comunitarios, hospitales de emergencia, colegios públicos, brillan por su ausencia. La vida cotidiana de las(os) niñas(os) y de los adultos transcurre en medio de rutinas individuales que no propician formas de creatividad compartida y estimulan en el desarrollo de la personalidad tendencias hacia el egoísmo y el aislamiento que, como hemos visto, pueden derivar fácilmente hacia expresiones de conducta violenta, racista y francamente fascistoide al ser confrontadas con la incertidumbre y la frustración por creer que no tienen un espacio, un futuro definido dentro de la Revolución bolivariana.

La gravedad de la situación cultural venezolana no admite más vacilaciones ni escarceos politiqueros. Cuando se gobierna para transformar un país no es posible omitir la necesaria relación que debe existir entre los procesos de cambio y las nuevas estructuras sociohistóricas en proceso de formación, a riesgo de que éstas entren en contradicción con las propuestas políticas formuladas con carácter ahistórico, al mismo tiempo que impuestas de manera instrumental. Cuando nos encontramos en medio de una crisis histórica estructural tal como la que vivimos en la actualidad, que ha llegado a afectar la totalidad del cuerpo social, tanto

en sus niveles micro como en los macroeconómicos, es imprescindible formular un abanico integral de políticas que tengan como meta la creación de una nueva realidad sociocultural venezolana, acorde con el proceso de cambio histórico que adelanta el Gobierno bolivariano. Alcanzar la concreción de esa nueva realidad sociocultural es imprescindible si queremos prepararnos para la creación de un futuro Estado multinacional en América latina donde esté presente la nación venezolana. La experiencia de la Comunidad Europea nos enseña que los países que la integran tuvieron que pasar primero por largos períodos de afirmación nacional e incluso sufrir guerras sumamente destructivas. Nosotros no tenemos necesariamente que vivir esa experiencia agónica sino apoyarnos más bien ella y en nuestra propia vivencia sociohistórica de un Estado multinacional, compatible en última instancia con la propuesta de Estado implícita en el proyecto bolivariano de integración latinoamericana.

La primera experiencia de la praxis bolivariana en procesos de integración multinacional fue la de la Gran Colombia. Todo el carisma y la recia voluntad del Libertador, quien visualizaba la América Latina del siglo XXI, no fueron suficientes para sostener la unión fundamentada en acuerdos coyunturales entre élites políticas, las cuales ya habían optado por formar Estados nacionales, la ideología del siglo XVIII, que reflejasen las antiguas fronteras coloniales. En el presente caso, para que la integración sea efectiva será necesario que el Gobierno bolivariano de Venezuela analice y comprenda el proceso de integración partiendo de su propia condición de país multicultural y del carácter también multicultural de países con los cuales la integración entre pueblos sea posible, para que la unión se dé principalmente entre la gente y no solamente entre élites empresariales. Los ideólogos de la Comunidad Europea, entre quienes figuran destacados arqueólogos y antropólogos, se dedicaron largo tiempo a comprender el proceso histórico que desembocó en la formación del sistema mundo europeo y a fundamentar la unión sobre la base en una comunidad de pue-

blos, no de grupos elitescos (Christian Kristiansen, 1998: *Europa antes de la prehistoria*).

Al observar la complejidad del problema resulta preocupante y ominoso que una Ley Orgánica de Cultura no haya sido incluida dentro del paquete de leyes habilitantes que tienen como meta estructurar la Ley Marco de la Revolución bolivariana. Si lo entendemos bien, ello quiere decir que el campo cultural venezolano, tal como lo planificaron los diseñadores del proyecto cultural del puntofijismo, podría seguir siendo cual «Caballo de Troya» de los sectores golpistas nacionales e internacionales en la lucha para desnacionalizar la sociedad venezolana, cuando las leyes habilitantes marchan, precisamente, en el sentido contrario.

Es posible, ciertamente, sectorizar, por razones heurísticas y técnicas, ciertos aspectos tematizados de la realidad social; pero análisis y sobre todo la conversión de esos análisis en formas organizadas de accionar, en políticas concretas de Estado, requieren un nivel permanente de conciencia histórica sobre el grado de imbricación procesal y estructural que presentan los distintos factores que integran la realidad social de la nación venezolana.

Mayo, 2003

IX

CULTURA Y NUEVA SOCIEDAD

Teoría para la praxis cultural

Para transformar cualitativa y cuantitativamente el carácter de una sociedad, en particular una tan compleja como la venezolana, es necesario, primero, conocer en profundidad los datos empíricos que ilustran los procesos de cambio histórico que han animado su devenir hasta la hora actual, insumo necesario para enriquecer la teoría que explica la naturaleza de dichos procesos. Esa teoría enriquecida es una toma de posición que nos permite elaborar los modelos de acción para el cambio.

En el caso particular de la cultura, en el país han predominado hasta el presente la teoría y los métodos de acción directa, las prácticas políticas elaboradas y refinadas por la oligarquía desde inicios del pasado siglo. Las mismas nacieron y se forjaron en el contexto político represivo, centralista y elitista que insuflaba la oligarquía central venezolana, particularmente la caraqueña y la valenciana, relictos de la «nobleza» criolla que había gobernado la Provincia de Venezuela desde el siglo XVII, en las dictaduras y en las democracias tuteladas que tuvimos hasta 1998.

La propuesta cultural de la oligarquía tiene, como diría el maestro Britto García, una máscara pública y una oculta (Luis Britto García: *La máscara del poder o del poder de la máscara*). La pública nos presenta la imagen de una cultura que en apariencia es políticamente inocua, expresión del concepto académico diccionario de cultura=arte. En este sentido, la cultura es como la guinda que decora el plato fuerte, siendo en realidad la capacidad de comprar la conciencia de los intelectuales con una pitanza de becas, subsidios y agregadurías culturales, mientras que las instituciones creadas *ad hoc* por la oligarquía reciben jugosos millardos

de bolívares que podrían tener mejor destino en la construcción de una sociedad verdaderamente educada, activa y soberana. La máscara oculta, el verdadero poder del poder, es horrible: la cultura utilizada como arma política represiva, como instrumento de perversión de la conciencia del pueblo venezolano vía la cultura de masas y la acción farisaica de los medios de comunicación radioeléctricos e impresos, puestos al servicio de los más bastardos intereses transnacionales (Rodolfo Stavenhagen, Mario Margulis, Leonel Durán, Guillermo Bonfil Batalla, Jas Reuter, Eduardo Galeano, Adolfo Colombres, Amílcar Cabral: *La cultura popular*).

Uno de los grandes logros de la Revolución bolivariana ha sido el de poner al desnudo lo horrible que oculta la máscara de la cultura oligárquica. El carácter supremático, represivo y genocida tanto de los medios de comunicación de masas en manos de la oligarquía como de la oligarquía venezolana misma lo hemos podido ver todos en vivo y en directo, particularmente en el período oscuro que va desde el 11 de abril de 2002 hasta febrero de 2003. Por ello resulta incomprensible que el mismo Poder Ejecutivo del Gobierno bolivariano, a través del Viceministerio de Cultura, presente ante la Asamblea Nacional un proyecto de Ley Orgánica de Cultura que —socarronamente— contiene en su interior otra Ley que legaliza la capacidad de la oligarquía de intervenir la política cultural del Estado y recibir beneficios bajo la figura —aparentemente inocua— del Mecenazgo Cultural, lo cual, de existir, debería ser objeto de una ley especial subordinada a la Ley Marco u Orgánica de la Cultura. De aprobarse el Proyecto de Ley propuesto por el Viceministerio de Cultura, es muy probable que el Mecenazgo pase a ser la verdadera Ley Orgánica de Cultura.

Para la oligarquía venezolana la cultura ha sido un doble negocio: la máscara pública le permite presentarse como mecenas, patrón de las artes y de los artistas, recibiendo por otra parte las tajadas más jugosas del presupuesto cultural. La máscara oculta y tenebrosa le permite conservar sus medios de acción política, incluyendo la capacidad de montar guerras psicológicas de cuarto nivel que sustentan la subversión fascista contra el régimen

democrático. Sorprende por ello la presunta ingenuidad de algunos parlamentarios de los partidos oficiales que apoyan y promueven un proyecto de Ley Orgánica de Cultura que vulnera las posibilidades del proceso de cambio histórico que comienza a vivir la sociedad venezolana. ¿Ignorancia?, ¿quinta columna?

La llamada Coordinadora de la Oposición actúa como si la contrarrevolución pudiese, automáticamente, devolver a la sociedad venezolana su pasado inmediato. Las razones históricas que determinaron la creación de ese pasado cesaron de existir concretamente en 1998; sólo existe su representación actual, por lo cual, la contra no tiene más salida política que moverse hacia adelante. Un componente de esa representación idealizada del pasado es proponérselo a nosotros los venezolanos(as) como si fuese una especie de Paraíso Perdido. Como señala Derrida, es tramposo plantear guiarnos hacia la Tierra Prometida mientras, al mismo tiempo, vía el terrorismo y la destrucción del Estado nacional, se hace todo lo posible para que no podamos llegar a ella (Jacques Derrida: *Specters of Marx*).

Cultura y Estado nacional

Empecemos por preguntarnos: ¿existe realmente una cultura venezolana? La respuesta a esta pregunta es afirmativa: existe y existirá en la misma medida en que exista el Estado nacional venezolano. Ningún Estado nacional, que sepamos, ha dejado de formar ideológicamente a sus ciudadanos en lo que se refiere a la cultura; ésta —gracias a los procesos de identificación que propicia— actúa como ideología unificadora, unidad necesaria para el funcionamiento del Estado mismo. Todo Estado nacional incluye en su proyecto político, pues, la producción y reproducción institucionalizada de una cultura, lo que equivale a decir que todo proyecto político es en sí mismo cultural y posee una expresión cultural. Una nación, entonces, como proyecto político, es un hecho cultural (Iraida Vargas Arenas: *Cultura, identidad y resistencia cultural en Venezuela*).

Proyectos políticos y proyectos civilizatorios

Los proyectos civilizatorios son movimientos históricos concretos que se ponen en marcha con la finalidad de transformar, actualizar y vitalizar las prácticas y los valores sociales, los sistemas de organización sociopolítica, en suma, todo el sistema social expresado en el estilo de vida de una sociedad determinada. Los proyectos civilizatorios pueden tener una ideología positiva: infundir a los pueblos un sentido de misión histórica que les permita trascender sus limitaciones materiales e intelectuales más allá de las rutinas de su existencia cotidiana. Pueden también, como ha sido el caso en Venezuela hasta 1999, propiciar un efecto social regresivo destinado a defraudar los esfuerzos de superación, a insertar los pueblos dentro de sistemas productivos orientados exclusivamente a enriquecer a las minorías dominantes para que éstas puedan imponerles una cultura de la mediocridad y de sumisión a sus designios políticos. Sin embargo, este carácter social regresivo no tiene efectos fatales sino coyunturales sobre los pueblos, ya que sólo consigue acumular tensiones sociales que, como estamos viendo en Venezuela, rompen finalmente las antiguas estructuras de dominación cultural.

La meta del proyecto civilizatorio bolivariano y de cualquier otro gobierno democrático y progresista debería ser, en consecuencia, la destrucción de aquellas tendencias despóticas inducidas por la oligarquía venezolana en nuestra vida cotidiana, romper su naturalización que las plantea como si fuese prácticas sociales congénitas y necesarias para la convivencia. En su lugar, habría que estimular el desarrollo libre de la personalidad humana, incentivar todas las expresiones de la creatividad que movilicen formas de conducta solidarias y socialmente responsables. Si la Constitución Bolivariana es el proyecto de un nuevo país, la Ley Orgánica de Cultura que se apruebe en la Asamblea Nacional debe representar el proyecto de la nueva sociedad.

La nueva propuesta debe propiciar un desarrollo cultural integral que estimule en la sociedad venezolana el surgimiento de agentes subjetivos capaces de transformar las estructuras objetivas de la realidad social que constituyeron el sustento del proyecto político puntofijista. Vastos sectores de las diferentes clases sociales que integran el pueblo venezolano ya han comenzado a crear espontáneamente una praxis social en tal sentido, colocándose en muchos casos a la vanguardia de sus propios dirigentes; pero dicha praxis no es orgánica, razón por la cual ese proceso podría tomar direcciones imprevistas, creando una diferencia insalvable entre el pueblo y su dirigencia.

Los hechos demuestran que el presidente Chávez y sus colaboradores tienen clara conciencia sobre la dinámica del proceso de cambio histórico venezolano. Sin embargo, hay factores políticos en los partidos de gobierno que no han entendido la necesidad urgente de dar paso a los cambios que creen las nuevas estructuras culturales, las nuevas relaciones socioculturales que sustenten orgánicamente el proyecto de transformación de la sociedad venezolana plasmado en la Constitución Bolivariana. Tales factores tampoco han entendido, al parecer, que corren el peligro de no tener finalmente a quién dirigir, sino de ser sujetos dirigidos por la acción autogestada y espontánea del pueblo venezolano, amenaza que también pesa de manera inminente sobre los dirigentes de la Coordinadora de Oposición.

Por las razones ya señaladas, *todas* las estructuras de gobierno deben servir de puente para que exista coherencia entre los procesos sociales que se gestan entre la población y los objetivos que persigue la Revolución bolivariana. Para impulsar dicho desarrollo social las políticas culturales deberían moverse en diversos ejes de acción que incidan sobre la estimulación de formas de conducta participativa y cooperativa en la gestión comunitaria, en las formas de propiedad social, estatal y privada que deberían coexistir en la nueva sociedad venezolana, en los proyectos de organización y funcionamiento de la educación, la ciencia, el arte y el deporte

que pautarían la dinámica del desarrollo cualitativo de la sociedad venezolana.

La ideología cultural. El Estado: ¿gendarme o maestro?

La tesis política del Gendarme Necesario sustentada por el pensador positivista venezolano Laureano Vallenilla Lanz (Laureano Vallenilla Lanz, 1983: *El Cesarismo democrático*), transformada en paradigma de la clase política venezolana, se fundamenta en una valoración cultural de los «hechos históricos» que legitima un estereotipo negativo del ser venezolano y parte de una especie de determinismo sociológico naturalizado, vale decir, considerado como estructural que asimila la población venezolana —con carácter fatal— con todos los gérmenes de la anarquía y la indisciplina social que han influido en los acontecimientos de nuestra vida nacional. Esta valoración, manejada políticamente, no toma en cuenta que dichos procesos son de carácter sociocultural, inducidos por una política cultural-educativa secular que no se preocupó por educar cívicamente a nuestros ciudadanos. Dicha situación comenzó desde los inicios mismos de nuestra sociedad colonial y ha continuado hasta el presente sin modificaciones sustantivas (Iraida Vargas A., 1999: *La historia como futuro*).

En lo anterior se ha basado el ejercicio de una serie de acciones, también políticas, de represión generalizada por parte de los que planificaban y ejecutaban las decisiones administrativas del Estado durante los gobiernos de la IV República y, más recientemente, por parte del bloque oligárquico que intentó el derrocamiento del presidente Chávez y la destrucción del Estado nacional vía al paro empresarial y el sabotaje petrolero. Esas acciones se materializaron en todos los órdenes de la vida nacional, incluso hasta en las decisiones más simples que afectan la vida cotidiana del colectivo, como son la de castigar a la población con el desabastecimiento de combustible, la supresión de la producción y distribución de alimentos, el sabotaje a la educación,

al transporte público, a la educación universitaria, a la seguridad pública, a la salud mental, etc., por rebelarse contra sus «amos naturales» y no haber secundado a su representación política, la Coordinadora, en sus planes golpistas y terroristas. Bajo la constante amenaza de volver a dominar el país por medio del terror dictatorial esperan que las masas populares escarmentadas renuncien a sus más elementales derechos económicos y sociales. Lo que en el fondo persigue la Coordinadora es volver a instalar una democracia absolutamente formal, tutelada por ella, sin adjetivos ni condiciones, donde lo único que pueda lograrse es un obligado pacto político, un chantaje político, una convergencia autodidáctica como lo expresa el actual acuerdo firmado por el Gobierno y la Coordinadora de Oposición (Agustín Cueva: *Las democracias restringidas de América Latina*).

En las sociedades democráticas los grupos de oposición tratan de convencer a la población de la bondad de sus ideas para obtener su favor en las elecciones. En Venezuela, por el contrario, los grupos políticos de la ultraderecha, arropados bajo la figura de la Coordinadora, tratan de aterrorizar a la población mediante la violencia para obtener la sumisión de los ciudadanos y reemplazar la democracia por el fascismo. Ello representa una aplicación simplista, pragmática y cruel de la tesis del Gendarme Necesario y resalta la necesidad de educar a los dirigentes de la Coordinadora de Oposición y a sus patronos de la oligarquía para el ejercicio de una genuina cultura política democrática.

Para transformar positivamente en profundidad nuestro país y crear una sociedad democrática nueva y mejor no es necesario utilizar la violencia ni la represión física. A pesar de los escollos y las vicisitudes, de las acciones a veces incoherentes, el proyecto civilizatorio bolivariano ha ido diseñando sus líneas generales de acción en la política exterior con la propuesta de un mercado regional Venezuela-Brasil, vinculado al Mercosur, la conformación de una estructura económica diversificada y, en lo interior, con la organización de la sociedad para el logro de objetivos que apuntan hacia el bienestar colectivo y el diseño de una política

participativa cívico-militar que rescata las enormes capacidades de los hombres y mujeres que componen la Fuerza Armada para beneficiar a las comunidades y desarrollar un modelo integral de la defensa nacional.

En necesario, sin embargo, diseñar una política cultural integral que represente y oriente el esfuerzo consciente de transformación de la sociedad, comprendiendo que son los pueblos los que crean su propia dinámica histórica. Las políticas proponen, pero son los individuos quienes finalmente disponen lo que han de ser como sociedad.

La cultura tiene una dimensión histórica expresada en la materialidad de las creaciones hechas por una sociedad en el devenir de su existencia: bienes culturales muebles e inmuebles, creaciones intangibles (ideas, costumbres, actitudes y valores sociales, formas de relación social, gestualidad y demás), que caracterizan y explican la singularidad de cada pueblo. Ese conjunto de bienes culturales que se transmite selectivamente de una generación a otra a través del proceso que denominamos la herencia histórica es el legado cultural que permite al ciudadano(a) y a la colectividad que los representa establecer un vínculo racional entre su realidad presente, aquella que recibió como legado del pasado y la que construirá para el futuro.

La herencia histórica sirve de base para crear ideologías unificadoras, las que se materializan socialmente en procesos de identificación cultural. Tales procesos, sean de carácter nacional, regional o local, reflejan la diversidad y la unidad, lo uno y lo múltiple de ese complejo proceso que es la cultura del pueblo venezolano, del conjunto de comunidades culturales regionales cuyas particularidades, expresadas en el marco histórico de la nación, le dan su contenido específico a la cultura nacional (Iraida Vargas Arenas: *Bienes culturales y la intangibilidad de lo corpóreo*).

La política cultural integral debe ser una acción destinada a la gestión concertada de la vida cotidiana, con la finalidad de mejorar —de manera sostenida— la calidad de la existencia de los venezolanos(as). Su objetivo fundamental es promover en los

ciudadanos(as) una reflexión crítica, de signo positivo, sobre los valores de la Historia y la Cultura nacional y —al mismo tiempo— estimular en aquéllos(as) todas las formas de creatividad individual o colectiva a través de la educación, la ciencia, el deporte el arte como manera de promover la formación de colectivos sociales solidarios con su desarrollo en común. Esa reflexión es también la base para estimular en los ciudadanos(as) una conciencia solidaria de participación voluntaria para el logro de metas y objetivos sociales, necesarios para trascender la presente fase crítica por la cual atraviesa nuestro país.

Una política cultural integral representa, así mismo, el apoyo y el sostén a las formas de resistencia de los pueblos frente a las acciones culturales neocoloniales y desnacionalizadoras que sirven de punta de lanza a los programas económicos neoliberales.

El vehículo fundamental de una política cultural integral es la educación, concebida no sólo como actividad didáctica orientada hacia tareas informativas, sino fundamentalmente formativas, anclada en los elementos sociales singulares, vale decir culturales, que son los que permiten la gestación de valores sociales y éticos, al mismo tiempo que actúan como fuente de inspiración y disciplina para el trabajo productivo y creador. En tal sentido, la educación no sustituye ni equivale a la cultura aunque ambas constituyan un binomio inseparable. La meta de la educación, dentro de una política cultural integral, sería la de crear las condiciones objetivas que permitan desarrollar el potencial humano (José Joaquín Salcedo, Hernando Bernal Alarcón, Nohora Inés Iglesias: *América latina: la revolución de la esperanza*), lo cual debe ser el basamento de sus diversas formas de participación ciudadana en la gestión pública local, regional y nacional.

La investigación cultural

La planificación de la gestión cultural debe reposar sobre investigaciones serias, sistemáticas y confiables que permitan efectuar diagnósticos correctos de los procesos socioculturales y

estructurar los programas que se requieran para solventar las situaciones concretas. Para tales fines debe apoyarse en una base de datos amplia y confiable, así como el acceso a sistemas de documentación e información sobre el desarrollo sociocultural y sociohistórico de la sociedad venezolana con el objeto de promover procesos de conocimientos amplios, profundos y ciertos de la realidad venezolana.

La investigación y la gestión institucional del ente coordinador del Ejecutivo encargado de las políticas públicas de la cultura deberían apoyarse en un grupo de institutos que aborden de manera tematizada el estudio de la sociedad venezolana. Los programas de trabajo de los mismos estarían coordinados con los que adelantan otras instituciones similares existentes en otros ministerios, en universidades, institutos y fundaciones públicas y privadas, tanto nacionales como extranjeras.

La investigación cultural debería ser capaz de proveer también una base de información confiable y actualizada sobre los países y las regiones con los cuales Venezuela promueve procesos de integración. Comprender los procesos históricos que determinaron la formación de la fachada andina, la fachada caribeña y la fachada amazónica nos ayudaría a darle un contenido cultural concreto a nuestra política de integración. La ausencia de conocimientos sistemáticos en esta área nos induce a desconocer, por ejemplo, la importancia política del islamismo y del hinduismo en países vecinos como Trinidad-Tobago y Guyana, o las características culturales del noreste brasileño, muy cercanas a las de nuestra Guayana. En este campo, la investigación cultural es estratégica para la defensa nacional, la formulación de políticas fronterizas y como soporte para nuestras relaciones internacionales.

Junio, 2003

X **CULTURA EN DOS TIEMPOS**

Primer tiempo: la Cuarta

Todo Estado nacional incluye en su proyecto político la producción y reproducción institucionalizada de una cultura, lo que equivale decir que todo proyecto político es en sí mismo cultural y posee una expresión cultural. Una nación, entonces, como proyecto político, es un hecho cultural (Iraida Vargas Arenas: *Cultura, identidad y resistencia cultural en Venezuela*). Por esa misma razón, para el bloque hegemónico u oligárquico la cultura ha sido un campo estratégico para el desarrollo de sus diversos mecanismos de dominación política. Dichos mecanismos de dominación no los ejercen de manera directa. El núcleo duro de la oligarquía está recubierto de espesas capas de material aislante que protegen su anonimato y su privacidad. Una primera capa de aislante ha estado constituida en Venezuela por los intelectuales y políticos profesionales que integran el nivel gerencial, ejecutivo de los centros de producción de cultura de masas o mediática. Una segunda capa de aislante son los intelectuales y políticos profesionales que han integrado hasta ahora la burocracia «cultural» del Estado venezolano, donde se produce cultura como sinónimo de bellas artes o cultura como sinónimo de espectáculo.

A raíz de la caída del Gobierno militar de Marcos Pérez Jiménez en 1958, el populismo encarnado en las viejas cúpulas de Acción Democrática, Copei y Unión Republicana Democrática consideró que estaba abierto el camino que conduciría —¡finalmente!— al cielo de la democracia representativa y al poder con todo su agregado de riqueza y corruptela. El surgimiento de la Revolución cubana en ese mismo momento imprimió un nuevo rumbo a la dinámica social de América Latina, revolviendo las

pedras del dominó donde Betancourt, Caldera y Jóvito Villalba planificaban ahorcarle el doble seis a la esperanza irredenta del pueblo venezolano.

Los intelectuales orgánicos de izquierda que hubiesen podido promover un movimiento cultural nacional a comienzos de los años sesenta se hallaron presos en las dolorosas fracturas, vacilaciones, marchas y contramarchas tanto de Acción Democrática como del Partido Comunista de Venezuela. Empujadas al asalto al cielo de la revolución vía una absurda lucha armada, particularmente promovida por los sectores radicales escindidos de Acción Democrática (Moisés Moleiro: *La izquierda y su proceso*), la joven generación de intelectuales de relevo se transmutó en comandantes y frentes guerrilleros. Como respuesta, el régimen puntofijista desató una brutal represión policial y militar que asesinó a valiosos cuadros ideológicos y desmanteló buena parte del importante movimiento cívico-militar y popular que había logrado concretar la izquierda venezolana entre 1948 y 1960.

Entre 1958 y 1980 la mayor parte de la *intelligentzia* venezolana estaba suscrita a la izquierda comunista o socialista. No obstante, la derrota militar y política de los movimientos de izquierda en Venezuela generó en muchos intelectuales un sentimiento pesimista sobre el futuro del socialismo, aunado ello a los desalentadores errores políticos cometidos por la Unión Soviética en los países de Europa oriental. Para aprovechar políticamente esta situación el régimen puntofijista, de manera paralela a la represión policial, creó el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (Inciba) y luego el actual Consejo Nacional de la Cultura (Conac), dotándolos de jugosos presupuestos, cuya misión era atraer al redil puntofijista buena parte de aquellos intelectuales, hecho que consagró el triunfo de la política cultural elitista. La repartición de becas, ayudas, subsidios y agregaduras culturales no tuvo una apreciable repercusión en la calidad estética de la creación pero sí una acción sedante sobre las calientes cabezas de ciertos intelectuales. Algunos de ellos retornaron a la mansedumbre del redil populista o le alquilaron el prestigio que habían obtenido adversándolo

(Luis Britto García: *La máscara del poder o el poder de la máscara*). Todos ellos abrieron la mano para esperar la dádiva al tiempo que cerraron sus mentes, sus ojos y sus bocas ante el proceso, que parecía entonces indetenible, de socavamiento de las bases históricas y culturales de la sociedad venezolana, de nuestra soberanía nacional.

La creación del Inciba marca el momento cuando la clase política del puntofijismo comenzó a romper con el concepto de cultura nacional que había animado el proyecto político de la oligarquía durante las primeras seis décadas del pasado siglo, fomentando la creación de un mercado de valores para los servicios y las obras de arte. Bienes culturales como las vasijas precolombinas, el mobiliario colonial o campesino, o los bienes culturales producidos por los creadores populares en general se convirtieron en el objetivo de los coleccionistas con el consecuente saqueo de sitios arqueológicos precoloniales, coloniales o republicanos, de las casas campesinas, de las iglesias y ermitas coloniales, de los elementos constructivos de las viviendas urbanas edificadas antes de 1950, entrando en el circuito comercial de antigüedades.

Aunque a los pensadores orgánicos de la clase política puntofijista se les presentaron propuestas concretas, desdeñaron la construcción de un Museo Nacional de Cultura Venezolana que hubiese podido albergar los importantes testimonios de nuestra memoria cultural e histórica. Para tales intelectuales orgánicos de la oligarquía fue fácil manipular el analfabetismo cultural de la clase política puntofijista y evitar que los bienes patrimoniales históricos teatralizados y puestos en escena en museos y monumentos se convirtiesen en una fuerza política capaz de contrarrestar el proceso de desnacionalización de la cultura venezolana.

En términos del viejo pensamiento cultural, ser culto era participar de la ideología transnacional del bloque histórico dominante de la oligarquía, asistir pasivamente al rito dominical de los museos para reforzar semanalmente la dependencia ideológica del bloque nutricional oligárquico. En términos de la propuesta cultural alternativa, ser culto debería permitir aprehender un

conjunto de conocimientos —en gran medida icónicos— sobre la propia historia, y también participar en los escenarios donde los grupos hegemónicos hacen que la sociedad se dé a sí misma el espectáculo de su origen (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*). Sin embargo, en lugar de Museos de Historia y Antropología, de Tradiciones y Artes Populares, de Museos Temáticos sobre las formas de producción y demás, que hubiesen podido convertirse en la referencia visual de la historia cultural venezolana, proliferaron con carácter casi exclusivo los museos de arte, cuyos contenidos eran coherentes con la imagen banalizada, excluyente e inocua del concepto de cultura promovido por el proyecto civilizatorio puntofijista. Ello explica por qué Venezuela es el único país del mundo que no posee Museo Nacional de Historia, como existen en otros países mucho más pobres que el nuestro como Haití y Kenya, entre otros. Al parecer, la sola existencia de un rezago de memoria histórica sobre los orígenes de la nación venezolana representaba una seria amenaza a los intereses de la oligarquía, todo ello coherente con el pensamiento positivista de comienzos de siglo, donde el pasado equivalía a atraso (Néstor García Canclini: *Las culturas populares en el capitalismo*).

No deja de ser sorprendente para nosotros que, a pesar de cuatro décadas dominados por una política cultural que parecía eterna, diseñada para favorecer los intereses de la oligarquía, podamos hoy los venezolanos asistir, por primera vez, a la presentación de una Ley Orgánica de Cultura, donde los sujetos protagónicos seamos todos nosotros, las legiones de seres anónimos que luchamos por dismantelar el país portátil donde habitan todavía la oligarquía y sus adláteres puntofijistas y fundar un país real donde todos tengamos cabida y esperanzas. La amarga y decepcionante experiencia de las cuatro décadas perdidas debe servirnos como referencia para no volver a tropezar otra vez con esa misma piedra.

Segundo tiempo: la Quinta

La proposición de una Ley Orgánica de Cultura ha generado variadas e importantes expectativas entre los diversos sectores de la sociedad civil. Todos estamos conscientes de su importancia como punto de partida para una sociedad mejor, más democrática, más incluyente, más participativa. Todos estamos conscientes, igualmente, de que el desarrollo de la cultura es un proceso integral que alude al modo de vida de la sociedad y va de la mano con el desarrollo sustentable del capital social venezolano. Por ello sabemos también que la lucha por aprobar una Ley Orgánica de Cultura que incluya a todos los venezolanos(as) en un mismo futuro no será tarea fácil a menos que convirtamos dicha tarea en la lucha de todos los venezolanos.

Uno de los principales obstáculos ante esta tarea es la composición política aluvional de los principales partidos de gobierno, hecho que causa la existencia de colectivos políticos muchos de cuyos miembros no tienen un pensamiento orgánico con la meta y los objetivos que deben ser alcanzados por el Gobierno bolivariano. Por el contrario, predomina en muchas instancias un pragmatismo «cuarta república», orientado a la consecución de logros a muy corto plazo para obtener ganancias políticas circunstanciales, personales o de grupo, muchas veces contradictorios con los de la gestión del proceso de cambio.

Vemos así que cómo el proyecto de Ley Orgánica de Cultura presentado por la Subcomisión de Cultura de la Asamblea Nacional se sustenta en una definición de cultura considerada como el conjunto de actividades sociales vinculadas a la creación humana, individual colectiva, en todos sus órdenes, las cuales inciden en la formulación de actitudes, hábitos cotidianos y prácticas individuales de las personas. Esta definición, por su naturaleza, alude tanto al modo o estilo de vida de la población venezolana como al carácter transformador que deben tener los programas culturales que se originen a partir de la nueva Ley. Esta propuesta es contradictoria con la presentada originalmente por el antiguo

viceministro de Cultura, la cual privilegia la cultura como un proceso creado, dirigido y orientado por una institución central, donde el Estado —otra vez— actúa como el gran mecenas que otorga subsidios, becas, ayudas económicas y similares a individuos, instituciones y fundaciones oficiales, semioficiales y privadas, vinculadas muchas veces a grupos familiares y económicos que, a su vez, actúan como otros tantos mecenas delegados, repartiendo dineros que son del Estado.

Si no actuamos basados en criterios teóricos e ideológicos claros sobre la formulación de un nuevo proyecto de gestión cultural, correremos el peligro de una revolución cultural gatopardiana: *plus ça change, plus çasera la même chose*. Eliminar el actual Conac, relictos de la cuarta, supone también crear una nueva estructura de gestión que reemplace y otorgue sentido orgánico a la vasta colcha de retazos integrada por fundaciones, entes tutelados, etc., la mayoría de los cuales fueron creados por razones coyunturales, sin una clara visión de su importancia para la concreción de una cultura venezolana.

En esta tarea de definir la nueva estructura, los nuevos procesos de gestión cultural, los artistas y trabajadores culturales junto con los científicos, los estudiantes, los deportistas, los artesanos u hacedores deben cumplir un papel protagónico en la transformación social del pueblo venezolano, ayudando a los otros a afinar y refinar su sensibilidad, su capacidad de percibir y comprender el mundo de lo concreto, comenzando por contribuir a la erradicación del analfabetismo, promoviendo los hábitos de lectura, discusión y expresión de la idea en la población, a los fines de incrementar una verdadera conciencia social como lo habría deseado el libertador del Libertador, don Simón Rodríguez. Para ello, la ley debe proporcionarles un espacio laboral que les garantice la reproducción de su trabajo, de su vida personal y familiar en buenas condiciones, sin estar sujetos a dádivas aleatorias que irrespetan su condición humana. Ello supone la existencia de un nuevo estilo de sociedad donde se reconozca y se estimule la capacidad de todas y todos para contribuir a la cultura venezolana en

todas sus dimensiones y posibilidades, coherente con el mandato de la Constitución Bolivariana.

La nación venezolana vive actualmente un profundo proceso de transformación en todos los órdenes de la sociedad, aunque las características de dicho proceso no son, de manera general, percibidas claramente por todas las personas que viven inmersas dentro del clima agitado y pasional de la vida cotidiana actual. Algo es totalmente cierto, sin embargo: el pasado histórico que dejamos atrás en 1998 ya no existe como realidad concreta, sino como memoria o nostalgia en la mente de ciertas personas o grupos de ellas que no tienen capacidad para insertarse en una sociedad nueva y actúan para impedir que se produzcan los cambios. En el acontecer social venezolano de la actualidad podemos apreciar el proceso político paradójico que protagonizan los grupos de oposición arrojados bajo la colcha de retazos denominada Coordinadora Democrática, los cuales están empeñados en destruir y desestabilizar la existencia de las mismas instituciones sociales que proclaman defender. Dicho proceso coexiste y se contradice con las políticas públicas del Gobierno bolivariano orientado a materializar un nuevo orden social y económico expresado en relaciones de propiedad donde deberá convivir la propiedad privada, la propiedad social o cooperativa y la propiedad estatal, la pluralidad de formas de asociaciones y organizaciones sociales comunitarias, de religiones y demás que son la expresión de la vida multicultural y diversa que ha ido cobrando momento en la medida en que se desarrolla el proceso de cambio social. De esta oposición dialéctica debe surgir, como resultado, una sociedad nueva, una nueva praxis cultural venezolana.

Para poder guiar con seguridad ese proceso y concretar así el cambio social que beneficie a todos los ciudadanos venezolanos por igual, así como a todas las comunidades humanas de diversos orígenes que coexisten en el territorio nacional, es necesario contar con una Ley Orgánica de Cultura adecuada a la nueva realidad sociocultural que comienza a tomar forma en Venezuela. En tal sentido, la gestión política de la cultura debe ser llevada adelante

por un órgano administrativo dotado de suficiente autonomía y recursos para realizar programas de alcance nacional, creando redes de coordinación con los diferentes órganos del poder ejecutivo y con los organismos regionales, municipales, parroquiales y vecinales para gestión cultural, representado en el Consejo Federal de Gobierno para ejercer sus facultades de asesoría en las políticas públicas, aparte de las que señala el artículo 185 de la Constitución Bolivariana.

La gestión de la cultura deberá tener como meta estimular la elaboración, el desarrollo y la ejecución de programas de cultura popular y académica, la conservación y promoción del patrimonio histórico y cultural en todas sus expresiones, la promoción y el estímulo de museos de cultura venezolana en sus diferentes acepciones, bibliotecas y centros culturales para el fomento de la cultura en el sector rural popular y en todos los sectores de la sociedad urbana, y evaluar la calidad de los productos de la industria cultural para el mejor beneficio de la sociedad venezolana. Debería también servir de asesor a los demás ministerios del poder ejecutivo, a los estados, alcaldías, fundaciones y demás instituciones públicas o privadas, asegurando la calidad del crecimiento de la sociedad venezolana, logrando un desarrollo cultural regionalmente equilibrado que incida de forma positiva sobre la calidad de vida de las futuras generaciones.

La cultura es una dimensión de la sociedad que está presente en todas las instancias de la vida cotidiana privada o pública. A nivel nacional, el ente coordinador de los programas culturales debería actuar como una instancia ejecutiva del Estado para articular la dimensión cultural de programas concretos para el desarrollo social en las áreas de educación, salud, ambiente, trabajo, desarrollo cooperativo, ciencia, deporte, desarrollo comunal indígena y defensa nacional.

Su gestión podría ser el objeto de instituciones puente o de cooperación entre las diversas instancias que dicho nivel tienen como objeto el desarrollo social y educativo y la defensa nacional.

Estos programas estarían dirigidos a propiciar la participación de los niños, jóvenes y adultos en el desarrollo sostenido de sus comunidades para crear un nivel de conciencia reflexiva sobre la inclusión de sus propias realidades sociales y culturales dentro del marco de la nación venezolana, sobre la relación que existe entre las identidades, vecinales, municipales y regionales y las grandes estructuras organizativas nacionales.

A nivel operativo e instrumental, las instituciones regionales puente o de cooperación podrían promover y canalizar su acción vía la constitución de redes de organizaciones comunitarias que hagan posible la concreción de programas regionales en los términos de sus propias necesidades y posibilidades, apoyándose, por ejemplo, en los Consejos Locales de Planificación Pública (Art. 182 de la Constitución Bolivariana), promoviendo así (Art. 184-6) la creación de nuevos sujetos de descentralización a nivel de las parroquias, barrios, comunidades y vecindades, en muchas de las cuales ya están en marcha programas de cultura autogestionados.

La planificación de la gestión cultural debe reposar sobre investigaciones serias y sistemáticas que permitan efectuar diagnósticos correctos de los procesos socioculturales y estructurar los programas que se requieran para solventar las situaciones concretas, en oposición a la visión instrumentalista que fundamentan las decisiones solamente en el pragmatismo. Debe, así mismo, apoyarse en una base datos amplia y confiable, así como en el acceso a sistemas de documentación de información sobre el desarrollo sociocultural y sociohistórico de la sociedad venezolana a los fines de promover procesos de conocimientos amplios, profundos y ciertos de la realidad venezolana.

Una Ley Orgánica de Cultura, concebida en términos amplios e incluyentes, deberá ser la base para fundar la nueva sociedad que cobije a todos los venezolanos por igual, única manera de sacar adelante el país Venezuela por el cual luchamos y que todos queremos de distintas formas y maneras. Estamos seguros de que los parlamentarios de las diversas formaciones políticas

que conviven en la Asamblea Nacional comprenderán la importancia de tener una ley que sirva de soporte a un desarrollo social sustentable, armónico y participativo que sea, a la vez, garantía y basamento de una democracia efectiva y participativa.

Julio, 2003

TERCERA PARTE

TESIS PARA EL CAMBIO SOCIAL VENEZOLANO

La meta de un proyecto país alternativo como el que hemos tratado de bosquejar en éste y en muchos otros de nuestros libros es promover en nuestro pueblo su verdadera conciencia histórica como colectivo nacional, un estado de conciencia reflexiva que fundamente la escogencia racional de sus alternativas de futuro dentro de una coyuntura mundial caracterizada por la integración de bloques regionales, de comunidades económicas de países que prefiguran nuevas formas de Estados multinacionales.

XI

VENEZUELA: REVOLUCIÓN Y NUEVA CIUDADANÍA

...una libertad que no esté ya fundada en la escasez y la necesidad del trabajo ni, al propio tiempo, limitada por ellas.

HERBERT MARCUSE, 1969

EL FIN DE LA UTOPIA

Los momentos finales de un año siempre despiertan en nosotros reflexiones y esperanzas. Reflexionamos sobre las cosas que nos ocurrieron y sobre la experiencia que derivamos de ellas. Esperamos que las cosas buenas se prolonguen y nos colmen de felicidad en todos y cada uno de esos trescientos sesenta y cinco días por venir, y que las malas, como por un acto de magia, queden en el pasado cual hojas abandonadas de un periódico antiguo: ajadas y amarillentas. Los venezolanos(as) que hoy alcanzamos lo que alguien una vez llamó la «edad propecta», hemos sido testigo de las mudanzas de nuestro país; vivimos nuestra niñez en una sociedad parroquial, pobre y sencilla; nuestra adolescencia bajo una dictadura militar desarrollista; nuestra primera juventud en medio de la violencia política, de la fallida utopía revolucionaria de la década de los sesenta; la segunda juventud, asfixiados bajo la piedra tombal del Pacto de Punto Fijo, y la tercera edad, a partir de 1998, en medio de la crisis social más profunda y apasionante por la que haya pasado nuestro país luego de la Guerra de Independencia, que abrió paso al actual proceso de cambio histórico.

Esta crisis nace de la ruptura entre un viejo orden neocolonial e imperial que nos desprecia profundamente como pueblo, que sólo quiere apropiarse de nuestras riquezas para

su propio beneficio, y la construcción de un nuevo proyecto de nación venezolana plenamente soberana, justa y democrática.

Nuestra principal reflexión sobre esta hora que vivimos es que la historia es la actividad de la sociedad persiguiendo sus propios fines y que nada permanece constante en la naturaleza. Todo se encuentra en un estado perpetuo de transformación, de movimiento y cambio; no hay nada que surja de la nada, no hay nada que desaparezca sin dejar rastro, todo surge de otras cosas y dan origen a otras cosas. El movimiento es la característica básica de la materia; cada avance niega el estado anterior y reacciona en su contra, conservando todo lo útil y necesario que exista en él. Todo lo que un día fue real se torna irreal, pierde su necesidad, su razón de ser, su carácter racional, mientras que el puesto de lo real que agoniza es ocupado por una nueva realidad viable. En la sociedad, nuestra sociedad, que es parte también de la materia, esos procesos de cambio se inician y se expresan como transformaciones en la calidad de la vida de los colectivos sociales. La calidad, que es el fundamento de nuestra comprensión del mundo, expresa la realidad fundamental de todas las cosas. Cuando los cambios en la vida social, como resultado de los procesos transformadores, acumulan de manera creciente cambios en la cantidad, en el número de personas que son beneficiadas por ellos, estamos viviendo el inicio de una transformación revolucionaria (Alan Woods y Ted Grant, 1995: *Razón y revolución*).

Para poder transformar la sociedad venezolana es necesario, primero que todo, comprenderla. Y comprenderla significa diseñar y poner en ejecución la estrategia para producir y mejorar las condiciones materiales y espirituales en las cuales vivimos los venezolanos(as). Consolidar ese proceso de transformación requiere que podamos ganarnos las mentes y los corazones de todos o de la mayoría de los venezolanos(as), llevando adelante una lucha implacable contra cualquier intento de confundir y ensombrecer nuestras esperanzas de lograr, por fin, una patria soberana, justa y democrática donde todos los venezolanos(as) de buena fe podamos sentirnos representados e incluidos.

Para entender el *sui géneris* proceso de cambio social que vive Venezuela y el papel destructivo que juega la llamada Coordinadora Democrática es necesario que nos coloquemos, primero que todo, en la perspectiva de la sociedad mundial. A partir de 1985, particularmente, el colapso de la Unión Soviética y de los socialismos existentes en la Europa oriental marcó el fin de la paridad estratégica que existía entre aquélla y Estados Unidos. Los socialismos periféricos que no desaparecieron, como es el caso de China y Cuba, sólo poseían para entonces la fuerza necesaria para defenderse del acoso estadounidense mientras se consolidaba la absoluta hegemonía política militar de esta nación, tanto sobre sus aliados como sobre sus enemigos. Esta *ventaja comparativa* sirvió a Estados Unidos para incrementar la vital renta imperial que obtiene del dominio y la explotación de inmensas zonas del Tercer Mundo, lo cual permite transgredir tanto las reglas del mercado, determinadas por el libre juego de la oferta y la demanda, como las del Derecho Internacional. El empleo de la fuerza militar en las áreas dependientes del control imperial, unido a la enorme deuda externa que han contraído los países del Tercer Mundo, han pasado a conformar un elemento constitutivo del modelo estadounidense de acumulación de capitales (Agustín Cueva, 1991: *América Latina ante el «Fin de la Historia»*). Casos emblemáticos recientes de dicho modelo neocolonial son la invasión y ocupación militar de un Estado soberano como Irak, y el financiamiento de los fallidos golpes militares y económicos contra el gobierno democrático del presidente Hugo Chávez en Venezuela, destinados a apoderarse de las enormes reservas de petróleo y gas natural existentes en ambos países.

Terminada la Guerra Fría, la confrontación mundial dejó de ser solamente Este-Oeste para convertirse en Norte-Sur. Al mismo tiempo, debido al declive relativo a la economía estadounidense por la comparativamente baja productividad y competitividad de su sistema socioeconómico, la hegemonía del sistema capitalista mundial pasó a convertirse actualmente en una especie de «hegemonía fragmentada». Dentro de esta nueva situación se

produce la insurgencia de un grupo de países del litoral atlántico de América Latina en el escenario de la confrontación mundial: Venezuela, Argentina, Brasil, Paraguay, Bolivia y, posiblemente, Uruguay.

Hasta 1988 el amplio patio trasero de Estados Unidos, que se extendía desde el Río Grande hasta el extremo austral del continente, estaba caracterizado por la presencia de diversas formas de democracias restringidas o limitadas cuyo estatus político es similar al de los «Estados satélites» que mantenía la Unión Soviética en la Europa oriental durante la Guerra Fría. Pese a su enorme potencial humano y material, América Latina siempre se ha parecido a un gigante ciego que se ha movido angustiosamente en el ámbito desolado de la pobreza, la ignorancia y la opresión colonial. Para poder terminar de componer el rompecabezas histórico de la región es necesario que apareciese la pieza suelta que había sido secuestrada desde el siglo XIX por el Gran Mago Imperial: su nombre, Venezuela, destinada a desempeñar un papel protagónico en la comunidad regional latinoamericana.

El secuestro de Venezuela no se produjo por una invasión directa, sino —como hemos apuntado en trabajos anteriores— «por la progresiva política imperial de desnacionalización de su Estado, aupada por los gobiernos de la IV» y por la consecuente transnacionalización de sus intelectuales y profesionales, de su clase política, de su empresariado y de sus clases altas y media, al mismo tiempo que por la exclusión y marginación de los sectores populares. El desarme ideológico fue muy profundo, culminando con la rechazación definitiva de los viejos partidos y grupos ideológicos de centroizquierda tales como Acción Democrática, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el Movimiento al Socialismo y Bandera Roja, entre otros. Los cuadros medios de la Fuerza Armada venezolana, el sector social más expuesto a las políticas desnacionalizadoras y antidemocráticas del Pentágono conservaron, sin embargo, la visión nacionalista y bolivariana que sustenta la educación castrense de sus escuelas de formación de oficiales, apuntaladas por la participación creciente de los mismos

en la vida universitaria. No es de extrañar, entonces, que haya sido el sector militar el semillero del nuevo liderazgo político bolivariano, como consecuencia del vaciamiento ideológico que operó el sistema neocolonial en las mentes de los políticos, intelectuales y empresarios de la Cuarta República.

Si hemos de buscar una explicación racional al lamentable desempeño político de la llamada Coordinadora Democrática y su giro desesperado hacia el terrorismo golpista tendremos que reconocer que se trata de un sector que extravió toda referencia nacional, perdiéndose en el laberinto sin salida de la globalización transnacional. Al no ser capaz de reconocer como parte de la comunidad nacional venezolana o latinoamericana, ni de aceptar tampoco la legitimidad del gobierno y el nuevo liderazgo surgido en las elecciones libres de 1998, no le quedó más remedio que buscar refugio fuera del sistema democrático en un Estado virtual, en un país mediático donde sus deseos y sus intereses de grupo son la única ley, característica también de la «nueva derecha» estadounidense (John Saxe-Fernández, 1987: *Los fundamentos de la <derechización> en Estados Unidos*).

Debido a esa concepción irracional e irreal del mundo, la oposición venezolana, sobre todo la oposición golpista, ha derrochado miles de millones de dólares para ejecutar una conspiración contra la patria y la sociedad venezolana, cuya meta es atrasar en doscientos años el reloj de la historia: abolir la independencia y la soberanía de nuestra nación vendiéndonos —cual moderno Judas Iscariote— a la metrópolis imperial. ¡No sería en este caso por treinta monedas de plata, sino por treinta millardos de dólares!

La llamada Coordinadora Democrática, agazapada bajo la rústica consigna ¡Fuera Chávez! ¡Muera Chávez!, intentó destruir el Estado nacional venezolano, objetivo central de la conspiración que preparó el golpe de Estado el 11 de abril de 2002, el golpe petrolero de diciembre-febrero 2002-2003 y el abominable intento de golpe electoral de 2003, con la finalidad de instalar un sistema de gobierno neoliberal afincado en la abolición de la Constitución

Bolivariana, la erradicación de toda la plataforma jurídica y de las instituciones democráticas de la República Bolivariana, así como también la privatización de Pdvsa y las empresas básicas de Guayana, entre otras.

Los fines de dicha conspiración eran y siguen siendo:

- 1) Instalar un gobierno corporativo apátrida integrado por Fedecámaras, la CTV y la meritocracia de Gente del Petróleo, quienes serían los representantes vernáculos de las transnacionales petroleras y afines. Su primer objetivo fue y sigue siendo separar a Venezuela de sus aliados suramericanos y, especialmente, de la OPEP.
- 2) Quebrantar la integridad de la Fuerza Armada formando una milicia conformada por un «ejército» de oficiales y soldados desertores y una fuerza pública apoyada en las policías municipales de las alcaldías y estados controlados por la oposición golpista, anticipo del desmembramiento del territorio de la nación.
- 3) Instalar un servicio diplomático antinacional utilizando, descaradamente, el personal pagado por el Estado venezolano.
- 4) Promover una burocracia sabotadora de la gestión gubernativa nacional, integrada principalmente por médicos y educadores públicos o privados de todos los niveles, así como por empleados públicos de todas las otras profesiones y especialidades. Esta guerra de desgaste y sabotaje contra la nación venezolana, como todos sabemos, ha fracasado en buena parte. La Coordinadora, llamada «democrática», no obstante su cuantiosa inversión y sus poderosas fuentes externas de financiamiento, simplemente no ha sabido ganarse la mente y el corazón de los venezolanos(as). «Todo lo contrario, su torpeza política le alienó incluso el apoyo político de muchos de sus antiguos seguidores».

Como respuesta al proyecto conspirativo antinacional y neocolonial de la llamada Coordinadora Democrática es necesario profundizar el proyecto bolivariano alternativo de sociedad, cultura e identidad, cuyo objetivo no es aislarnos del resto del mundo sino propiciar nuestra incorporación activa al mismo como verdaderos sujetos históricos de acuerdo con nuestro propio proyecto político y los intereses estratégicos de la nación venezolana. En este sentido, las diferentes misiones y planes activados por el Gobierno bolivariano: Robinson, Ribas, Sucre, Ayacucho, Barrio dentro, Mercal, Avispa..., representan un esfuerzo por crear una nueva racionalidad para la gestión del capital social venezolano orientada por las exigencias de un cambio revolucionario cualitativo, el cual no es posible llevar a cabo utilizando la vieja burocracia heredada de la Cuarta. A tales fines es necesario y conveniente aprovechar las posibilidades existentes en una sociedad móvil y políticamente pluralista como la venezolana, para profundizar el proceso de su transformación. Para ello es imprescindible mantener permanentemente una política cooperativa de experimentación y movilización constante, la cual permitirá explotar a fondo las experiencias y las fuerzas de una situación determinada, en lugar de pasar de largo frente a la misma hasta llegar a la consolidación de una nueva institucionalidad social.

Es necesario igualmente, que la sociedad venezolana, en su conjunto, se desarrolle y alcance su mayoría de edad creando los medios institucionales para la mayor incorporación de los ciudadanos(as) a la responsabilidad política. Lograr estos objetivos significaría alcanzar la descolonización de manera pacífica mediante la agenda del cambio y la consolidación de un nuevo concepto de ciudadanía.

Crear las bases del cambio cualitativo

Si, como dijimos al inicio, la Historia es la actividad de la sociedad persiguiendo sus propios fines y nada permanece constante en la naturaleza, la creación de una nueva forma de ciudadanía sería el basamento del cambio cualitativo revolucionario de la sociedad venezolana. Como demuestra la fallida experiencia de la Cuarta, no basta con elecciones ni con una organización político administrativa para construir una nueva ciudadanía verdaderamente democrática. La llamada «sociedad civil» de los liberales o neoliberales tiene como fin aglutinar individuos orientados a defender la propiedad privada y aumentar el acceso a los recursos públicos, propiciando la exclusión de los sectores populares (Víctor Abreu [s/a]: *La tradición liberal: individuo soberano y desigualdad*). Puesto que la sociedad civil es el espacio entre la esfera pública y el resto de la sociedad, dinamizado por el mercado, la creación de un nuevo concepto de ciudadanía no debe suponer una ampliación numérica de la ya existente «sociedad civil» sino su transformación, la cual debe consistir en la incorporación efectiva de «nuevos ciudadanos» en el sentido que se plantea más adelante.

Para que todo lo anterior ocurra, la agenda social bolivariana debe:

- 1 Garantizar la creación de las condiciones básicas para la vida: salud, vivienda, trabajo y educación.
- 2 Reformar todos los procesos de socialización. Ello se logra creando y estimulando nuevas redes de socialización, sobre todo las familiares y vecinales, tanto espontáneas (muchas de las cuales ya han comenzado a aparecer) como institucionalizadas. Tales redes deben estar signadas por la solidaridad social. Este proceso transformador se logra fundamentalmente a través de un cambio radical en el sistema educativo.

- 3 Crear nuevos ciudadanos, nuevos en la medida en que se plantean: el logro y la defensa de nuevos derechos; el reconocimiento de que los derechos individuales están subsumidos en los derechos colectivos y, el establecimiento constante de nuevas metas colectivas. Para ello es necesario que la agenda social comience por dotarlos de algo que defender y el marco institucional correspondiente.
- 4 Crear nuevas formas de organización de los sectores populares que estimulen el cooperativismo y la solidaridad. Deben ser aupadas las formas autogestadas de organización, algunas ya emergentes, dando a conocer al colectivo, así mismo, «las formas autogestadas por el pueblo venezolano de organización a lo largo de su historia». Ello permitiría la transformación de las conocidas hasta ahora, probadamente ineficaces para lograr la construcción social de la solidaridad y participación.
- 5 Estimular la conciencia política mediante la creación de espacios de discusión y reflexión de forma tal de propiciar la comprensión de que la participación y el protagonismo ciudadanos no se decretan sino que se construyen socialmente.
- 6 Crear elementos para la gestación de una nueva identidad social con el fin de propiciar identificaciones nacionalistas. Ello parte de la consideración de la cultura nacional como una síntesis peculiar de las experiencias históricas compartidas por todos los factores socioétnicos, de sus hazañas colectivas y memorables, de sus grandes luchas comunes, de los resultados y la memoria de esas luchas prácticas: la herencia histórica. La agenda social bolivariana debe usar la cultura y la historia venezolanas para propiciar una identidad social con un nuevo contenido, el cual podemos sintetizar de la siguiente manera:

- a) reconoce la pluralidad de grupos étnicos que integran la nación, actualmente problematizados por causas que no son sólo culturales. Impedir que continúen las prácticas que estimulan la exclusión de tales grupos por razones racistas. Ello incluye reconocer, sin condescendencias hacia algunos de ellos, los aportes de los tres factores étnicos en la creación de la nación;
- b) resolver el problema de la baja autoestima al promover en los ciudadanos —vía museos de historia nacional, regional o municipal— una reflexión crítica sobre los valores positivos de la historia y de la cultura nacionales, base de una conciencia solidaria, con el fin de estimular su lealtad y participación en la reconstrucción de la nación (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*);
- c) Estimular las llamadas Bellas Artes, las Artes Populares, las Artesanías y el Deporte para que se conviertan en mecanismos para reforzar en los individuos su capacidad para percibirse y expresarse como miembros de la sociedad nacional y de la sociedad global en su conjunto;
- d) utilizar la ideología bolivariana como elemento unificador de la cultura nacional que es, por tanto, el fundamento de la nación;
- e) utilizar la ideología bolivariana como elemento unificado de la integración latinoamericana, para que se cumpla aquello de «la América toda existe en nación...».

En términos prácticos la agenda social debería contemplar, según nuestro análisis, la creación de estructuras paralelas al aparato burocrático del Estado. Los diferentes planes y las misiones han supuesto una promoción y una coordinación entre distintos entes que forman parte de las instituciones integrantes del Gobierno (nacional y regional), pero dentro de una estructura

de poder ágil y descentralizado. Sin embargo, es necesario que el aparato burocrático estatal sea modificado en concordancia con la participación y el protagonismo popular que logre la Agenda Social; la incoherencia que existe actualmente entre la burocracia y la participación ciudadana dificulta toda posibilidad de escogencia, aumenta la exclusión, estimula el irrespeto y la agresión individual como norma en la vida cotidiana, y actúa, así mismo, como un freno para la convivencia pacífica y solidaria. Pensamos, no obstante, que la Agenda Social debería tener como objetivo, en una fase ulterior, que sus resultados permitan la reversión de todos estos males mediante la gestión de una nueva institucionalidad democrática.

Enero, 2004

XII

MISIÓN: AUTOESTIMA

Si queremos transformar a Venezuela de la nación que es actualmente —neocolonial, distorsionada por profundas desigualdades sociales y económicas— en una nación verdaderamente democrática, soberana y alternativa, es necesario que ésta se defina, con preferencia, en torno a los objetivos internos de la integración política, económica y cultural de su población. La consolidación de la igualdad y la integración social, del consenso popular y de la democracia integral es la única perspectiva realista a largo plazo en la que puede darse la lucha nacional con perspectivas de triunfo. Para que dicha lucha fructifique es vital que el Estado nacional moderno venezolano, como ya se ha comenzado a hacer, cree nuevas políticas e ideologías que logren aglutinar a los individuos para dar respuesta a los graves y acuciantes problemas sociales que confrontamos, especialmente porque en países como el nuestro, donde abundan enormes riquezas naturales, carecemos por lo general de ciudadanos con autoestima y con un claro sentido de pertenencia a la nación venezolana.

A raíz, y en parte como consecuencia de los procesos colonial y neocolonial a los cuales hemos estado sometidos hasta ahora los venezolanos(as), tendemos a autopercebirnos como individuos con un fuerte sentimiento de inferioridad, hemos tendido a magnificar la importancia de los grupos externos, hemos justificado la dominación de ciertos sectores sobre otros, hemos tendido a aceptar como inevitable y necesaria la dominación de los países del Primer Mundo, hemos vivido dentro de la incoherencia sin estar conscientes de ella, hemos aceptado como modelo positivo el que proviene del «otro» dominante, nuestras conductas han seguido el patrón de la influencia dominante, y hemos culpado a los indios y a los negros de ser los factores étnico-sociales que han

determinado el hecho de que poseamos los rasgos sociales y culturales más negativos.

Todo lo anterior implica que los venezolanos(as) hemos poseído una imagen positiva del dominante bajo una forma ideal e inaccesible, realizando una comparación asimétrica que reitera los aspectos negativos, lo cual nos ha conducido a subvaloraciones, autonegación y afirmaciones del otro. Ello quiere decir que hemos poseído hasta ahora todas las características que configuran lo que los expertos denominan una identidad social negativa (Maritza Montero, 1994: «*Latin American Social Identity*», *Multiculturalism and the State*).

Clases sociales y autoestima

Por otra parte, nuestras autopercepciones se han visto mediadas por la pertenencia que tenemos como individuos a determinadas clases sociales. La condición de minusvalía de las clases populares venezolanas, por ejemplo, que se ha visto reforzada y se ha reproducido siempre de manera creciente en la misma medida en que se ha enraizado la pobreza y, desde hace dos décadas, la pobreza extrema en la cual viven determinados sectores de tales clases, ha propiciado una determinada autopercepción «muy negativa» entre los integrantes de dichas clases y, por otra parte, «una percepción similar de los pobres por los miembros de las otras clases más favorecidas». La pereza, la indolencia, la falta de motivación y creatividad, la violencia, la crueldad y la superstición, características atribuidas a los sectores populares, son vistas como taras atávicas de dichos sectores por parte de los miembros de las otras clases sociales (Maritza Montero, 1994: «*Latin América Social Identity*», *Multiculturalism and the Estate*), sin tomar en consideración que los comportamientos negativos de las clases populares, cualesquiera que éstos sean, son consecuencia directa de la condición de pobreza y alienación en la sociedad en la cual estamos. Por ello, tales, individuos son satanizados estereotipados negativamente, dominados por ciertos sectores de la clase media

y la clase alta venezolana con apelativos degradantes (monos, tie-rrúos, hordas y demás).

Todo lo anterior ha contribuido a condicionar la forma como operan los mecanismos de inclusión-exclusión social característicos de toda sociedad, especialmente en una tan desigual e injusta como la nuestra. Esos mecanismos, que son los que permiten el surgimiento de las lealtades y de la integración social en relación al otro, han actuado perversamente a favor de la exclusión social de las mayorías pobres. De esa manera, los miembros de las clases medias altas y altas venezolanas, por ejemplo, se han considerado generalmente a sí mismos «como un grupo mesiánico en cuyas manos reposa el futuro de la nación venezolana», como «los verdaderos ciudadanos», como los únicos posibles integrantes de la «sociedad civil» cuyo papel es ser mediadora entre la sociedad toda y el Estado. Los sectores populares resienten esa exclusión y estereotipan a su vez —también para excluir— a los miembros de esas clases como si todos fuesen sus constantes enemigos, considerándolos como «ricos insensibles», y los denominan con apelativos como «sifrinos», «niños de papá y mamá» y «explotadores» (amén de los términos «escuálidos» y «oligarcas» acuñados por el presidente Chávez) (Mario Sanoja e Iraida Vargas, 2003: «el origen de monos y escuálidos», *Question*, N° 16).

En la actualidad, la autopercepción que tenemos los venezolanos(as) de nosotros mismos se concreta en general en el manejo de las siguientes características: Flojos, Hospitalarios, Inteligentes, No explotadores, Impulsivos, Manirroto, Alegres, Irresponsables, Violentos y Pasivos (Maritza Montero, 1994: «Latin American Social Identity», *Multiculturalism and the State*).

Es quizá todo lo anterior lo que conduce, en gran medida, a que los integrantes de las élites, de gran parte de la clase alta y de la clase media alta conciban las clases populares venezolanas que no producen, como merecedoras de condescendencia, alimentando la idea de que son mantenidas, aunque sea lo contrario. En este sentido, es frecuente oír y leer afirmaciones acerca de que los miembros de las clases populares venezolanas «no producen,

no son verdaderamente productivos sino que son parasitarios del resto de la sociedad nacional», no obstante que ningún miembro de las clases dominantes es obrero(a), operario(a) de una fábrica, campesino(a) y demás (Iraida Vargas Arenas, 2002: «Identidad y resistencia cultural», *Question*, N° 6).

La mayoría de los integrantes de las clases medias alta y alta manejan autovaloraciones que se resumen en la consideración de que son ellos los que «verdaderamente trabajan y son los que cancelan los impuestos» (esto es falaz), mientras que «los monos ni trabajan ni pagan impuestos». El hecho de que los habitantes de las barriadas populares carezcan en su mayoría de cédulas de identidad, lo cual los coloca al margen de ciertos procesos políticos formales como las elecciones, con poco o nulo acceso a empleos con remuneraciones decentes, a los servicios educativos y de salud; el que tengan que conectarse con los cables matrices que surten a los sectores medios y altos de las ciudades para obtener la luz eléctrica porque no pueden pagar el servicio; el que tengan que recolectar el agua en las pilas existentes al pie de los cerros o en la periferia de las barriadas donde viven, recorriendo a veces distancias considerables y/o abruptas, y el que tengan que «bajar de los cerros» para cargar una simple lata de agua y depositar la basura en recipientes alejados de sus viviendas, por lo cual tienden a lanzar los desperdicios domésticos en quebradas y laderas, no merece ninguna consideración y es visto como evidencia del carácter subhumano de la población pobre. No se toma en cuenta que la carencia de agua corriente y potable, de servicios de excretas, de recolección periódica de la basura se debe a que viven en zonas agrestes y de difícil acceso, secularmente olvidadas. Pero vivir en esas zonas no es ni su culpa ni su preferencia: es consecuencia de la exclusión que durante décadas y siglos ha generado la desigualdad del sistema social venezolano imperante hasta ahora.

Según esa ideología que predomina en las clases media y alta, los llamados «monos» no tienen en realidad derecho a servicios, pues no son vistos como verdaderos ciudadanos, como verdaderos miembros de la sociedad nacional. El que se vistan con

ropas humildes y muestren por lo general la piel más oscura que el promedio, el que no tengan un trabajo bien remunerado así como una vivienda estable y decente y vivan en ranchos precarios, el que pasen horas interminables en hospitales para ser atendidos, el que tenga que estar horas y horas en colas esperando por un insuficiente servicio de transporte colectivo, el que vivan a horas de distancia de sus puestos de trabajo y otras condiciones similares es visto por la mayoría de esas clases media y alta como una condición «natural» del orden social mundial. La inversión social que realiza actualmente el Gobierno nacional para mejorar la vida de los pobres generando mejores condiciones para su reproducción social, única garantía de lograr una paz social fundamental para la vida democrática, es considerada por los ideólogos de las clases media y alta con la denominación despectiva de «populismo». No sucede lo mismo con los multimillonarios créditos a fondo perdido concedidos a los empresarios venezolanos por los gobiernos la IV República, o los préstamos que aquéllos hicieron a la banca extranjera injustamente consolidados en la deuda externa venezolana, dineros que fueron a engrosar sus cuentas cifradas particulares en los paraísos fiscales de Suiza, Miami y Gran Caimán, entre otros.

Identidad social negativa y condición colonial

El surgimiento del Estado nacional, luego de superar nuestra primera condición colonial, fue el momento cuando se expresó con mayor fuerza en la población venezolana una identidad social negativa. La implantación del régimen colonial implicó para los venezolanos(as) originarios(as) la transformación de todo el mundo de los individuos, tal como lo conocían y concebían hasta entonces; supuso un cambio profundo del mundo físico creándose ciudades y pueblos donde antes hubo aldeas o espacios territoriales libres para practicar la caza y la pesca. Sin embargo, lo fundamental de ese proceso es el cambio que se operó en las relaciones sociales colectivas y en las

personales, pues desaparecieron las relaciones cara-a-cara al transformarse las maneras cotidianas de vivir: se modificaron las viviendas que hasta entonces servían para alojar a familias extensas para dar servicio a una forma de vida familiar nuclear más intensa, con lo cual se dio una virtual contracción de las casas dentro de sí mismas. Cada persona de la unidad familiar comenzó a tener su propio plato para consumir su porción de alimento, al mismo tiempo que cada individuo se sentaba en un lugar separado y probablemente designado; comenzó, en suma, el proceso de creación de los espacios sociales individuales. Todo ello señala un cambio drástico que expresa una separación entre los individuos miembros de cada familia. En contraste con el consumo comunal que había existido hasta entonces, con la idea prevaleciente hasta ese momento del compartir comunalmente la vida, la Colonia aumentó la distancia entre las personas como resultado de la existencia de un nuevo orden y de una nueva visión del mundo. La condición colonial propició la situación de lo colectivo por lo individual, generó una tendencia hacia la búsqueda del anonimato, fracturando formas ancestrales de solidaridad. Simultáneamente, convencieron a todos(as) los individuos de su «incapacidad» para el logro colectivo. Siendo los indios, mestizos y negros los derrotados mediante la conquista y la imposición del régimen colonial, teniendo costumbres y hábitos incompatibles con los impuestos por la minoría europea, fueron concebidos (lo cual se les reiteraba continuamente de diversas maneras) como fracasados, incapaces, salvajes y subhumanos.

La agenda social y la autoestima

Cualquier proceso de cambio de las actuales condiciones de desigualdad social que fueron generadas en Venezuela a partir de la Colonia y remachadas por la neocolonia debe comenzar por transformar cualitativamente su población. No es posible revertir la alienación, el neocoloniaje, las condiciones propician

la producción y reproducción de la pobreza con individuos convencidos de que son seres inferiores, perezosos, violentos y demás características antes señaladas; tampoco es posible lograrlo si importantes sectores de la sociedad nacional creen que la exclusión de las mayorías está justificada debido a que culpabilizan a esa misma mayoría de ser los causantes de su propia desgracia: la pobreza.

Y es precisamente esto lo que, dentro del proceso de cambio histórico que vive actualmente Venezuela, pretende resolver la llamada Agenda Social del gobierno del presidente Chávez. Las distintas misiones que ha puesto en marcha el Gobierno: Bolívar 2000, Ribas, Sucre, Miranda, Robinson, Barrio Adentro, Mercal, Pesa, el plan de cooperativas agroindustriales y el fortalecimiento del deporte apuntan hacia dos objetivos centrales: por una parte, propiciar la solución de problemas estructurales ligados a la pobreza como la seguridad alimentaria, las polica-rencias alimenticias, el analfabetismo, la deserción escolar, el retraso o la ignorancia en la creación y el manejo de tecnologías nuevas o «viejas» y demás, y por la otra, al potenciar las capacidades creativas de la población proveyéndola de los recursos instrumentales necesarios se estima aumentar la motivación al logro y también generar una autovaloración positiva. Los efectos de la aplicación de tal agenda social se espera que sirvan —y de alguna manera ya lo son— para aumentar la autoestima de los ciudadanos, con lo cual se lograría minimizar el impacto de los mecanismos de exclusión social, crear y fortalecer redes de solidaridad social, fundamentalmente dentro de las clases pero también entre ellas, todo lo cual sólo es posible cuando toda la población tenga un acceso aproximadamente similar a los instrumentos educativos y a una buena calidad básica de vida.

Al crear una ideología basada en el manejo y la internalización de determinados contenidos de la historia nacional (todos ellos positivos, orientados a la aceptación de normas de conductas colectivas consideradas como necesarias para el proyecto democrático de la V República), la Agenda Social gubernamental

intenta propiciar la gestación de procesos de identificación social positivos dentro de la población toda. Esa ideología es la Ideología Bolivariana, fundamentada en una noción de patria latinoamericana, y por lo tanto integracionista, que se basa en el respeto a la diferencia de cada nación pero que exalta al mismo tiempo la calidad de los procesos históricos y culturales similares existentes entre los pueblos latinoamericanos.

Todo lo anterior es posible gracias al papel que juega el pasado y la Historia en la forja de procesos de identificación social. Efectivamente, el pasado constituye una de las piedras angulares de las imágenes que nos formamos del mundo en el cual vivimos. El pasado es siempre usado para darle sentido al presente; ha servido y sirve a los grupos sociales para legitimarse y, simultáneamente, legitimar su actuación, regida por sus intereses y metas, los cuales son siempre presentes. Todo esto determina que las interpretaciones de la Historia sean también cruciales para que las ideologías puedan justificar, fortalecer y mantener una cierta identidad social ya que los grupos sociales delinean su identidad interpretando su pasado. Esa identidad, así como los valores sociales que garantizan su reproducción, se propicia y se defiende. Su recreación fortalece la unidad política de cualquier grupo social.

La mejor muestra del éxito que han tenido hasta ahora las misiones de la Agenda Social del actual gobierno —en lo que se refiere a autoestima y autovaloración— se refleja en dos comentarios: uno que nos hiciera, durante una conversación, una colega antropóloga, miembro de la clase media alta y habitante del sureste de Caracas; decía ella: «lo que me parece más negativo de lo que ha hecho Chávez hasta ahora, es haber alborotado a los monos; ellos ya estaban resignados a ser pobres...» el otro lo escuchamos en la televisión por parte de una mujer pobre habitante de una barriada del oeste de Caracas quien expresaba: «Chávez nos toma en cuenta, nos ha devuelto la esperanza».

La autoestima y la clase media

Para que exista una conformación equilibrada de la sociedad venezolana sería necesario proponer otras misiones destinadas a promover la autoestima de la clase media que la sitúe como un factor positivo y no conflictivo del desarrollo democrático venezolano. Los integrantes de esa clase, quizás más que los de ninguna otra, magnifican la importancia de los grupos externos y tienden a aceptar como inevitable y necesario el que seamos dominados por los países del Primer Mundo, particularmente por Estados Unidos. Esas misiones deberían tener como finalidad estimular una visión tolerante y amistosa de sí mismo y de los otros, una empatía positiva y sincera de los miembros de clase media con su propia sociedad, con toda ella, con su historia, con los objetivos para el bien común que todos los venezolanos(as) debemos extremarnos por alcanzar. Lamentablemente, por acción de los partidos políticos de derecha, las asociaciones de vecinos y hasta las juntas de condominio se han transformado en medios para estimular, irracionalmente, la exclusión y el odio hacia la otredad (Gunder Frank, 1979: *Capitalism and Underdevelopment*), explotando salvajemente la profunda frustración social que genera en sus habitantes el surgimiento del fascismo, del racismo y la violencia.

Los miembros de la clase media y alta somos sujetos de una salvaje explotación y de un chantaje permanente por parte de los supermercados, de las clínicas privadas, de los colegios privados, de las compañías de seguro; tenemos que pagar compañías privadas para garantizar nuestra seguridad personal, nuestros alcaldes no gobiernan ni para nosotros ni para los pobres y, encima, los partidos políticos de derecha nos asustan con supuestas amenazas de invasión de nuestras urbanizaciones por parte de los «monos» para vendernos bien caro equipos de seguridad, rejas metálicas, armas de fuego, asesorías paramilitares, *walkie-talkies*, banderas, uniformes tricolores, medicinas y agua para los futuros combatientes, etcétera., sin hablar de los trastornos de conducta inducidos por la campaña mediática, los cacerolazos, las instrucciones

por megáfono y la intimidación física constante por parte de los «escuadristas» o «fachos» de la ultraderecha. Habría que pensar, seriamente, en un programa de desarrollo cultural sustentable para los barrios de clase media, complemento obligado para lograr una sociedad que sea verdaderamente justa y democrática para todos los venezolanos(as)

Diciembre, 2003

XIII

LA TEORÍA NEOLIBERAL Y SU PRAXIS CRIOLLA

El neoliberalismo en América Latina se mueve entre las aguas agitadas por el flujo y el reflujo que provocan sus estrepitosos fracasos. La gran falla teórica de los ideólogos neoliberales reside en haber tergiversado las lecciones que debieron haber aprendido sobre la historia del primer mundo, las cuales indican a cualquier científico social que el neoliberalismo se corresponde con un desarrollo del capitalismo europeo que dependió, en gran medida, de las determinaciones internas propias; sus conclusiones no son aplicables mecánicamente a otras sociedades y regiones cuyo desarrollo parte de otros fundamentos culturales, históricos y sociales.

Historiadores del capitalismo como Braudel (Ferdinand Braudel, 1992-II: *The Wheels of Commerce: Civilisation and Capitalism, 15th-18th Century*) han mostrado que las tendencias del capitalismo originario o nuclear son muy distintas a las del capitalismo periférico, particularmente el que fue inducido en América Latina por la vía del proceso colonial que se inició a partir de 1492. La creación de una economía de mercado es una condición necesaria pero no suficiente para la formación del proceso capitalista. El capitalismo originario pudo surgir y prosperar en el siglo XVI en sociedades como las de Europa occidental que —sin tener la menor conciencia del proceso que estaban poniendo en movimiento— habían creado previamente las condiciones favorables para ello, entre otras, una economía de mercado en expansión, un proceso continuado de acumulación de capitales y el comercio a larga distancia.

Mientras en el primer mundo, a partir de la alta Edad Media, comenzaba el decaimiento de la economía feudal y tomaban auge los procesos de acumulación dineraria vía el desarrollo del comercio y las artesanías, las antiguas sociedades originarias de América Latina vivían bajo un milenarismo sistema no capitalista, distributivo,

donde coexistían los imperios y las sociedades clasistas con las de estructura de linajes o con las comunitarias, aldeanas e igualitarias. La expansión colonial del capitalismo mercantil fue lo que determinó la imposición y la estabilización del mismo en esta vasta realidad social no capitalista de América Latina. Por estas razones la expansión colonial del capitalismo mercantil no generó una nueva formación socioeconómica homogénea, ni tampoco formas sociopolíticas totalmente equivalentes en todas las antiguas regiones geohistóricas americanas.

El grado de estabilización de las formas mercantilistas inducidas estuvo vinculado al nivel de desarrollo sociohistórico que habían alcanzado las diferentes sociedades originarias (Iraida Vargas Arenas: *Arqueología, ciencia y sociedad*). Es por ello que la reproducción de modelo político de la monarquía española fue sólo posible en aquellas regiones que habían sido asiento de grandes imperios o sociedades originarias ya de sí estratificadas y complejas: el virreinato de México, apoyado sobre las bases del imperio Mexica, los virreinos del Perú y de La Plata, fundamentados sobre las bases sociales y políticas del antiguo imperio Inca y el de la Nueva Granada, basados en la compleja organización sociopolítica que caracterizó a los Muisca y Chibcha. En la periferia de aquellas zonas el imperio español tuvo que recurrir a la implantación de unidades sociopolíticas que se adecuaban al carácter igualitario o jerárquico de las sociedades indígenas repitiendo, de cierta manera la antigua relación centro-periferia de la América precolonial.

Al más alto nivel, el Estado colonial burocrático impuesto por España tenía una autoridad universal total e incontestable sobre los súbditos y los bienes del territorio colonial (s.f. Einsenstadt, 1993: *The Political Systems of Empires*). Existía propiedad privada de la tierra pero el Estado imperial retenía la capacidad de revocar dicha posesión. En un sistema como ése, la acumulación de capitales sólo podría ser alcanzada por el aparato del Estado y, dentro del mismo, con el apoyo del Estado. Existía una burguesía integrada básicamente por terratenientes y comerciantes dentro de una especie de capitalismo «colonial» o periférico, situación que

con diferentes actores se ha proyectado hasta la época actual. Según Stern (Steve Stern, 1986: *Feudalism, Capitalism and the World System in the perspective of Latin America and the Caribbean*)

...la economía colonial latinoamericana, aunque parte de un sistema económico europeo en transición hacia el capitalismo, se guiaba por principios de evolución económica cualitativamente diferentes a los asociados con el modo de producción capitalista.

Desmantelar las organizaciones sociales y las culturas milenarias de las sociedades originarias latinoamericanas fue una tarea que no pudieron completar las instituciones del imperio colonial español, particularmente la Iglesia Católica. Muchas de las sociedades sincréticas resultantes del proceso colonial siguieron viviendo la continuidad de sus tiempos históricos dentro de sistemas y formas socioeconómicas alternativas, resistentes a los cambios inducidos desde el exterior. En el caso venezolano, la mayoría de la población de las provincias coloniales y nacionales era negra, mulata, zamba o indígena la cual — como bien lo dijo Simón Bolívar — no se consideraba descendiente de españoles, griegos o romanos. Sometida a una intensa explotación por el mercantilismo colonial y el neocolonial, transformada su fuerza de trabajo en una mercancía, conservó intacta muchas de sus estructuras sociales, en las cuales se afincaron sus formas de resistencia cultural.

El desarrollo mercantil de la economía colonial se fundamentó en la creación de enclaves monoproduktivos dominados por el sistema de plantaciones que permitió concentrar la acumulación de tecnología y de capitales para producir bienes de consumo (café, cacao, melazas, tabaco, etcétera) cuya distribución era negociada finalmente a través de las bolsas de comercio de Amsterdam, Londres, París y otras de su género (Ferdinand Braudel, 1992-II, op. cit.). El sistema de plantaciones utilizaba fundamentalmente mano de obra esclava lo que, en términos del neoliberalismo actual, equivaldría a las maquilas del Tercer Mundo destinadas al ensamblaje de bienes de consumo masivo utilizando mano de obra nativa

subpagada y explotada, neoesclavizada en términos neoliberales, formas socioeconómicas características del «moderno capitalismo periférico». Fuera de las plantaciones, la mayoría campesina de la población venezolana siguió viviendo y practicando formas culturales y formas económicas que representaban procesos alternativos al capitalismo mercantil imperante. Muchos pensadores marxistas de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado cuestionaban esta interpretación de los llamados sistemas sociales duales pues contrariaba la ortodoxia teórica de los modos de producción imperantes en la época (Mario Sanoja e Iraida Vargas Arenas: *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*) pero la realidad diferencial de la historia de las sociedades latinoamericanas señalaba la necesidad de desarrollar una teoría específica de las formaciones y modos de producción americanos y venezolanos en particular (Samir Amin, 1997-1998: *Capitalismo, imperialismo, mundialización*).

La inducción del capitalismo en América Latina encontró y encuentra un formidable escollo: los latinoamericanos no somos europeos ni norteamericanos, obviedad que reconoció alguna vez un sonado dirigente de Acción Democrática al decir: «no somos suizos». Ignorar esta obviedad ha llevado al capitalismo vernáculo venezolano a cometer graves errores históricos que culminaron con la pérdida de las «Joyas de la Corona», Pdvsa, gracias —felizmente— no sólo a la ignorancia histórica sino también a la arrogancia supina de Juan Fernández y Carlos Fernández, y de su instrumento sindical, Carlos Ortega. Otro error garrafal del mismo tipo, más cercano en el tiempo, está ejemplificado por el reciente fracaso de los planes neoliberales en Bolivia.

En Venezuela el error histórico de las oligarquías políticas y económicas fue promover el carácter excluyente del proyecto político neocolonial y de su versión moderna de la IV República, ya que contribuyó a profundizar la singularidad sociocultural de los tiempos históricos tanto de las clases populares como de las clases media y la clase alta, estableciendo entre ellos serias rupturas culturales, sociales, económicas e ideológicas. El triunfo del proyecto

bolivariano se debe, en buena parte, a su carácter reivindicatorio de las diversas formas socioculturales originarias de la nacionalidad venezolana, nucleadas en torno a la ideología unificadora del pensamiento bolivariano y, por otra parte, a su capacidad de empoderar y desarrollar los diversos sectores de la sociedad venezolana estimulando sus fuerzas positivas, canalizando sus esperanzas en tanto que colectivos organizados, rompiendo el estereotipo social individualista y egoísta impulsado por el proyecto neoliberal de la IV.

La praxis neoliberal vernácula

Desconociendo la existencia de aquella realidad histórica de la sociedad venezolana, los nobles actores venezolanos asimilaron la lección del liberalismo como un movimiento de limitación de la política por parte de la misma sociedad a los fines de disociar el poder y el cuerpo social en ámbitos supuestamente políticos, y la constitución de formas corporativas intermedias denominadas «sociedad civil». Dentro de esta misma concepción, el Estado (léase Chávez) es satanizado por tratar de traducir las ideas y los intereses de la mayoría de la población en imperativos para todo el cuerpo social, lo cual lo convierte (a Chávez) en perverso y virtualmente totalitario así como ineficaz para comprender y administrar la diversidad de la sociedad venezolana. Ello remite al neoliberalismo vernáculo como una voluntad de liberar a la sociedad venezolana de la tiranía de un poder que no es inmanente a ella y de constituir una sociedad políticamente autónoma. Es éste el objetivo que trata de lograr la campaña mediática de las «cuatro jineteras», alternando la mente de los ciudadanos para inducirles una imagen absurdamente disociada de la realidad concreta: un Estado nacional donde Chávez es un gobernante ilegítimo y ellos, «escuálidos», los únicos ciudadanos con capacidad para tomar decisiones políticas. Esta imagen constituye una realidad alienada, un país virtual donde ellos son, al mismo tiempo, el poder, el Gobierno y también la mayoría. Es ésta la voluntad que se trató de imponer vía el golpe de Estado fascista del 11 de abril, el sabotaje económico y el intento de destrucción del Estado

nacional perpetrado por aquellos famosos «Tres Caballeros» con el apoyo de los gobiernos de España, de Estados Unidos y —dicen los chismes— también de Colombia.

El liberalismo y el neoliberalismo estructural el campo político en función de una doctrina de seguridad nacional que preserva la integridad del campo de las relaciones económicas. Cualquier intento de modificar las norma de esta integridad son contestadas con la violencia, como se observa en el golpe chileno y el asesinato del presidente Allende, el Plan Cóndor y el golpe de Estado de Venezuela que se inicia formalmente el 11 de abril de 2002 y culmina fracasando en febrero de 2003. De manera concomitante se minimiza el vínculo político, reduciendo la sociedad a un conjunto de individuos y donde las relaciones no son ni sociales ni políticas, sino sólo económicas. En este sentido el neoliberalismo es antidemocrático porque se opone al concepto de soberanía popular y al Estado construido sobre una teoría de la deliberación política, participativa y democrática. Por ello, como hemos visto, oído y padecido en Venezuela, la praxis del neoliberalismo vernáculo es opuesta en realidad a las defensas de las libertades individuales, a los derechos humanos y a la soberanía popular, promoviendo la construcción de un orden político fundamentado en la supresión de la democracia. La experiencia de la dictadura chilena, el proyecto dictatorial de Carmona «El Breve» y las amenazas dictatoriales que promueve Carlos Andrés Pérez rigurosamente resguardado entre las pretinas y las braguetas de sus protectores(as) dominicanos(as) y cubano-americanos(as) son expresión de la praxis del neoliberalismo vernáculo.

Los teóricos neoliberales de la «sociedad civil» aceptan la existencia del Estado pero como un ente cuya actividad política se reduce a ser simplemente gestor. Este era el objetivo del golpe del 11 de abril y de su fase final entre diciembre de 2002 y enero de 2003: fundar un Estado corporativo gestionado por Fedecámaras y la CTV, o más bien un Estado corporativo gestionado por la antigua meritocracia de Pdvsa, Fedecámaras y la CTV con el soporte del alto mando militar traidor a la patria y las empresas transnacionales.

Un gobierno surgido en estas circunstancias habría tenido, como proyecto ideológico, que desestructurar la sociedad venezolana de una manera radical para implantar un nuevo bloque de poder representado por una alianza entre la nueva derecha, el empresariado golpista y sectas ultraconservadoras como el *Opus Dei*.

A diferencia de lo ocurrido en Chile, es posible que la praxis vernácula neoliberal no hubiese llegado a cambiar una formación socioeconómica sólida como la venezolana. El sector golpista del empresariado, fuerza necesaria para consolidar un Estado neoliberal criollo, acostumbrado a esconderse y protegerse tras las regulaciones y privilegios concedidos por el Estado venezolano, no hubiese sido capaz —como no lo ha sido hasta ahora— de producir riqueza, sino de maximizar su renta. Los intelectuales orgánicos que asesoran a la derecha golpista empresarial no han logrado vencerla todavía de abandonar la percepción colonial de lo que ha sido hasta hoy día su papel político: maximizar la renta y exportar capitales hacia los bancos de la metrópoli imperial.

Los desbordamientos populares ocurridos en los últimos cinco años en Venezuela, Argentina, Brasil y Bolivia deberían servir para que la así llamada oposición venezolana abra bien los ojos y descubra el engaño al cual ha estado sometida por la incompreensión histórica, casi ingenua, de sus intelectuales orgánicos. En el supuesto negado de que el combo de plutócratas de Fedecámaras, comandado por Carmona «El breve», y los ex meritócratas de Pdvsa hubiese triunfado, el empobrecimiento de los pequeños empresarios, de la misma banda CTV, de la clase media y, en general, de toda la sociedad venezolana sometida a una verdadera y feroz dictadura fascista, tal como estaba sucediendo en Bolivia, hubiese sido fulminante requisito básico para la creación del enclave plutocrático neoliberal y la exclusión de todos los ciudadanos e instituciones que sobramos y somos prescindibles para su éxito económico, propiciando una espiral de estancamiento que fatalmente habría agravado la desigualdad social y económica (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*).

¿Qué debe hacer una oposición democrática?

¿Qué debería hacer una verdadera oposición venezolana? Reflexionar que no necesariamente tienen que odiar o amar a Chávez sino analizar con sensatez los componentes de su agenda social, de su programa político y económico, y dejar de creer que se trata de un programa comunista puesto que el comunismo ya no existe como tal ni siquiera en la República Popular China. Del actual proceso de cambio venezolano o «chavismo» podríamos singularizar varias proposiciones que servirían de fundamento para la reflexión:

- El neoliberalismo ha tenido éxito solamente en aquellas sociedades donde el Estado intervino para apuntalar el proceso de acumulación de capitales, vía la constitución de empresas nacionalizadas. Sólo una vez —como ocurrió en Francia— que la sociedad en su conjunto ha alcanzado un alto nivel de productividad y rentabilidad, y logrado bajos niveles de desigualdad social y económica, es posible comenzar a privatizar empresas y servicios del Estado, exceptuando la seguridad social. Es preciso entender que el desarrollo económico no se logra de la noche a la mañana, imitando mecánicamente modelos foráneos. Desarrollar en la población la capacidad de crear riqueza, tiene más importancia que la riqueza en sí.
- Es imprescindible desarrollar las fuerzas productivas internas, el desarrollo endógeno, a los fines de conformar un mercado interno sólido. Reducir la pobreza, la desigualdad social y económica, aumentar los ingresos reales de toda la población, así como la formación de un mercado para el consumo masivo de bienes y servicios, lo cual a su vez condiciona el crecimiento de la productividad, la rentabilidad del capital y del mismo proceso de acumulación de capitales. En el programa del cambio ello se expresa en el financiamiento a las formas de producción cooperativa, a las pequeñas y medianas empresas y a la gran industria

interesada en el desarrollo endógeno. Sólo donde existe un mercado doméstico en expansión es posible generar formas rentables de inversión tanto doméstica como foránea. Es imprescindible también, como lo está haciendo el Proyecto del Cambio, distribuir el ingreso nacional para estimular reformas estructurales profundas tales como la Reforma Agraria y la modernización agrícola, consolidar la seguridad alimentaria y generar una oferta agrícola que promueva el desarrollo tanto del sector cooperativista como de la industria agroalimentaria.

- Para lograr el desarrollo autosostenido es necesario proteger de manera inteligente las fuentes de producción local de forma que la nueva burguesía venezolana en germen pueda desarrollar sus fuerzas productivas tal como lo hacen los países del primer mundo. Esta protección no debe ser un medio para propiciar la ineficacia de los productores y empresarios, sino uno para promover la transformación social y política de la sociedad, que permita liberar nuestras fuerzas creativas, desarrollar las capacidades de cooperar e interactuar libre y democráticamente a todos los niveles.
- El proyecto de cambio histórico apunta también a mejorar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo: el Plan Barrio Adentro, el Plan Pesa, Mercal, la Misión Robinson, la Misión Sucre, la Misión Ribas y la Misión Miranda, el desarrollo social del deporte, entre otros apuntan a mejorar tanto la autoestima como las condiciones de vida materiales, culturales y educativas de una fuerza de trabajo que ha sido excluida sempiternamente del disfrute pleno de la existencia.
- Para que la sociedad venezolana en su conjunto llegue a ser competitiva es imprescindible un control racional del ambiente, los recursos naturales y de las tecnologías, bien sean locales o importadas. Para ello es necesario promover el desarrollo de la ciencia y la tecnología a todos los

niveles de la población, tanto de las ciencias sociales que nos ayudan a entender las condiciones históricas y sociales del cambio estructural como de las ciencias duras que son herramientas de dicho cambio.

- Es imprescindible, para tener éxito, deslastrarnos de la ideología neocolonial que legitima la sujeción de nuestro país a los centros imperiales del poder y asumir que el futuro como nación soberana lo podremos conquistar según sea el desarrollo original de nuestras propias fuerzas y capacidades.

Tenemos la posibilidad de unir esfuerzos con otros países latinoamericanos con desarrollo socioeconómico de nivel variado: Brasil, Argentina, Bolivia, Uruguay y Paraguay, con potencias desarrolladas como la República Popular China y Rusia, y de nivel medio como India. Desarrollar y transformar la sociedad venezolana supone poder reunir en una propuesta todas las variantes positivas que caracterizan la herencia histórica de nuestra sociedad (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*). Si los grupos de la oposición venezolana consideran que revocar la presidencia de Chávez es todo lo que hay que hacer para que el país cambie por arte de magia, creemos que es hora de que ellos mismos ser revoquen y dejen que esta tarea sea llevada a cabo por personas serias.

Diciembre, 2003

XIV

LA VÍA DEL CAMBIO SOCIAL

*... mi pequeña muchacha, sea valiente, levante el ánimo,
manténgase firme y no pierda la calma
¡Todo va a cambiar para bien
y no espere siempre lo peor!*

ROSA DE LUXEMBURGO, 1917
CARTA A SOPHIE LIEBKNECHT

El cambio social en el contexto internacional

En los actuales momentos, quienes inician en Suramérica un proceso de cambio histórico progresista deben estar plena y seriamente conscientes del poder letal del imperio y de la irracionalidad de sus quintas columnas en los diversos países del subcontinente que, cual terribles huestes del Señor Saurón, tratan de cubrir con su manto de tinieblas el mundo de la gente de La Luz (J.R.R. Tolkien, 2002: *El señor de los anillos*). Deben conocer, igualmente, la necesidad estratégica de contar con teorías sociales particulares que les permitan orientar la dirección y la naturaleza de los cambios a lo interno y a lo externo de cada país, apuntaladas en un conocimiento científico de la realidad sociohistórica del propio país, de los países amigos y particularmente de los enemigos.

Dentro de la hegemonía fragmentada que caracteriza la actual correlación mundial de fuerzas políticas, Brasil, Argentina y Venezuela están en vías de construir un importante polo de acumulación de capitales. En el sistema capitalista, los procesos de acumulación son generalmente excluyentes: el polo más fuerte siempre ha tratado de asimilar o destruir a cualquier otro, lo cual generó en el siglo XX dos grandes guerras mundiales, una guerra

fría y diversas guerras coloniales de intensidad variable. Aquellos tres países se necesitan mutuamente para consolidar un área de integración subregional, económica y política que les permita negociar desde una posición más fuerte con el ALCA norteamericano. La novedosa presencia de Cuba en este proceso de integración sub-regional representa la posibilidad de contar con su experiencia en el campo educativo, sanitario, cultural, tecnológico y biotecnológico, aparte de la experticia política, militar y de seguridad adquirida en la defensa de su soberanía contra la intervención norteamericana. El bloque subregional latinoamericano se abre también hacia potencias intermedias como India y Suráfrica, y grandes potencias como Rusia y China. A partir de una integración regional e internacional como la propuesta, Venezuela podrá plantear una mejor estrategia defensiva frente a la potencia imperial norteamericana y particularmente frente a la oligarquía colombiana, enemiga celosa y virulenta de una Venezuela fuerte, soberana, cuyas enormes riquezas se le escapan de sus garras. Por eso protege al infame ex dictador Carmona y financia la actividad subversiva de la Coordinadora de Oposición. Es importante para defender nuestra supervivencia como nación soberana tener también en cuenta que Estados Unidos es una potencia mundial pero no es todopoderosa. China ha pasado a ser uno de los mayores acreedores de la deuda externa norteamericana, lo cual no deja de influir en la relación política entre EE UU y China y con el bloque sub-regional latinoamericano. La invasión de Irak ha demostrado al Pentágono que, si bien pueden aniquilar militarmente cualquier país pequeño, sus ciudadanos no rinden fácilmente su soberanía ante el invasor. La actitud prepotente e inhumana hacia los países soberanos, exacerbada durante el gobierno de George Bush, ha desatado una nueva ola mundial de movimientos sociales contra su postura supremática y terrorista, contra la globalización de la democracia representativa y de organismos multilaterales que la representan tales como la OEA, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Dentro de ese cuadro internacional, en Venezuela las nuevas referencias históricas muestran la emergencia de escenarios políticos interiores *sui géneris* y letales, donde los antiguos partidos políticos del sistema puntofijista, agazapados en la llamada Coordinadora de Oposición, ya no actúan como socios o *partenaires* del poder imperial norteamericano sino como simples apéndices políticos del Departamento de Estado, franquicias del Partido Republicano de EE. UU o, en el peor de los casos, como movimientos terroristas, sicarios dirigidos directamente desde la CIA, el Pentágono y la Agencia Nacional de Seguridad, entre otros, con el apoyo táctico de los servicios de inteligencia de los aliados de Estados Unidos en Europa, el Medio Oriente y Suramérica. Considerar a dichas facciones de la llamada Coordinadora como factores democráticos del juego político venezolano sería una ingenuidad o un patético eufemismo.

Plantearse un proceso de cambio histórico revolucionario en América Latina pasa por considerar la existencia actual de diversos proyectos de cambio de signo similar en Venezuela, Brasil y Argentina, motivados y matizados por las historias particulares de cada uno de los países que tratan de unificarse en un nuevo bloque económico, político y, necesariamente, militar bloque que eventualmente podría dar paso a la formación de un sistema comunitario multinacional subregional (Iraida Vargas Arenas, 2003: «Integración y nuevos Estados», *Question*, N° 14). Esta nueva solidaridad es la que ha permitido a Argentina, Brasil y Venezuela oponerse a los *diktat* del FMI y plantar cara frente a la actitud intervencionista del gobierno Bush. Abortar la posibilidad de independencia de estos países latinoamericanos es la principal razón del imperio para imponernos la férrea dictadura del ALCA, ya que el nacimiento de ese nuevo bloque económico-político-social donde está incluido Brasil con su poderosa burguesía nacionalista es sumamente peligroso para la hegemonía que mantiene actualmente el gobierno transnacional de George Bush. No podemos evitar recordar situaciones paralelas surgidas el pasado siglo en Europa del este, con los intentos independentistas de Hungría

y Checoslovaquia que precedieron a la caída del Muro de Berlín, dirigidos por Imre Nagy y Alexander Dubcek, respectivamente, tan loados entonces por ex comunistas venezolanos hoy miembros de la franquicia imperial de la Coordinadora de Oposición. La Guerra Fría aún no ha terminado. Sólo terminará cuando caiga el otro «Muro», el de la «Vergüenza», construido con ladrillos mediáticos, financieros y militares, cimentados con una argamasa ideológica amasada con la carne, la sangre y los huesos de los patriotas asesinados en América Latina, en el Medio Oriente, en Asia y en África, así como con la de millones de niños y niñas, mujeres y hombres que han muerto y siguen muriendo cada día de hambre, de sida, de tuberculosis, de ignorancia, de violencia política y social...

El cambio social en el contexto venezolano

En las condiciones descritas, plantearse un proceso revolucionario en Venezuela requiere reflexionar sobre las condiciones materiales que ya se han logrado en el corto plazo. En la teoría revolucionaria clásica, el primer objetivo revolucionario es el control de los medios de producción. En Venezuela, la mayoría de los medios básicos de producción, con excepción de Pdvsa, habían estado siempre en manos del Estado pero al servicio de los intereses de la oligarquía burocrática-empresarial. El año 2003, al convertirse Pdvsa y CVG, entre otras, en propiedad social de los venezolanos, entramos en una nueva fase histórica donde la siembra de la riqueza, para que pueda fructificar esta nueva forma de propiedad social, necesita el surgimiento de una sociedad nueva, vale decir de nuevos colectivos humanos cuya solidez de conciencia sea la garantía del triunfo del proceso democrático y —por ende— la derrota de las políticas neocoloniales de la Coordinadora. Es pues necesario estimular entre los sectores sociales, tanto populares como de clase media, el conocimiento de su génesis histórica, de su presente, el autoconocimiento de su propia situación social como primer paso hacia la conquista

consciente del reino de la libertad (Georges Lukács, 1975: *Historia y conciencia de clase*).

El proceso de cambio en democracia que se vive en Venezuela, en particular, ha reavivado la discusión del dilema teórico reforma-revolución. Reforma — como nosotros lo entendemos — significa emprender una modificación de lo existente; en consecuencia, la reforma social en un sistema democrático participativo, como se intenta implantar en Venezuela, aludirá a la puesta en práctica de un proyecto de país a los fines de modificar los aspectos considerados perjudiciales para el progreso social, de manera de producir las condiciones materiales y sociales para los cambios revolucionarios. La revolución sería así la síntesis final de dichos cambios, concretada en la transformación profunda de la sociedad. Un proceso de reforma política de esta naturaleza sería entonces la fase transicional hacia un futuro programa progresivo de cambios estructurales, verdaderamente transformadores y, en consecuencia, revolucionarios. La reforma social, como táctica, permite salvar y corregir los errores y las deformaciones del proyecto político mientras se avanza, por otra parte, hacia un perfeccionamiento del sistema de valores éticos y sociales, la nueva conciencia social sobre la cual deberá asentarse el cambio estructural.

A diferencia de la reforma-revolución de la democracia participativa, el reformismo o el populismo de la llamada democracia representativa es simplemente una manera de congelar, de *aggiornar* los cambios históricos, de promover ante la opinión pública los cambios adjetivos como si fuesen en verdad cambios sustantivos, de querer hacer ver los cambios en la cantidad de las cosas como si fuesen cambios en su calidad. Ejemplo de ello son las aberraciones burocráticas de partidos políticos tales como Acción Democrática. Un ejemplo concreto es la falacia del progreso educativo venezolano donde se invirtió en contratar más maestros pero con bajos sueldos, se construyeron más escuelas para aumentar la matrícula escolar, pero se desnacionalizaron los programas educativos para producir ciudadanos sin conciencia histórica y social. De la misma

manera, el opuesto, el concepto de revolución, ha sido visto por la ortodoxia generalmente como un hecho súbito, casi divino, victorioso, mundial, exterminador total de la vieja sociedad, que conduce a la ruptura de los puentes que deben existir entre lo viejo y lo nuevo. Sin embargo, en una situación de revolución democrática, como lo expuso en su oportunidad el propio Lenin (Vladimir I. Lenin, 1977: *Obras escogidas*), es necesario que exista la continuidad existencial que permita la creación de nuevas condiciones y cualidades de la materialidad, de la funcionalidad social, la formación de nuevos actores sociales, facilitando la recomposición del tejido social en los diferentes órdenes: social, político, económico, ideológico.

Debemos tener presente que las grandes revoluciones sociales del siglo XX: la soviética, la china y la vietnamita se dieron en momentos cuando el bloque capitalista no contaba con los medios materiales o financieros ni el soporte político internacional para destruirlas. La Revolución cubana se produjo en el momento más tenso de la guerra fría, cuando tratar de aniquilarla militarmente habría significado la destrucción total no sólo del bloque capitalista, sino de toda la humanidad. La Revolución bolivariana, la primera del siglo XX, ha nacido como consecuencia de un largo proceso de deterioro del sistema político y de la sociedad venezolana que comenzó en 1958, en el cual se conjugaron la desnacionalización, la corrupción y la incapacidad gestonaria de los partidos políticos con la desnacionalización, la corrupción y el egoísmo antipopular de la oligarquía burocrática-empresarial.

A diferencia de aquellas revoluciones no ha habido en Venezuela una verdadera vanguardia, partido o frente político que lidere el cambio histórico que se materializa a partir de las elecciones de 1998, sino un amplio movimiento popular que surge el 27 de febrero de 1989, el cual busca la concreción de un cambio histórico hasta ahora frustrado por la oligarquía venezolana, movimiento que cooptó el de los militares nacionalistas y bolivarianos con profunda sensibilidad social surgido el 4 de febrero de 1994 y conducido por nuestro actual presidente Hugo

Chávez. Este movimiento social ha logrado conquistar buena parte del Gobierno, más no todo el poder. Con un sólido respaldo popular ha podido imponer, por la vía electoral, una nueva Constitución y un paquete de leyes que conforman la nueva legalidad bolivariana. Con el fuerte apoyo popular y el del sector constitucional del ejército ha podido, luego, vencer la ofensiva contrarrevolucionaria de la Coordinadora de Oposición y librar la batalla decisiva por la conquista de las «Joyas de la Corona»: Pdvsa, empresa que ya estaba empaquetada y lista para ser vendida a las transnacionales. Contrariamente a la opinión de Holst (John Holst, 2001: *Reflexiones críticas sobre el potencial político de los nuevos movimientos sociales Marx Ahora*, N° 11), quien crítica el carácter temporario y discursivo de los movimientos sociales contemporáneos, los movimientos sociales bolivarianos se han formado y fortalecido en vínculo directo con las preocupaciones de la vida cotidiana de sus respectivas comunidades. A diferencia de los partidos políticos tradicionales que sólo encuadran las poblaciones, estos movimientos venezolanos se nutren de una praxis cotidiana centrada en las tareas de organización política y social, cultural, sanitaria, alimentaria, educativa, cooperativa, habitacional, de seguridad y demás, con una amplia capacidad de convocatoria y movilización política e ideológica, praxis apoyada en la actividad organizativa de los círculos bolivarianos y de las diferentes misiones y planes: Barrio Adentro, Avispa, Robinson, Ribas, Sucre... Hay que reconocer que la antigüedad de algunos de estos procesos dinamizados por movimientos sociales se remonta al inicio de la lucha armada en la década de los años sesenta, como es el caso de los existentes en la barriada del 23 de enero, en Caracas, o de los movimientos cooperativos campesinos surgidos en ciertos estados como apoyo a los frentes guerrilleros, los cuales se mantuvieron y ampliaron con gran éxito económico.

La revolución y el Estado nuevo

Como escribimos en artículos anteriores (Mario Sanoja e Iraida Vargas, 2003: *Question*, N° 15), en Venezuela existió desde el siglo XIX una masa social irredenta que anduvo de batalla en batalla buscando una esperanza, una revolución y un liderazgo que la guiase para trascender su situación secular de explotación y pobreza. Su encuentro con Chávez y la Revolución bolivariana ocurrió el 4 de febrero de 1992 y se institucionalizó en las elecciones de 1998. Los hechos anteriores marcan su impronta en la Revolución bolivariana: su praxis tiene que ser democrática, libertaria, popular y participativa porque así nació, porque esa es su fuerza. Quienes contuvieron y vencieron la brutal arremetida de la Coordinadora en abril y la ejecutada desde diciembre de 2002 hasta febrero de 2003, quizás el crimen más premeditado, despiadado y genocida perpetrado en América contra un pueblo por un grupo de empresarios, partidos políticos y militares fascistas, fueron el pueblo venezolano y su Fuerza Armada —hay que reconocerlo— con la conducción valiente e inteligente del presidente Chávez.

El paso obligado luego de aquella victoria debe ser y es la consolidación de la conciencia social y política de las masas populares, la organización de colectivos sociales conscientes de que la esperanza y el camino hacia la luz de la Libertad dependen de su capacidad de luchar por defender sus conquistas sociales. Ello pasa por el proceso de construir un nuevo Estado, para lo cual es necesario hacer un *bypass* que soslaye la vieja burocracia de la IV, la cual es expresión de la forma de vivir y trabajar, así como de la conciencia política que animaba el proyecto puntofijista. Las diversas misiones que están hoy día en proceso de ejecución apuntan, como decíamos antes, a emprender una modificación de lo existente: eliminar el analfabetismo, promover la salud y la atención sanitaria básica, escolarizar a la población, aumentar el nivel de conocimientos desde la secundaria hasta la universidad, capacitar laboral y profesionalmente a la población, capitalizar vía el crédito

la actividad productiva de los colectivos, crear una nueva burguesía nacionalista empresarial y comercial, y convertir la defensa nacional en un proyecto que es tanto militar como político, cultural, económico y social. Toda esta reforma de una situación carencial preexistente producirá las condiciones para que sucedan los cambios revolucionarios que se darán con diferente velocidad en el tiempo y el espacio: darle el poder a las comunidades del pueblo soberano, construir la democracia desde abajo para que el nuevo Estado sea propiedad social de todos los venezolanos. Ello será cual agua que se filtra por las rendijas de la roca y emerge al final como hilos de agua que se unen y forman torrentes, que forman cascadas que a su vez forman ríos que alimentan océanos. Cuando eso suceda, habrá ocurrido finalmente una revolución.

Objetivos históricos de la revolución venezolana

Una mirada retrospectiva hacia los objetivos progresistas que planteaban algunos teóricos clásicos de la revolución venezolana y que se cumplen hoy en la agenda del cambio nos aclararía la continuidad existente con los del actual proceso de cambio histórico. Según planteaba el maestro Salvador de La Plaza en 1964 (Salvador de La Plaza, 1964: *La formación de las clases sociales en Venezuela*), las fuerzas progresistas venezolanas deben buscar la integración de la sociedad venezolana en una nación soberana para construir su propia e independiente estructura económica y consolidar sus valores culturales. El maestro Rodolfo Quintero (Rodolfo Quintero, 1972: *Antropología del petróleo*) destacaba la necesidad de erradicar la cultura del petróleo, otorgando al pueblo venezolano la propiedad de la industria petrolera, esto es, descolonizar la sociedad venezolana para acceder al desarrollo autónomo, al socialismo y sus asociaciones con el surgimiento de crisis y cambios de estructura, la creación de una conciencia individual y colectiva de la lucha por la independencia de la nación. Todo movimiento revolucionario, cualquiera que sea la forma que utilice, decía, ha de identificarse con las operaciones

de rescate de lo venezolano como nación, como sociedad con cultura propia. La educación es indispensable para progresar, para conquistar la libertad. Según escribía el Maestro Brito Figueroa en 1972 (Federico Brito Figueroa, 1972: *Venezuela contemporánea. ¿País colonial?*) Venezuela es el más importante arsenal colonial del imperialismo militarizado norteamericano. Ello se debe a su situación geoestratégica, al norte de América del Sur, como centro de núcleos estratégicos-militares extranacionales, asociado a la oligarquía financiera norteamericana y apoyado por élites políticas y empresariales culpables de delito de lesa patria. Así mismo, sus incalculables yacimientos de materias primas, también estratégicas para la consolidación imperial: petróleo (y ahora gas), hierro, bauxita, mercurio, amianto, minerales radioactivos para la industria nuclear militar norteamericana, oro, diamantes y demás, convierten a Venezuela en una presa de gran valor para la supervivencia del imperio. Por ello, señalaba proféticamente: «sólo la conjugación de los factores nacionales en el contexto internacional de la “descolonización” contemporánea permitirán a Venezuela desempeñar una función histórica continental equivalente a las acciones emancipadores de 1810-1830... Es el signo de nuestro tiempo». Por su parte el maestro Brito García escribió en 1991 (Luis Brito García, 1991: *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad*) que América Latina debe encontrar una fórmula de confederación política que le permita unificar sus ámbitos, destruir el poder de dominación de las élites dependientes del poder imperial, conjuntamente con la intolerable estratificación social que impusieron, defender la especificidad cultural latinoamericana y operar con una ideología capaz de coordinar con un mismo propósito las fuerzas económicas, sociales y políticas del área, aprovechando la confrontación de poderes entre los bloques hegemónicos. Cecilia Cariola y otros investigadores del Cendes, por su parte señalaban en 1992 (Cecilia Cariola *et al.*, 1992: *Sobrevivir en la pobreza: el fin de una ilusión*) la necesidad de resolver la pobreza urbana y promover los logros de la organización social, particularmente la referida al plano doméstico

y al colectivo de la supervivencia, potenciando en los sectores populares su carácter de sujetos de derecho para exigir, colectiva y organizadamente, la necesaria participación del Estado en la solución de sus carencias.

La meta del cambio histórico

Al pasar revista a algunas de las propuestas de acción para el cambio histórico en Venezuela emitidas por varios científicos sociales en diferentes épocas, entendemos por qué, luego de cuarenta años de la corrosión producida por la acción vitriólica del régimen puntofijista, la sociedad venezolana necesita pasar por un período de transición que contribuya a mejorar y perfeccionar la calidad de nuestro capital social, materia prima de la Revolución bolivariana, como etapa para lograr una situación transformadora en todos los órdenes sociales. Una de las características singulares de la Revolución bolivariana, como ya dijimos, es que no existe propiamente una vanguardia que lleve adelante la gestión revolucionaria, sino un amplio frente social integrado por diversos movimientos, unos organizados como partidos políticos y otros como un sistema de colectivos comunitarios nucleados alrededor de los Círculos Bolivarianos y de las diversas misiones y planes sociales, los cuales agrupan por lo menos a 60% de los venezolanos. Ello permite que el proceso de reforma que comienza a estimular los cambios cualitativos pueda llevarse a cabo dentro de un contexto democrático dinamizado por la participación protagónica de los diferentes colectivos.

La meta del proceso inicial del cambio histórico debe ser, pues, crear las condiciones para incentivar la inserción de los(as) ciudadanos(as) en nuevas estructuras sociales que se gestan dentro del proceso de cambio a largo plazo, pero sobre todo permitirles una mayor participación en la toma de decisiones lo cual contribuirá a elevar la calidad de su vida, crear en suma la nueva forma de ciudadanía que necesariamente sustentará a la nueva sociedad venezolana.

Las condiciones políticas de enfrentamiento a las cuales está sometida la Revolución bolivariana a nivel internacional y nacional han contribuido a radicalizar el proceso de cambio, a incentivar la formación de una conciencia política sobre la necesidad del cambio histórico. Es normal, como estamos viendo en Venezuela, que los sectores sociales reaccionarios, espantados y atemorizados por las reformas, acudan presurosos a negar su instrumentación y puesta en marcha a los fines de salvar lo que puedan de las estructuras del proyecto puntofijista, y que —sincrónicamente— otros sectores sociales más progresistas acudan, por el contrario, a concretar sus compromisos e intereses vinculados a conservar y promover la integridad y el avance del movimiento de reforma.

Para el éxito del proceso de transición es necesario considerar con seriedad sus posibilidades reales e inmediatas de éxito enfrentado al tipo de relaciones sociales capitalistas que han animado tanto el proyecto político puntofijista como un modelo de relación neocolonial como el ALCA, promovido por los intereses transnacionales que gobiernan Estados Unidos y sus aliados. Sin perder de vista los objetivos políticos en el corto y el mediano plazo, es importante que se promueva el desarrollo de las fuerzas productivas, estimulando, como se está haciendo dentro de la Revolución bolivariana, el mejoramiento de las condiciones de intercambio ciudad-campo vía el desarrollo del sector agropecuario.

Luego de fracasar el intento de destruir el Estado nacional y la nación venezolana por la vía violenta, la estrategia del sector reaccionario opuesto a la reforma, de acuerdo a la lógica del capitalismo salvaje, trata de reconstruirse como un bloque hegemónico antiobrero y antipopular, poniendo en práctica medidas económicas recurrentes tales como tasas de interés elevadas para restringir el crédito y frenar el desarrollo socioeconómico venezolano, demandas de restricción del gasto público, despidos masivos de obreros y empleados, sabotaje del sistema tributario, sabotaje de la administración y la gestión pública vía la burocracia de la IV República incrustada en el Estado nacional.

En el frente internacional, los sectores económicos más poderosos y transnacionalizados, particularmente el de los medios de comunicación (o de incomunicación), han hecho alianzas políticas con los sectores más derechizantes de las administraciones Bush, Aznar y Uribe, entre otros, para beneficiar de manera exclusiva el crecimiento de las empresas transnacionales que controlan a dichos gobiernos. Junto al sector de los medios y las comunicaciones que garantizan el control de la mente y la ideología de los ciudadanos de nuestros países, las transnacionales de las finanzas, particularmente el Fondo Monetario Internacional garantizan así mismo la fluidez del proceso de acumulación de capitales del bloque transnacional que se ha apoderado del Estado norteamericano y sus aliados mediante el despojo regular de capitales a nuestros países vía el pago de la deuda externa —o «eterna»—, la repatriación de las ganancias y la inversión de capitales especulativos a corto plazo. En el caso venezolano produce una inmensa tristeza ver instituciones como el Banco Central de Venezuela aliadas al sabotaje contra las iniciativas que apuntan hacia el desarrollo agropecuario endógeno, desarrollo que garantizaría la imprescindible seguridad alimentaria y reduciría grandemente la fuga de capitales, contribuyendo así mismo a restablecer el balance venezolano. No debemos dejar de lado la importancia de corregir este proceso iniciado, por razones demagógicas, en 1960, donde reside el fermento del subdesarrollo cultivado malignamente por los gobiernos de la IV República.

Febrero, 2004

CUARTA PARTE

CAMBIO SOCIAL E INTEGRACIÓN REGIONAL

El proceso de cambio histórico que está tomando momento en Suramérica deberá culminar en la formación de un bloque regional o subregional de países que acuerden una integración cultural, económica, política y militar. Si ello no ocurre, la posibilidad de establecer una relación soberana tanto en Estados Unidos como en la Comunidad Económica Europea se verá seriamente limitada. Una consecuencia inmediata sería la imposición forzada del ALCA sobre nuestros países, consolidándose el dominio colonial de las transnacionales representadas en el Gobierno norteamericano.

XV

INTEGRACIÓN Y NUEVOS ESTADOS

Los grupos y las personalidades políticas venezolanas que se cobijan bajo el rótulo de Coordinadora de Oposición parecen actuar sin tomar en cuenta las profundas transformaciones geopolíticas que se están produciendo en América Latina, quizás las más importantes desde los procesos de independencia política de España y Portugal y el fallido intento bolivariano de conformar el Estado multinacional grancolombiano. Una de ellas es la posible integración del bloque multinacional de Venezuela, Brasil, Uruguay y Argentina, vinculado con el G3, conformado por Brasil, India y Suráfrica y la presencia discreta de la República Popular China, la futura potencia dominante del siglo XXI. Comprender la génesis de estos procesos dentro de la historia del capitalismo es esencial para ubicarse en la panorámica de este cambio de era por el que pasa la Humanidad.

Ideología, capitalismo y colonialismo

El colonialismo constituyó un elemento fundamental para la estructuración y el desarrollo del capitalismo como sistema social, económico y político. Inicialmente, la colonización garantizó el proceso de acumulación de las riquezas necesarias para que se instaurara el capitalismo. Una vez superada esa fase inicial, los procesos de colonización continuaron ligados de manera estructural al sistema capitalista ya que eran necesarios para lograr su consolidación.

El colonialismo, específicamente el americano, correspondió en términos generales con el inicio de la fase mercantil o premonopolista del modo de producción capitalista. Dicha fase se desarrolló a partir del siglo XV, momento que coincide con el

intercambio masivo de bienes manufacturados y materias primas por las producciones de las distintas regiones colonizadas y los centros de poder europeos.

La gesta colonial se llevó a cabo, por otra parte, como un proyecto de control cultural, con la finalidad de lograr la hegemonía sobre las poblaciones dominadas por parte de los centros de poder. Al mismo tiempo, jugó un papel crítico en el desarrollo de las clases y las jerarquías sociales dentro del mundo colonizado. De esa manera, los Estados nacionales del primer mundo original (llamados occidentales) dependieron del éxito de los procesos de colonización y de inducción e imposición de su cultura en las poblaciones aborígenes subordinadas (Dirks, N. Ed. 1992: «Introducción». *Colonialism and Culture*).

La ideología que se gesta durante este proceso y como consecuencia del mismo, especialmente en lo que se refiere al uso político del conocimiento histórico, fue congruente con el proyecto de control cultural de las metrópolis. Los pueblos colonizados fueron estereotipados creándose nociones estandarizadas de distintividad cultural para ciertos sectores sociales, generalmente de carácter peyorativo. Esos estereotipos sirvieron para justificar el racismo, la discriminación y los accesos diferenciales a los recursos materiales de la sociedad. Simultáneamente, inculcó en la población dominada el sentimiento de indignidad por la derrota de los indígenas y del componente negro-africano, donde éste intervino en la estructuración de la nación y propició una ambigua identificación social con el componente hispano. Esa ideología conformó en los venezolanos(as) una identidad social negativa que se definió por una autonegación y por las afirmaciones de los aportes del «otro» (Maritza Montero, 1995: «Latin American Social Identity», *Multiculturalism and the State*). La pérdida de la autoestima y la sumisión subsecuente son elementos que agotan la energía, permiten cualquier despojo y convierten a los que sufren en presas de otros (Forrester, V, 1997: *El horror económico*).

La ideología que se gesta a partir de la condición colonial creó las bases para que los venezolanos(as) tengamos una

identificación social negativa con el país y con la historia anterior a su estructuración como Estado nación. Permitió así mismo la identificación positiva con la dominación y con las estructuras de poder dominantes, condiciones fundamentales para la existencia de individuos posibles de ser colonizados de nuevo.

Nacionalismo versus imperialismo

El nacionalismo no es solamente una ideología que se originó para lograr la supresión de la condición colonial, también constituyó un sistema de valores para organizar el pasado de manera de legitimar y justificar la insurgencia contra la dominación en el presente.

El nacionalismo latinoamericano, desde sus inicios, propugnó la noción de igualitarismo social (J.C. Salas, 1908: *Etnología e historia de Tierra Firme*) y se conformó como una alternativa antiimperialista al ser una garantía para que los Estados nacionales pudiesen mantener sus soberanías (Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja, 1993: *Historia, identidad y poder*). Ofreció, así mismo, seguridad y estabilidad a las naciones latinoamericanas en momentos cuando el mundo estaba fragmentado y la gente desarraigada como efectos de la expansión del llamado mundo occidental, creando un sentimiento de completud al mostrar una continuidad entre el pasado, el presente y el futuro. Los nacionalismos y los regionalismos tienen un profundo eco en sus ciudadanías y, por lo tanto, pueden ser elementos estructuradores de identidades positivas.

El nuevo orden mundial

El capitalismo, de ser un medio de desarrollo de las fuerzas productivas, pasó a ser un freno gigantesco del desarrollo económico y social. Con el nuevo orden mundial se constituye una nueva crisis del capitalismo, crisis que abarca hoy todas las economías del mundo y que se manifiesta, fundamentalmente, en el incremento del desempleo y la pobreza. Autores como Woods y Grant (Woods,

A y T. Grant, 1995: *Razón y revolución*) calculaban para 1995 que el desempleo en los países industrializados estaba en el orden de 22 millones de personas. ¡Un desperdicio colosal de fuerza de trabajo, una marginación inexorable del trabajo de enormes sectores de la población! Indudablemente, en tal situación, los países que poseen un mayor grado de dependencia y menor desarrollo son los más vulnerados así como los más vulnerables, como sucede con los países latinoamericanos y con Venezuela en particular.

Los Estados nacionales, creación del capitalismo entre los siglos XVIII y XIX, devienen obsoletos en la actual fase del capitalismo ya que se contraponen a la esencia del capitalismo financiero: el flujo de capitales transnacionales no puede existir si hay controles económicos, como los de cambios, tarifas aduaneras y proteccionismo, medidas todas en manos del Estado. El neoliberalismo económico es, en esencia, la desregulación absoluta y, en consecuencia, el enemigo a muerte del Estado.

Nuevos Estados, nuevos nacionalismos

El desarrollo simultáneo de los Estados nacionales modernos dentro del marco de la actual economía mundo es imposible ya que el proceso de acumulación de capital requiere de un sistema jerárquico donde la plusvalía se distribuya en forma desigual, tanto en el espacio como entre clases. Por ello, el desarrollo de una parte de la economía mundo significa la declinación de la otra parte de la misma economía mundo (I. Wallerstein, 1998: *Después del liberalismo*).

La solución a esta contradicción en Latinoamérica podría ser formar Estados multinacionales, desregulados en su interior, que actuasen como bloques de poder frente a los otros bloques similarmente constituidos. El Estado nacional no desaparecería sino que se reconstituiría y generaría nuevas regulaciones que plantarían la lucha contra la dependencia y la dominación neocolonial en términos de colectivos más amplios y más organizados que los primigenios Estados nacionales individuales. Lo anterior permite prever la generación de un sistema multipolar de Estados

comunitarios de distintas magnitud en los diversos continentes. En suma, se trataría de redimensionar la competencia de los Estados nacionales, subsumiéndose en Estados multinacionales que engloben mercados más amplios con mayor capacidad de consumo (una suerte de Gran Colombia, o un Panamericanismo contemporáneo). En el caso de América Latina es posible crear estructuras multinacionales basadas en una comunidad de significados políticos y étnicos, así como de intereses estratégicos económicos-políticos y económicos-sociales (I. Licha [comp.], 1991: *Imágenes del futuro social de América Latina*), lo cual podría incidir favorablemente en el surgimiento de procesos de identificación social autogestados.

El nuevo orden mundial no constituye un fenómeno solamente económico; intenta, y lo logra, permear todos los sectores de la vida de la gente (E. Thompson, 1989: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*). Esa revolución conservadora mundial (I. Vargas, 1999: *La historia como futuro*) es una nueva variante ideológica colonialista de autolegitimación que depende del servilismo de las élites, de los intelectuales y de la pasividad y la resignación de la población en general. La nueva ideología debe satisfacer las necesidades reconocidas de la población, no sólo las materiales, sino también las culturales, los valores sociales que legitimen el pasado y el presente de esos nuevos Estados nacionales y estimulen el auge de una verdadera democracia participativa, donde las decisiones políticas fundamentales se tomen con el consenso de las poblaciones y no sean solamente expresión de los intereses de minorías políticas hegemónicas; así mismo, la creación de una nueva categoría de Estado nacional comunitario o multinacional necesitará de una explicación histórica que legitime dicho proceso.

Es importante señalar que en América Latina, al igual que en África y el Cercano Oriente, las fronteras de los actuales Estados nacionales fueron trazadas según sus intereses por los centros dominantes del capitalismo durante el siglo XIX, sin tomar en cuenta las fronteras étnicas y las regiones geohistóricas preexistentes. En el caso americano, infortunadamente, los

planteamientos verdaderamente alternativos a los que poseían los centros del capitalismo decimonónico, como los de Bolívar cuando propuso la Gran Colombia, se encontraban desfasados históricamente. A pesar de que los contenidos del Estado multinacional Gran Colombiano reflejaban la gradación de regiones históricas que se extendían desde la costa caribe de Venezuela y Colombia hasta las selvas amazónicas y las serranías andinas, así como las costas pacíficas de Colombia y Ecuador, los centros multinacionales del poder no se encontraban en América, factor que, para ese momento, convirtió a la Gran Colombia en una utopía.

Si se llegase a forjar de nuevo un Estado comunitario con participación de Venezuela, Brasil, Uruguay y Argentina sería necesario repensar su historia desde las mismas sociedades preclásicas. Una historia comunitaria obligaría a estudiar y redefinir la dialéctica de las regiones geohistóricas antiguas y modernas de la comunidad y, particularmente, el proceso de formación de las sociedades aborígenes, la naturaleza del Estado colonial, la dinámica de los Estados nacionales modernos, los fundamentos del eventual proceso de creación del Estado comunitario y la coyuntura de su inserción en el sistema mundo.

Nuevos procesos sociales *versus* nuevo orden mundial

Simultáneamente con lo que hemos denominado la terquedad de los Estados nacionales modernos en desaparecer, en el mundo se afianzan los sentimientos de pertenencia a regiones. No obstante el decreto de los organismos multilaterales para globalizarnos, para adscribirnos a un solo gobierno y tener y participar de una sola cultura, existe un recrudecimiento de los conflictos tribales y étnicos, así como de los nacionalismos. En ese sentido podemos decir que los procesos económicos y políticos no son suficientes en sí mismos para que se desarrolle una sola identidad, una identidad transnacional, aunque sirvan como un incentivo. La cultura, por otra parte, aunque se tienda a eliminarla mediante la homogeneización

empleando para ello todos los instrumentos de la industria cultural, internos y externos, es imposible de borrar, no desaparece de la vida histórica (VI: Lenin, 1976: *La cultura y la revolución cultural*).

Ni la sociedad moderna ni la posmoderna han logrado erradicar las diferencias étnicas ni las culturales. Se observa en la gente la aparición constante de formas de autoconciencia en lo que se refiere a sus raíces y orígenes. Ello nos remite a la consideración de que la dominación nunca es tan totalizante y nunca está tan asegurada como para existir sin continua lucha y protesta.

El uso social de la historia

El llamado nuevo orden mundial ha entrado en una fase de colapso y desorganización, desestabilizando todos los grupos sociales que se beneficiaron con la expansión de la clase media entre 1945 y 1970. Por ello nos parece pertinente mencionar el papel de la historia en este proceso, el cual debe ser el de estimular y orientar la conciencia reflexiva de las poblaciones sobre los diferentes niveles de participación e integración regional, nacional y eventualmente comunitaria.

¿Para qué sirve la Historia? El conocimiento de la historia ha servido y sirve para generar una ideología que estimula en los colectivos la gestación de una identidad social. Es el mecanismo que refuerza la solidaridad y unifica la acción colectiva, siendo así mismo una producción ideológica afincada en la historia. La investigación histórica y el conocimiento del pasado son pues factores fundamentales para la generación de una identidad social, étnica y cultural. Los procesos de identificación social positiva, en los colectivos constituyen un elemento central de lucha contra la neocolonización. Las investigaciones históricas deben orientarse, entonces, hacia la producción de libros y textos que refuercen el conocimiento de la historia y la cultura de una región, de manera que se puedan crear alianzas y actitudes participativas en el colectivo. En tal sentido, es necesario aclarar que las historias regionales y locales deben ser también algo más que instrumentales:

deben implicar así mismo el reconocimiento de símbolos que tengan el poder de crear lealtades y sentimientos de pertenencia. Este elemento está ligado a la posibilidad de rebatir la importancia que ha tenido la expresión simbólica en la hegemonía cultural que ha ejercido un Estado nacional dependiente, más aún en el actual nuevo orden mundial.

El reconocimiento de símbolos por parte de los colectivos sólo podrá darse si las investigaciones permiten conocer las historias de lo cotidiano, fundamentalmente la vida de la gente común, para cuyo logro —creemos— los historiadores regionales y locales se encuentran en situación privilegiada. Ese conocimiento histórico debe producir descripciones y explicaciones del orden social visto «desde abajo», lo cual no quiere decir que las investigaciones históricas regionales y locales deban ser anecdóticas y triviales; por el contrario, deben presentar los logros de la masa trabajadora y no mostrarla como una mano de obra inerte, guiada por elegidos. Las investigaciones, en consecuencia, deberían demostrar cómo las clases populares y las dominantes tienen visiones alternativas de la vida y mostrar la gradación histórica de sus necesidades.

Tal como señala Thompson: «...no podemos presentar a las clases populares solamente como ignorantes, llenas de supersticiones. Sus levantamientos, sus protestas, sus resistencias suponen también solidaridades de clase. Es dentro del campo de fuerza de la clase donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos. Es donde se dan las defensas contra las intromisiones de los dominantes. Esa gente se mueve y experimenta los azares, avatares y accidentes de la vida que no se pueden prescribir o eliminar mediante la previsión. Son accidentes más allá de todo control. De ello que la experiencia o la oportunidad se aprovecha donde surge la ocasión».

Las regionales deben ser historias que reviertan la visión estereotipada y parcial de la sociedad que ha comunicado la historiografía tradicional y estimulen la reflexión sobre la propia distintividad cultural regional. Deben mostrar a sus colectivos en

qué consiste una verdadera participación democrática. Toda historia nacional, a pesar de su carácter burgués, es una síntesis de las historias regionales y locales en la que se encuentran presentes elementos para la gestación de una ideología verdaderamente democrática. Si bien es cierto que tales elementos no se encuentran desarrollados, debemos ineluctablemente partir de ellos propiciando su reflexión.

Las investigaciones históricas regionales deben desvelar la manera como han operado los mecanismos de opresión y las ideologías que los encubren y legitiman, propiciar el conocimiento sobre el papel que han jugado los distintos grupos sociales regionales en la estructuración de la nación como un todo diverso al mismo tiempo que integrado. En fin, las investigaciones históricas regionales y locales deben abocarse a la consecución racional de fines colectivamente elaborados y aprobados, a la producción y defensa del interés público y el rescate de los valores regionales y universales asociados a la idea de público, entendido éste como el colectivo social pues, como ya hemos señalado, la existencia de una historia compartida es crucial para la gestación de una identidad social positiva. Ello significa usar el conocimiento de la historia, sea regional, local, nacional o continental, como factor estructurador de un nuevo tipo de individuo; dicho uso permitirá que se organicen los grupos sociales en líneas de acción política. Que se trate, al mismo tiempo, de individuos sensibles a la solidaridad social que se requiere para la gestación de ese Estado comunitario que se constituyan en parte activa para la generación de un planteamiento revolucionario en contra de la neocolonización.

Los historiadores latinoamericanos en general, y los regionales en particular, tienen la responsabilidad social de contribuir con sus investigaciones en la lucha contra el pragmatismo y la individualización de los sistemas políticos en donde están insertos como seres sociales. No es ésta una tarea que pueda ser propuesta.

Agosto, 2003

GLOSARIO DE VOCES

- Cosecha'e pueblo:** grupo de música popular afecto a la Revolución bolivariana, crítico de la oposición fascista.
- Fedecámaras:** organización patronal fascista.
- Acción Democrática:** viejo partido tipo socialdemócrata.
- Globovisión:** empresa de televisión fascista.
- CTV:** antigua central sindical minoritaria afecta al partido Acción Democrática.
- Copei:** siglas del antiguo partido socialcristiano.
- MAS:** siglas de un antiguo partido socialista, Movimiento al Socialismo, hoy integrante de la coalición fascista de oposición.
- Conac:** Consejo Nacional de la Cultura.
- Inciba:** Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes.
- Gente del Petróleo:** grupo de antiguos gerentes y empleados de Petróleos de Venezuela que planificó y ejecutó el sabotaje de esta compañía nacional.

Las cuatro jineteras: forma como el humor popular designa a cuatro grandes empresas televisivas que dirigen la alianza opositora al proceso de cambio que se gesta en Venezuela.

Tres caballeros: Carlos Ortega, presidente de la CTV; Carlos Fernández, presidente de Fedecámaras y Juan Fernández, dirigente del grupo de saboteadores de Pdvsa, quienes organizaron y dirigieron el paro patronal y el sabotaje de Pdvsa entre diciembre de 2002 y febrero de 2003, destinado a destruir el Estado nacional venezolano.

Coordinadora de Oposición: alianza de partidos y movimientos políticos que hacen oposición al Proceso de Cambio.

Pdvsa: siglas de la petrolera estatal Petróleos de Venezuela, S.A., hoy día propiedad social de todos los venezolanos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU, VÍCTOR (s/a). *La tradición liberal: individuo soberano y desigualdad.*
- ACOSTA SAIGNES, MIGUEL (1984). *Vida de los esclavos negros en Venezuela.*
- AMIN, SAMIR (1997-1998). *Capitalismo, imperialismo, mundialización.*
- ANDERSON, PERRY (1979). *Transiciones de la antigüedad al feudalismo.*
- BANKO, CATALINA (1996). *Las luchas federalistas en Venezuela.*
- BLANCO MUÑOZ, AGUSTÍN (1989). *Acción Democrática: habla Gumersindo Rodríguez.*
- BRITO FIGUEROA, FEDERICO (1961). *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana.*
- _____ (1972). *Venezuela contemporánea. ¿País colonial?*
- _____ (1987). *Historia económica y social de Venezuela*
- _____ (1996). *Tiempo de Ezequiel Zamora.*
- BRITTO GARCÍA, LUIS (1991). *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad.*
- _____ (1988). *La máscara del poder o el poder de la máscara.*
- CARIOLA, CECILIA et al., (1992). *Sobrevivir en la pobreza: el fin de una ilusión.*
- CARRERA DAMAS, GERMÁN (1988). *Formulación definitiva del proyecto nacional.*
- CUEVA, AGUSTÍN (1991). *América Latina ante el «Fin de la Historia».*
- _____ (s/a). *Las democracias restringidas de América Latina.*
- DE LA PLAZA, SALVADOR (1964): *La formación de las clases sociales en Venezuela.*
- DERRIDA JACQUES. *Specters of Marx.*
- DIRKS, N. (ed.) (1992). «Introducción». *Colonialism and Culture.*

- EINSENSTADT, A.N. (1993). *The Political Systems of Empires*.
- FALS BORDA, O. (1986). *Conocimiento y poder popular*.
- BRAUDEL, FERDINAND (1992-I). *The Wheels of Commerce: Civilisation and Capitalism, 15th-18th Century*.
- FERNÁNDEZ ARMESTO, FELIPE (1996). *Millenium*.
- FORRESTER, V. (1997). *El horror económico*.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Las culturas populares en el capitalismo*.
- GARCÍA MÜLLER, LUIS (2001). *La Guerra Federal en Barinas, 1859-1863*.
- GIL, FÉLIX (2002). *Aspectos funerarios del centro occidente venezolano: caso Región Iarense*.
- GÜNDER FRANK, A. (1979). *Capitalism and Underdevelopment*.
- HOLST, JOHN (2002). *Reflexiones críticas sobre el potencial político de los nuevos movimientos sociales*. *Marx Ahora*, n° 11.
- KELEMEN, PAL (1946). *Medieval American Art*.
- KER PORTER, SIR ROBERT (1966). *Caracas Diary: 1852-1842. A British Diplomat in a Newborn Nation*.
- KRISTIANSEN, CHRISTIAN (1998). *Europa antes de la prehistoria*.
- LANDER, EDGARDO (1995). *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*.
- LAYRISSE, MIGUEL Y WILBERT, JOHANNES (1999). *The Blood System and the Mongoloid Realm*.
- LEFEBVRE, HENRI (1959). *La somme et le reste*.
- LENIN, VLADIMIR I. (1976). *La cultura y la revolución cultural*.
 ——— (1977). *Obras escogidas*.
- LICHA, ISABEL (comp.), (1991). *Imágenes del futuro social de América Latina*.
- LUKÁCS, GEORG (1975). *Historia y conciencia de clase*.
- LUXEMBURGO, ROSA (1917). *Carta a Sophie Liebknecht. Extractos de Correspondencia*.
- MANN, MICHAEL (1986). *The Sources of Social Power: A history of Power from the Beginning A.D. 1760*.
- MARCUSSE, HERBERT (1969). *El fin de la utopía*.
- MCKINLEY, MICHAEL (1993). *Caracas antes de la Independencia*.

- MCKINLEY, P. MICHAEL (1987). *Caracas antes de la Independencia*.
- MOLEIRO, MOISÉS. *La izquierda y su proceso*.
- MONTERO, MARITZA (1994). «*Latin American Social Identity*», *Multiculturalism and the State*.
- NAZOA, AQUILES (1976). *Leoncio Martínez*.
- PINO ITURRIETA, ELÍAS (1988). *Venezuela metida en cintura*.
- QUINTERO, RODOLFO (1972). *Antropología del petróleo*.
- SALAS, JULIO CÉSAR (1908). *Etnología e historia de Tierra Firme*.
 ——— (1970). *Civilización y barbarie*.
- SALAZAR, JUAN JOSÉ (2002). *Sociedades complejas. Período de contacto en el noroccidente de Venezuela*.
- SALCEDO, JOSÉ JOAQUÍN; Bernal Alarcón, Hernando; Iglesias, Nohora Inés. *América Latina: la revolución de la esperanza*.
- SANOJA, MARIO (1979). *Tejedores del Valle de Quíbor*.
 ——— (1991) «*Ideas sobre el origen de la nación venezolana*». *Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia*.
- SANOJA, MARIO Y VARGAS ARENAS, IRAIDA (1992). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*.
 ——— (1992). *La huella asiática en el poblamiento de Venezuela*.
 ——— (1999). *Orígenes de Venezuela*.
 ——— (2002). *El agua y el poder*.
 ——— (2003). «*El origen de monos y escuálidos*», *Question*, N° 16.
 ——— (2003) *Question*, año 1, N° 10.
 ——— (2003). *Question*, N° 15.
 ——— (2004). *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera*.
- SAXE-FERNÁNDEZ, JOHN (1987). *Los fundamentos de la «derechización» en Estados Unidos*.
- SISO MARTÍNEZ, J. M. (1956). *Historia de Venezuela*.
- SORIANO DE GARCÍA PELAYO, GRACIELA (1988). *Venezuela 1810-1830. Aspectos desatendidos de dos décadas*.

- STAVENHAGEN, RODOLFO; Margulis, Mario; Durán, Leonel; Bonfil Batalla, Guillermo; Reuter, Jas; Galeano, Eduardo; Colombres, Adolfo; Cabral, Amílcar. *La cultura popular*.
- STERN, STEVE (1986). *Feudalism, Capitalism and the World System in the perspective of Latin American and the Caribbean*.
- THOMPSON, EDWARD (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*.
- _____ (1995). *Costumbres en común*.
- TOLKIEN, J. R. R. (2002). *El señor de los anillos*.
- VALLENILLA LANZ, LAUREANO (1983). *El cesarismo democrático*.
- _____ *El gendarme necesario*.
- VARGAS A., IRAIDA (1995). *The Perception of History and Archeology in Latin America*.
- _____ (1999). *La historia como futuro*.
- _____ (2002): «Identidad y resistencia cultural», *Question*, N° 6.
- _____ (2002): «Resistir o morir», *Question*, año 1, N° 6.
- _____ (2003): «Integración y nuevos Estados», *Question*, N° 14.
- _____ *Arqueología, ciencia y sociedad*.
- _____ *Cultura, identidad y resistencia cultural, en Venezuela*.
- _____ *Los bienes culturales y la intangibilidad de lo corpóreo*.
- _____ *Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas*.
- VARGAS A., IRAIDA Y SANOJA, MARIO (1990). *Educación and the political manipulation of History in Venezuela*.
- _____ (1993). *Historia, identidad y poder*.
- WALLERSTEIN, I. (1998). *Después del liberalismo*.
- WOODS, ALAN Y GRANT, TED (1995). *Razón y revolución*.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	15
PRIMERA PARTE	
HISTORIA Y CAMBIO SOCIAL EN VENEZUELA.....	21
I Origen de «monos» y «escuálidos»	23
II La historia contemporánea y la crisis social venezolana	33
III Venezuela irredenta, Zamora y la profecía de Leoncio Martínez	41
IV De La Bastilla a Pdvs. Oportunidad para crear una nueva burguesía nacional	51
SEGUNDA PARTE	
LA CULTURA: BASES DEL CAMBIO SOCIAL.....	57
V ¿De quién es la cultura venezolana?	59
VI Resistir o morir	75
VII Cultura, educación y defensa nacional	85
VIII La cultura como estrategia política	95
IX Cultura y nueva sociedad	105
X Cultura en dos tiempos	115
TERCERA PARTE	
TESIS PARA EL CAMBIO SOCIAL VENEZOLANO.....	125
XI Venezuela: Revolución y nueva ciudadanía	127
XII Misión: Autoestima	139
XIII La teoría neoliberal y su praxis criolla	149
XIV La vía del cambio social	161
CUARTA PARTE	
CAMBIO SOCIAL E INTEGRACIÓN REGIONAL.....	175
XV Integración y nuevos Estados	177
GLOSARIO DE VOCES.....	189
BIBLIOGRAFÍA.....	193

EDICIÓN DIGITAL
AGOSTO DE 2017

CARACAS - VENEZUELA

Razones para una revolución

Mario Sanoja e Iraida Vargas Arenas

No es posible abordar el presente, entenderlo y moldearlo según las necesidades de la sociedad si no desentrañamos el pasado, el origen, la causa del porqué de este momento de lucha en busca de cambios profundos en nuestro país; todo se genera como consecuencia de una acción que muy pocas veces —desde que el hombre adquirió su capacidad de razonar— resulta inocente o producto del azar. En *Razones para una revolución* no se pretende realizar un análisis partiendo de la inmediatez de los hechos que han conmovido al país en los últimos nueve años, sino que sus autores desentrañan, desde el punto de vista histórico y antropológico, las razones de la antigua y universal lucha del hombre por la justicia y la igualdad, encuadradas en la realidad de la Revolución Bolivariana de Venezuela.



Biblioteca Popular para los Consejos Comunales
serie Inventamos o erramos

